

VOL. 3 N° 33 FEBRERO 1956

MÁS ALTA



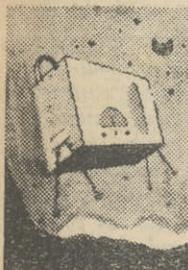
LA CONQUISTA DE LA LUNA
por Wernher Von Braun, Fred L. Whipple Willy Ley

trofeo espacial

Se ha creado ya, signo evidente de que el espacio está al alcance de la mano, un premio destinado a recompensar a aquellos que contribuyen a la investigación científica astronáutica. La selección de los agraciados la realiza la American Rocket Society. El ganador del primer premio otorgado ha sido Teodoro Von Karman, sabio alemán especialista en cohetes. El trofeo prevé candidatos hasta el año 2054, en que se considera habrá terminado la etapa inicial de la conquista del espacio.



REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA
PORTADA

por ALVARÁ

En la grandiosa desolación lunar, por la reducida gravedad, los hombres tienen fuerzas y pasos de gigantes.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentina

novela (conclusión):

LA AGUJA, por JERRY SOHL

Una hermosa estructura aguzada y un porvenir alucinante para todos los que la atraviesen 66

cuentos:

EL DOBLE O ALGO ASI, por MILTON LESSER
Martín I, Martín II, Martín III... y un solo marido verdadero 5

CITA CON EL PASADO, por LIONEL BROOKS
Hace 400 años sucedió una verdadera tragedia, pero se anunció 38

CINCO AÑOS DESPUES, por DAN MORGAN
¿Acaso contaron con el tiempo cuando viajan más rápido que la luz? 50

aventuras de la mente:

EL HARPALO, por WERNHER VON BRAUN
La IV parte de LA CONQUISTA DE LA LUNA,
ilustrado por CHESLEY BONESTELL 26

AL ACECHO DE LAS ESTRELLAS FUGACES ... 23

DEL TRIPLANO A LA CAJA VOLANTE 65

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST 24

CORRESPONDENCIA: Proyectiles dirigidos y respuestas científicas 123

DIAGRAMA DE VALORES (editorial)..... 2



diagrama de valores

editorial

No todos los verdaderos hombres de ciencia tienen suficiente valor para pronosticar el futuro. Cuanto más uno sabe, tanto mejor conoce las limitaciones de sus conocimientos. Por eso, las previsiones acerca del aspecto del mundo en el año 2055 contenidas en el libro de Sir George Thomson *The Foreseeable Future*, ya mencionado en el editorial del mes pasado, asumen una importancia excepcional. Cuando un físico ganador del Premio Nóbel, después de analizar a lo largo de la mitad de su libro las limitaciones impuestas por la naturaleza de las cosas al progreso técnico del hombre, se lanza a la profecía, hay que escucharlo, porque lo que dice es sobria y serena predicción, no fantasía; es tan extraño, para el hombre común, como la fantasía científica, pero contiene un porcentaje de probabilidad mucho más alto.

La primera pregunta que se plantea Sir George es si la humanidad, que en su afán de progreso está consumiendo aceleradamente las fuentes de energía del planeta, no tendrá que paralizar su avance por agotamiento. La respuesta es clara: no hay nada que nos impida disponer de toda la energía que podamos necesitar, aprovechando mejor los combustibles fósiles (petróleo y carbón, que, con los métodos actuales, estamos desperdiciando en gran parte), y desarrollando la utilización de la energía solar y de la energía nuclear.

Las comunicaciones han progresado mucho en los últimos años, y grandes mejoras son probables. Pero la curva del aumento de velocidad con que nos movilizamos tenderá a nivelarse. En ge-

neral, ahora viajamos con una velocidad suficientemente grande, y la energía atómica no revolucionará los vehículos. Por otro lado, posiblemente viajaremos menos, porque el perfeccionamiento de las comunicaciones radio-teléfónicas y televisivas tenderá a resolver el problema del tránsito en las ciudades. Sir George habla con excepcional calma acerca del tema tan maltratado del viaje espacial. La excursión a la Luna será factible, pero aún en estudio estarán los viajes interplanetarios.

El mundo del futuro, en la visión de Sir George, se vuelve menos definido pero más excitante cuando su mirada se dirige hacia las ciencias biológicas. Si los biólogos pueden aclarar la constitución de los genes, será posible obtener mutaciones favorables y, de esa manera, hombres mejores. La senilidad podrá ser alejada, y la inmortalidad no es imposible. Los biólogos lograrán hacer florecer los desiertos y los altiplanos; los químicos y los bacteriólogos producirán todos los alimentos que no podrán crecer en la tierra.

En el último capítulo, Sir George estudia varios aspectos de la teoría de las comunicaciones. Muy poco sabemos del cerebro, pero con el tiempo sabremos mucho más. Los grandes aparatos electrónicos nos ayudarán en el estudio de este complicado pedacito de carne metido dentro de nuestro cráneo con sus diez mil millones de partes e infinitas interconexiones, enormemente superior a cualquier cosa que jamás podamos esperar fabricar. Supongamos que se logre una comprensión más cabal del mecanismo cerebral, y que se logre entender cómo se forman las

ideas, las costumbres, los prejuicios, los deseos. ¿Seguiremos considerando estimables las virtudes y las cualidades humanas, como son el altruismo, la tolerancia, la bondad y otras, cuando podamos explicarlas en términos de circuitos eléctricos? El conocimiento del mecanismo del átomo ya encierra bastante peligro: pero ¿qué pasará cuando estemos en condiciones de entender tal como ahora podemos entender el funcionamiento de una aspiradora, las razones por las cuales amamos a la patria, o nos reímos, o admiramos a Picasso, o somos religiosos? Tendremos que adaptarnos a una nueva escala de juicios, a una nueva valorización de la realidad. "Probablemente las cosas a las cuales los hombres atribuimos la mayor y fundamental importancia serán aquellas que sufrirán más. Será difícil mantener los principios, si se puede afirmar que ellos son apenas diagramas de circuitos... Es muy importante que las personas responsables de la conservación de los valores... estén preparadas para estos descubrimientos, y dispuestas a luchar para encontrar la manera de mantener, en la esencia si no en la forma, lo que ahora nos parece importante."

En resumen, el libro de Sir George aclara que la más grande de las promesas que encierra el destino de la humanidad consiste en la imposibilidad de prever el futuro del mismo cerebro que hace las previsiones. Pero, allí, en el límite de lo previsible, está en acecho la más tremenda de las preocupaciones: la duda de si la humanidad podrá progresar infinitamente sin perder los caracteres que han hecho su grandeza. ✦

*Una recién casada,
un marido duplicado, o triplicado,
y... ¿quieren ustedes más?*

LA criatura, de noventa centímetros de talla, escamosa piel rosada, y doble par de brazos, levantó la larga aguja sobre el abdomen desnudo de Martín Morley, y dijo:

—Esto no va a hacer ningún daño.

—Querrá decir que no se lo va a hacer a *usted* —replicó Martín.

Hacía rato que Martín había dejado de maravillarse de que aquella criatura hablara inglés. Y hacía largo rato

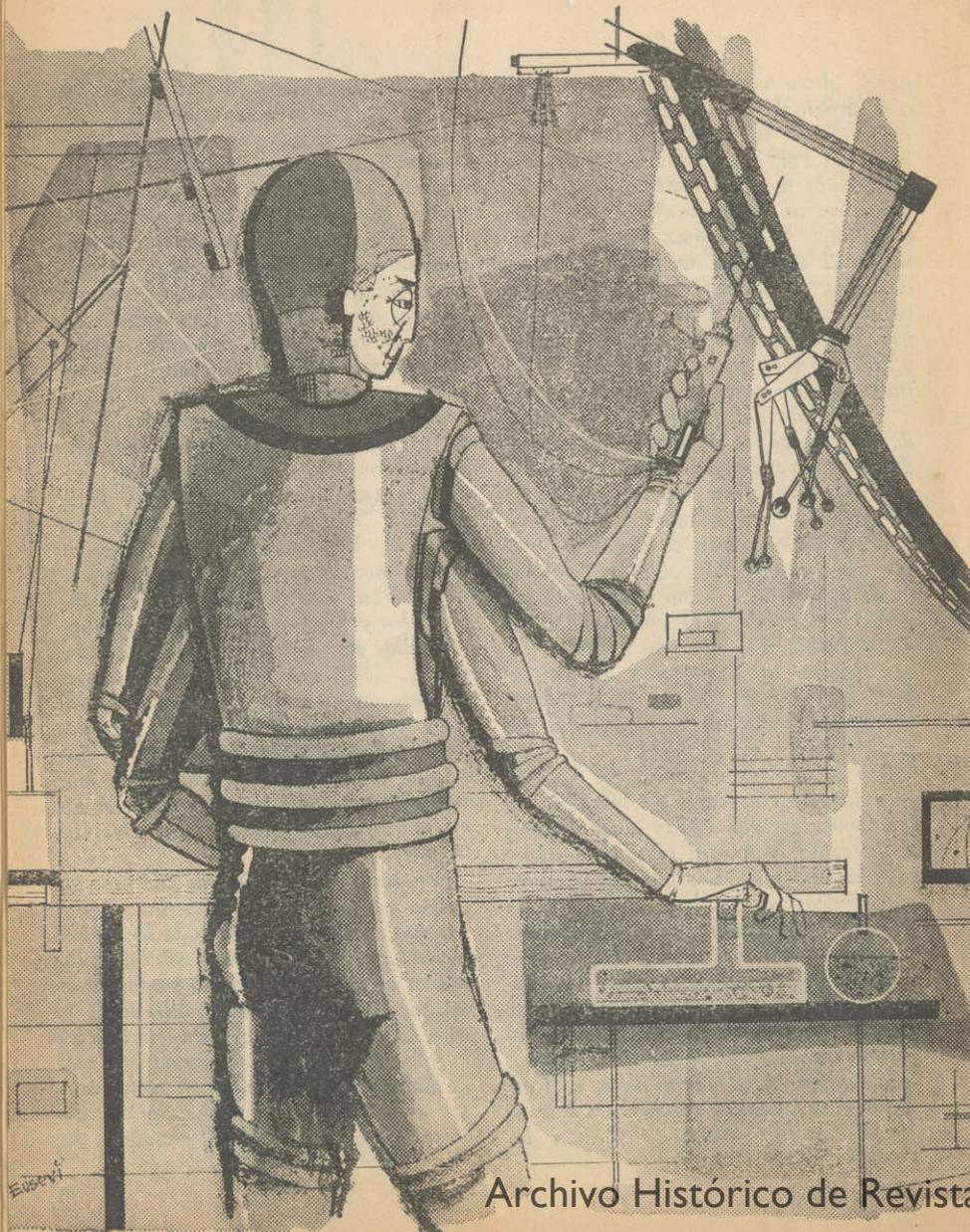
(bajo ciertas circunstancias, quince minutos pueden parecer un tiempo muy largo) que ya no le sorprendía que el interior de la nave espacial en que se encontraba se asemejara tanto a las que aparecían en la TV o en el cine.

Martín se debatió bajo los tres brazos metálicos que lo sujetaban firmemente de los hombros, las caderas y las piernas.

el doble o algo así

por MILTON LESSER

ilustrado por EUSEVI



La aguja atravesó la pálida piel del abdomen de Martín.

NO le dolió.
—¿Ve? —le dijo la pequeña criatura rosada.

Martín fué perdiendo la sensibilidad y, horrorizado, vió cómo la mesa de operaciones era llevada bajo un conjunto increíble de maquinarias. Pensó en todas las cosas, ninguna de ellas buena, que esas criaturas le hacían a la gente en la TV y el cine. En aquel momento, la pregunta era completamente retórica, pero, aun así, la formuló.

—¿Qué va usted a hacer?

—Ya se lo he dicho. He venido a su planeta a recoger ejemplares.

—¿Es usted de Marte?

En los espectáculos de TV, siempre venían de Marte.

—Mi estrella —respondió la criatura— está fuera del alcance del más potente de sus telescopios.

Un resplandor carmesí, que salía de la embocadura de un aparato, inundó a Martín. El hombre sintió un cosquilleo en la piel, y entonces se preguntó si aquella criatura habría querido darle a entender que él, Martín Morley, iba a ser el ejemplar. Pensó que sería un modo horrible de interrumpir su luna de miel. Si Janet se quedaba en el lujoso hotel de turismo, esperando su vuelta, mientras él se alejaba velozmente de allí con la criatura rosada, camino del otro extremo del universo, o de Dios sabía dónde, ni siquiera tendría ella dinero para pagar la cuenta del hotel.

—Usted no es un ejemplar —dijo la criatura rosada que, por lo visto, sabía leer los pensamientos—. Ahí lo tiene. ¿No lo ve?

El resplandor carmesí se desvaneció. Martín parpadeó con fuerza. Lo veía. Era él mismo, que se hallaba de pie al otro extremo de la nave espa-

cial, flexionando las piernas como si estuvieran entumecidas...

No; él estaba aquí, tendido de espaldas, sujeto a la mesa de operaciones.

Pero se veía también allí, de pie.

—¿Cómo se siente? —preguntó la criatura.

—Muy bien —dijo Martín.

—Perfectamente —dijo el otro Martín, sonriendo a los dos.

—Ahora quizá habrá usted comprendido —declaró la criatura, mientras examinaba al nuevo Martín Morley: al segundo Martín Morley—. Este es mi ejemplar. Usted está en libertad de marcharse.

—¿Cómo lo hace?; ¿con espejo?...

Martín pensaba que aquello tenía que ser una ilusión óptica.

La criatura explicó:

—La máquina crea un molde de energía que se hiela y transmuta en materia. Aunque la personalidad puede variar tal vez, porque los psitrones se alteran a veces, físicamente ese hombre es su gemelo idéntico, hasta en el dibujo retinal y las huellas dactilares. Por lo tanto, es un ejemplar ideal para mi colección, y lo he obtenido sin inmiscuirme en los asuntos internos de su planeta, y sin hacerle daño a nadie, ni siquiera a usted. Bueno, ahora lo desataré.

En aquel momento, el segundo Martín Morley, que había estado escuchando con atención, levantó su puño derecho y lo descargó con fuerza brutal en la mandíbula de la pequeña criatura rosada. La criatura cayó con ruido seco contra el mamparo de la cabina de la nave espacial y quedó inmóvil.

—Hasta la vista, idiota —dijo el segundo Martín Morley—. Tú serás el ejemplar.

Abrió la puerta de la nave espacial (que se encontraba estacionada seis kilómetros al norte del Hotel del Lago

George, en los montes Adiróndack) y salió al cálido sol de afuera.

Diez minutos después, la criatura rosada recobró el conocimiento, se palpó la hinchada mandíbula y sonreía a Martín, con sonrisa apenada, muy humana.

—¿Ve?, en este caso los psitrones se han alterado —dijo—. A usted lo elegimos, entre otras cosas, por su gran docilidad.

—¿Quiere salir a buscarlo?

—No, no puedo hacerlo. Esa es una de nuestras leyes: una vez obtenido el original del que se va a copiar el ejemplar, no se puede abandonar ya la nave espacial.

—¡Pero no puede llevarme con usted!

Martín se imaginó a sí mismo exhibido en una especie de zoológico, donde las criaturas rosadas y sus hijos iban a mirarlos boquiabiertos y a ofrecerles unos diminutos maníes.

—Claro que no. Deje de preocuparse. Simplemente, haré otra copia más.

—Pero, ¿qué va usted a hacer con el otro hombre?

El supervisor del distrito se pondría furioso si lo descubriera, joven; pero probablemente no visitará este planeta, esta Tierra, por lo menos en unos cincuenta años de los de aquí. No tengo por qué preocuparme.

—Usted, no...

El resplandor carmesí bañaba de nuevo a Martín.

El resplandor se desvaneció.

De repente apareció un tercer Martín Morley que ocupó el lugar del segundo, quien, por aquel entonces, según pensó Martín, debería encontrarse por las verdes laderas de los Adiróndack.

—Ahí lo tiene —dijo la criatura rosada, soltando los brazos metálicos que sujetaban a Martín a la mesa—. Muchas gracias, por haberme concedido su tiempo. Adiós. Buena suerte.

—Pero...

—Adiós.

Lo último que Martín vió del interior de la nave espacial fué a la criatura rosada que conducía al tercer Martín Morley hacia una litera situada en uno de los extremos de la cabina. Luego, Martín salió. El casco de la nave espacial brillaba detrás de él. El aire de los Adiróndack tenía un olor limpio y delicioso.

El auto de Martín había desaparecido.

Aquel día, el segundo de su matrimonio, Martín iba camino de la ciudad, para comprarle unas rosas a Janet, cuando su auto se había estropeado sin razón aparente, y la criatura rosada lo había encontrado. ¿Se habría llevado el auto el segundo Martín Morley? Si lo habían duplicado por entero, incluso en la ropa, Martín se imaginaba que le habrían proporcionado también una licencia de conducir.

Rascándose la cabeza, inició a pie el largo camino de regreso al hotel del Lago George. No había andado dos kilómetros cuando algo brilló en el cielo, sobre él. Se volvió y distinguió la nave espacial, como un puntito de plata que iba desapareciendo en el cielo azul.

A TRAVESO el campo de golf que había al norte del hotel, preguntándose cómo le diría a Janet lo del auto.

“Mi gemelo idéntico se lo llevó. Ya sé que yo no tenía un gemelo idéntico cuando nos casamos; pero ahora lo tengo. Verás; me encontré con la criatura rosada que me llevó a la nave espacial y...”

—No, no podía ser. No serviría de nada. Si la evidencia de sus pies cansados y de la desaparición del auto no fuera tan irrefutable, él mismo dudaría de todo el asunto. Demasiada be-

bida en la noche de bodas. Demasiado sol con la capota del auto bajada. Aquello era una alucinación.

—¡Acércate! —gritó alguien.

Martín se apartó del campo de golf y entró en un bosquecillo de pinos que se extendía hasta el hotel. Llamaría a su agente de seguros de Nueva York y le informaría del robo del auto. Llamaría al shériff. ¿Y le hablaría de su doble? Era absurdo.

Comenzaría por decirle a Janet que había dejado su convertible en la ciudad, para que lo repararan, y ya se iría preocupando de las complicaciones cuando se presentaran.

Encontró a Janet tomando el sol al borde de la piscina, reluciente de aceite, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos en una ligera sonrisa; la parte del escote que el traje de baño descubría, y los muslos bajo los cortos pantalones, estaban dorados por el aceite y los comienzos de un tostado de sol. Le habría gustado tener una máquina fotográfica para poder captarla así, tan hermosa y despreocupada.

—Hola —le dijo.

Ella abrió los ojos, sonrió y luego frunció el entrecejo.

—¿Por qué has vuelto a vestirte? —preguntó—. ¿No has dicho que ibas a nadar?

—¿Yo he dicho?...

—Y además, ¿cómo has podido cambiarte tan de prisa? No han pasado ni cinco minutos.

—Bueno, yo...

—Empiezas a sorprenderme, Martín..., agradablemente, querido. ¡Hay que ver cómo me has puesto el aceite bronceador, aquí, a la vista de todo el mundo! —rió Janet—. Era un poco atrevido, pero... me ha gustado. ¡Me ha gustado mucho, Martín querido!

Janet se irguió bruscamente, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó fuertemente hacia sí. El la sintió cálida

y flexible, aunque algo pegajosa por el aceite de broncear.

—¡Janet, nos está mirando todo el mundo!

—¡Pero si acabas de decir que no te importaba que nos miraran!... —protestó Janet con gesto de enojo, y se apartó de él.

—¡Mi camisa! Me has manchado la camisa.

—¡Bah, qué me importa tu camisa! ¿Vas a ponerte otra vez el traje de baño, o no?

—¡Claro que sí, querida!

Y Martín se dirigió al edificio principal del hotel. Suspendería sus juicios por el momento. No sacaría conclusiones precipitadas. Desde luego, parecía que el segundo Martín Morley había vuelto directamente al hotel; pero él aguardaría a ver lo que pasaba.

En el vestíbulo se cruzó consigo mismo: con el segundo Martín Morley, que salía en traje de baño y bata; su traje y su bata: los de Martín. El segundo Martín tuvo la audacia de guiñarle un ojo y seguir adelante, con el pecho sacado y los hombros erguidos. Caminaba con paso jactancioso. Martín se quedó admirándolo, y continuó el impulso de seguirlo y exigirle que le devolviera la bata y el bañador.

Martín entró en el hotel y fué al bar. Por primera vez, desde sus días del ejército, necesitaba beber algo.

—Whisky —pidió al del mostrador.

El barman, grueso y de edad madura, se limpió las manos en el blanco delantal y sonrió a Martín.

—Es el cuarto que toma usted esta mañana, señor Morley. No cabe duda de que es usted mi mejor cliente.

—¡Oh!... a uno le entra sed cuando está nadando.

—Sí, señor... ¿También lo quiere con agua?

Martín asintió.

El barman miró de reojo a Martín.

—Más vale que se ande con cuidado, señor Morley.

—¿Qué pasa?

—El que está detrás de usted es el esposo de Irene Duggen.

Martín iba a decir que no conocía a ninguna Irene Duggen, ni al esposo de ninguna Irene Duggen, cuando una mano, una mano muy grande y fuerte, descendió sobre su hombro. En el espejo del bar pudo ver a un hombre con chaqueta de anchos hombros; un hombre de cara cuadrada y brutal y ojos coléricos. La mano de ese hombre era la que reposaba con fuerza sobre su hombro.

—Oiga usted —dijo el hombre—. Irene canta aquí para divertir a los huéspedes; pero eso no significa que usted pueda propasarse con ella.

—Yo —repuso fríamente Martín— soy un hombre casado —llevaba casado exactamente un día, y, al pensar en la hermosa Janet, le gustó el sonido de la frase—. Soy un hombre casado —repitió.

—Entonces, le tengo lástima a su esposa; pero le advierto a usted que tiene que dejar en paz a Irene. ¿Está claro?

—Le aseguro que no tengo intenciones...

—¿No, ¿eh?...

Martín tragó saliva. Sin duda, el otro Martín Morley andaba buscándole disgustos.

—Lo... lo siento —dijo contrito Martín—. Su esposa es... es una mujer muy atractiva...

—¡Pero, sinvergüenza! Se queda ahí tan tranquilo, y prácticamente reconoce que trató de aprovecharse de Irene. Debería romperle la cara.

—Vamos, vamos, señor Duggen —intervino el del mostrador.

El puño de la otra mano de Duggen que no descansaba en el hombro de Martín, se alzó amenazador. A Martín le pareció enorme e intentó esquivarlo; pero el puño le dió de lleno en el pómulo izquierdo y lo derribó en el suelo, junto al bar, con uno de los brazos apoyados en la barra metálica.

—Puede decirle al gerente que Irene deja el trabajo —dijo Duggen al del mostrador, que había salido de detrás del bar para ayudar a Martín a levantarse.

Duggen salió del vestíbulo, murmurando algo para sí.

—Esto lo paga la casa —le dijo el del mostrador a Martín, compasivamente—. ¡Bueno se le va a poner el ojo!

Martín se miró en el espejo. Tenía tolo el lado izquierdo de la cara entumecido.

—Eso era lo que yo quería decirle, señor Morley. El tal Duggen fué boxeador en sus tiempos. En una ocasión, derribó a Tony Galento. Usted no tenía posibilidad de vencerlo.

Martín bebió el vaso de whiskey que el barman le ofrecía y que le cayó como un río de fuego. Pero la sensación le resultó agradable.

Tragó saliva. De pronto se había dado cuenta de que era un fugitivo.

Tendría que ocultarse de Janet y de

Soldando Diamantes

HASTA ahora, los diamantes para uso industrial debían engastarse (en la herramienta que los sostenía), utilizando la mayor parte de la valiosa piedra en una espiga encajada en el metal, con el propósito de fijación. Actualmente, gracias a una substancia llamada hidruro de titanio, que hace el papel de fundente en una soldadura común, es posible soldarlo al acero, y así se aprovecha el diamante entero.

todos los demás. El tenía un ojo negro. El otro Martín Morley no lo tenía. Claro está que él podía dejar que se conociera la fea historia; podía informarlos de que eran dos y de que él no había podido evitar que le dieran un puñetazo en la cara por algo que había hecho el otro Martín Morley.

No, no podía hacerlo. En lo más profundo de su cerebro abrigaba la idea de que, tal vez, todo aquello no eran más que imaginaciones suyas. En tal caso, si lo anunciaba al mundo entero y a Janet en particular, le pasarían dos cosas; lo encerrarían en un manicomio, y se quedaría sin una esposa bellísima.

Pero él estaba en su luna de miel; y, si ahora se escondía hasta que se curara el ojo, el segundo Martín Morley nadaría con su esposa y probablemente le pondría más aceite bronceador, haciéndola reír al ponérsela; pasearía con ella por el bosque; comería con ella, y después de comer bailarían juntos, beberían unas cuantas copas de champaña, como la noche anterior, y luego se retirarían a su habitación, donde...

"¡Oh, no!", pensó con desesperación Martín. A pesar del ojo negro no podía ocultarse. Tenía que hacer cualquier cosa menos ocultarse, aunque eso significara que la gente, incluso Janet, viera a veces a Martín Morley con un ojo negro, y en otras ocasiones sin él.

ENTONCES se dió cuenta de que había también otras alternativas. Podía "deshacerse" del otro Martín Morley, como lo realizaban los protagonistas en las novelas policiales. Se estremeció. Aquello era algo en lo que no podía ni pensar.

Pero, sí, podía ponerle al otro Martín Morley un ojo negro, que hiciera juego con el suyo. Sonrió.

JANET, la esposa de Martín, y el otro hombre, el otro esposo de Janet, estaban nadando en la piscina. Probablemente era el único caso de bigamia legal de la historia, pensó abatidamente Martín. Nadaban muy bien, juntos, acompasando sus brazadas de crawl australiano, las de costado y las de espaldas. Volvieron luego al crawl, agitando el agua. Janet le dió juguetonamente un besito en los labios al segundo Martín Morley, en el momento de girar, y luego se alejó nadando furiosamente, con una mueca de horror fingido en su linda cara, mientras él la perseguía. Como es natural, permitió que él la alcanzara muy pronto.

Martín quiso tirarse al agua tras ellos, vestido y todo.

Media hora más tarde salieron de la piscina y decidieron que era hora de comer. Martín vió cómo comían, oculto en la sombra de la silla del salvavidas.

—Voy a arreglarme la cara, querida —dijo Janet—. No tardaré un minuto.

El otro Martín Morley le dió una palmadita en la nalga y le contestó:

—Te espero en el bar. Ven pronto, querida. Aunque no tardes más que cinco minutos, te echaré de menos.

Apretando los labios furiosamente, Martín siguió a su doble al bar. El hombre del mostrador alzó los ojos y los miró a los dos: al Martín Morley en pantaloncitos de baño y bata, y al Martín Morley en camisa de manga corta y pantalones deportivos. Sobre saltado, dejó caer la botella de whiskey escocés que tenía entre las manos y que se rompió contra el bar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¿Estaré soñando?

Martín se acercó por detrás a su doble y le dió un golpecito en el hombro.

—Míreme —le dijo.

El otro Martín Morley se volvió hacia él y le sonrió.

—Eres un hombre de recursos, Martín —reconoció—. Pensé que nuestro amiguito iba a llevarte consigo al espacio.

—¡Váyase al diablo! —gritó Martín.

—Realmente, no veo por qué toma usted esa actitud. ¿Qué le pasó en el ojo?

—Esto —dijo Martín y le dió un puñetazo a su doble, en plena cara.

El otro Martín Morley cayó al suelo, frotándose la mejilla, mientras Martín se acariciaba los doloridos nudillos. Martín aguardó solamente lo necesario para ver cómo se le iban oscureciendo los ojos a su doble, y luego dejó rápidamente el bar y se dirigió a su habitación.

Subió de dos en dos las escaleras, esperando que Janet no bajaría en ese instante por el ascensor. A él le costaría algún trabajo explicarle cómo iba otra vez con pantalones y camisa; pero pensó que podría hacerlo.

Cuando llegaba al segundo piso, vió a Janet, que desaparecía en el ascensor, cerrando la puerta tras sí. Corrió hacia el ascensor, pretendiendo abrir las puertas; pero el ascensor había iniciado ya el descenso. No podía volver a bajar, pensó, porque, en aquel momento, el otro Martín Morley estaría saliendo del bar, y no podía correr el riesgo de encontrarse junto a él. Cautelosamente, abrió la puerta de su habitación y entró.

Alguien golpeaba en la ventana.

Martín la abrió rápidamente y levantó la persiana. La criatura rosada saltó adentro.

—Lo he estado buscando por todas partes —dijo.

—Yo creía que usted había ido. Vi cómo despegaba su nave...

—Me encuentro en un aprieto, joven. Mi mala suerte hizo que el supervisor del distrito me encontrara

en la luna de su planeta, antes de que yo pudiera entrar en la ruta de las estrellas. Y no se puede mentir a un supervisor de distrito.

—¿No? —dijo esperanzado Martín.

—No. Por consiguiente me encuentro en un aprieto. No puedo dejar a ustedes dos en el planeta, porque sería una intromisión ilegal.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Me parece que voy a tener que llevármelo a usted conmigo. Lo siento mucho, pero...

Martín había ennegrecido el ojo de su doble, tan rápidamente y bien como Duggen se lo había ennegrecido a él. Se sentía henchido de orgullo, como un león. Una hora antes, tal vez habría aceptado con resignación el proyecto del hombrecito rosado. Pero ahora le dijo:

—Usted no puede hacer eso. Lo siento muchísimo, pero...

—¿Qué quiere usted decir con eso de que no puedo hacerlo? Tengo aquí un arma que lo puede dejar a usted inerte y...

—¡Un momento! —exclamó desesperadamente Martín—. Se lo diré a su supervisor del distrito. No tendrá



—Profesor... ¡Alguien viene a rebatirle su teoría sobre el pitecantropus erectus!...

usted que engañar a nadie. Eso sería intervenir en nuestras asuntos internos, ¿no le parece? Me refiero a lo de llevarse el original y dejar aquí el doble.

—No podría usted demostrar semejante cosa.

—Encontraré un medio.

—Joven, me está usted dando muchos disgustos. Yo tengo ya una copia, y eso es suficiente. En cuanto al supervisor del distrito...

—Usted está obligado a escuchar al supervisor.

—Yo estoy ya retrasado en mi horario, y no puedo perder más tiempo buscando a su doble. Podrían verme y... ¡Tengo que llevármelo a usted!

—Escuche. Espéreme en algún lugar. Yo se lo llevaré. Prefiere llevarse al doble en vez de al original verdadero, ¿no es así?

—Así es.

—Entonces, déjeme que se lo busque.

—Pero ya le he dicho que estoy retrasado y no puedo esperar.

—Déme un día. Simplemente veinticuatro horas.

—¿Y si no me lo puede entregar? Martín pensó: "Cuando llegue el momento, resolveré ese problema".

La criatura rosada insistió:

—Si no puede entregármelo, ¿se vendrá usted conmigo?

—Entonces, le concedo las veinticuatro horas.

—Se lo entregaré.

—¿Dónde me esperará usted?

—En el mismo lugar donde lo encontré a usted por primera vez. ¿Me da su palabra de honor?

—Sí —dijo Martín, y miró su reloj. Eran las 12 y 15.

—Buena suerte —le dijo la criatura, y dirigiéndose hacia la ventana, desapareció por ella.

Unos pasos sonaron fuera de la puerta. Martín tuvo escasamente el

tiempo de esconderse en el baño, confiando en que quien venía no entrase allí. Se sentía ridículo, como un fugitivo, en la habitación que había alquilado en el hotel a veinte dólares por día. Pero podían ser Janet y el otro Martín Morley; así que tenía que esconderse.

Era un botones. El muchacho se dirigió sin vacilar al ropero donde Martín lo vio recoger su juego de equipaje de tres piezas (regalo de la tía de Janet) y llevárselo de la habitación.

Martín comprendió con gran desaliento que su doble y Janet se marchaban del hotel. Aquel sinvergüenza quería llevarle siempre un paso de ventaja..., y, hasta el momento, lo había conseguido.

El desesperado marido salió corriendo y se dirigió precipitadamente a la escalera. En el descansillo se tropezó con el esposo de Irene Duggen.

—Lo andaba buscando —dijo el hombretón—. Ha vuelto usted a abusar de...

—No, señor; no he abusado nada. Pero, naturalmente, a quien se refería Duggen era al doble de Martín.

Esta vez, Martín se defendió del violento ataque de Duggen, y lo consiguió a expensas de quedar con el brazo algo entumecido. Pero Martín pensó que Duggen, aunque había derribado en otros tiempos a Tony Galento, ahora no estaba en tan buenas condiciones. Hundió el puño en el estómago de Duggen y sintió el fuerte olor a licor que emanaba del aliento del boxeador, cuando el aire salió violentamente expelido de sus pulmones. Duggen le contestó con un gancho de la izquierda que le puso negro el otro ojo a Martín, antes de que el plexo solar paralizado doblara por la mitad al boxeador, haciéndole rodar escaleras abajo.

Para Martín, aquello fue un knock-out limpio... y otro ojo negro.

Bajó corriendo tras Duggen, pasó por encima de su cuerpo, caído e inmóvil al pie de las escaleras, y atravesó corriendo el vestíbulo, en dirección a la entrada principal del hotel.

La lucha con Duggen le había costado un tiempo precioso. Salió del hotel con el tiempo preciso para ver cómo se alejaba velozmente el convertible color crema. Janet iba al volante. Un botones despedía con la mano al otro Martín Morley, que le devolvía alegremente el saludo, sin duda alguna después de haberle dado una propina demasiado liberal con el dinero de Martín.

—¡Pero si usted —dijo el botones mirando a Martín con repentina y marcada inquietud—, usted..., es decir..., usted... acaba de irse... en aquel auto, señor Morley!

—Seguro que sí —le contestó Martín—. ¿Y te he dicho adónde iba?

—Bueno, me preguntó usted cuál era el mejor camino para volver a Nueva York por el puente de Rip Van Winkle; pero..., ¡pero si usted se ha marchado ya!... ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Gracias —le contestó Martín. Fue a la oficina de recepción y pidió un horario de trenes. El próximo tren para Nueva York saldría de una ciudad situada a unos diez kilómetros de distancia, dentro de dos horas. Había un bimotor que saldría dentro de media hora de la zona de turismo de los Adirondack; pero Martín tenía en los bolsillos escasamente el dinero necesario para el tren.

Salió del hotel y comenzó a bajar el camino montañoso, preguntándose si alguien lo llevaría a la ciudad a tiempo para tomar el tren. Se encogió de hombros. No importaba. Si era necesario haría todo el camino corriendo.

HASTA las diez de aquella noche no llegó al edificio de departa-

mentos situado en el East Side, en la parte alta de Manhattan, donde él y Janet iban a convertir en hogar su departamento de soltero. El portero era nuevo y le cortó el paso, cortés, pero decididamente.

—¿A quién desea ver, señor?

Iba a decir que él era Martín Morley, cuando se le ocurrió una idea mejor. Hasta cierto punto, podía demostrar su identidad. Pero el segundo Martín Morley había llegado probablemente ya, con Janet; y Martín se halló de nuevo sin una identidad real.

—Deseo ver a los señores Morley —dijo—. ¿Se encuentran ya en casa?

—¡Vaya si se encuentran en casa! Es decir, sí, señor. Están dando una fiesta y...

—¿Una fiesta?

—Sí, señor. Los vecinos han avisado a la administración que están en..., en la casa. Es el departamento 7-B.

Martín le dió las gracias al hombre y tomó el ascensor hasta el séptimo piso. Desde el *hall* se oía claramente la música, una música sensual latinoamericana.

El *hall* no estaba muy bien iluminado, pero Martín distinguió a alguien que asomaba la cabeza por la puerta de la pieza de los incineradores, parcialmente abierta.

—¡Eh, Martín!

Martín se acercó más. Era el otro Martín Morley.

—¡No me diga que a usted también lo han dejado afuera...!

—No. Claro está que tengo una llave; pero...

—Pero, nada —dijo Martín cerrando con fuerza la puerta.

¡Nada de perder el tiempo en examinarle los dientes a aquel caballo tan inesperadamente regalado! Se dirigió con paso vivo a su departamento, y abrió la puerta con su llave.

La música había cesado. El departamento estaba a oscuras. Martín oyó

voces y risas ahogadas. El aire del ambiente olía fuertemente a alcohol. Alguien se golpeó un pie con uno de los muebles, en la oscuridad. Aullando, se apoyó en Martín.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Martín en voz muy alta.

—¡Chist, que lo van a descubrir a usted! Estamos jugando a la gallina ciega. Janet es la que tiene que encontrarnos.

La voz era familiar; pero Martín no podía identificarla. Creyó que sería algún amigo de Janet. Le resultaba extraño que estuvieran jugando a ese juego; pero, claro está que todos se hallaban bajo la influencia del alcohol, y el círculo de Janet era famoso por sus fiestas desenfundadas. Aquello no le importaba a Martín, pues le daba tiempo para pensar.

Naturalmente, era de esperar que el otro Martín Morley emplearía su llave para entrar en el departamento. Lo que Martín no podía imaginarse era por qué su duplicado se encontraba en la pieza de los incineradores.

—¡Te encontré! ¡Te encontré!

Unas manos la sujetaron en la oscuridad. Reconoció la voz de Janet; de una Janet decididamente bajo la influencia del alcohol. Martín recordaba que, según las reglas del juego, Janet tendría que identificarlo ahora en la oscuridad. Las manos de ella le exploraron la cara. Martín sintió en la mejilla el cálido aliento de su mujer al reír y besarlo.

—Eres tú, querido. ¡Es Martín! Vamos, enciendan las luces.

En los pocos segundos que todavía duró la oscuridad, hubo un silencio absoluto, como si todos aguardaran a enterarse de que la identificación de Janet había sido justa. Luego, alguien dijo, riendo:

—Te equivocas, querida. Estoy aquí. Debería sentir celos al ver que crees que yo puedo ser otro.

Era la voz de Martín: del otro Martín Morley, que ahora se encontraba dentro del departamento.

Las luces se encendieron.

Janet, junto al marido, sonreía, teniendo aún los ojos vendados con un pañuelo de seda. El otro Martín Morley avanzaba hacia ellos, con sonrisa de confianza y seguridad, y unos anteojos oscuros que le ocultaban el ojo negro. La sonrisa se disipó mientras los invitados empezaban a mirar incrédulamente. Martín cruzó velozmente la pieza, fué a la llave de la luz, y la habitación volvió a sumirse en la penumbra.

—Te digo que los he visto. Eran dos, y los dos el mismo Martín.

—Si no soportas la bebida, ¿se puede saber por qué bebes tanto?

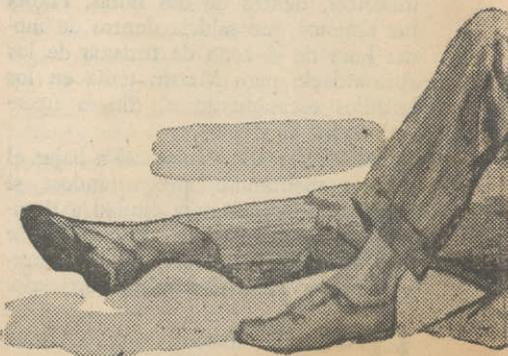
—No diga usted eso; que yo también los he visto.

—¡Vamos, vamos...!

—Bueno, pues los he visto.

—Eso te enseñará a no mezclar los martinis con champaña.

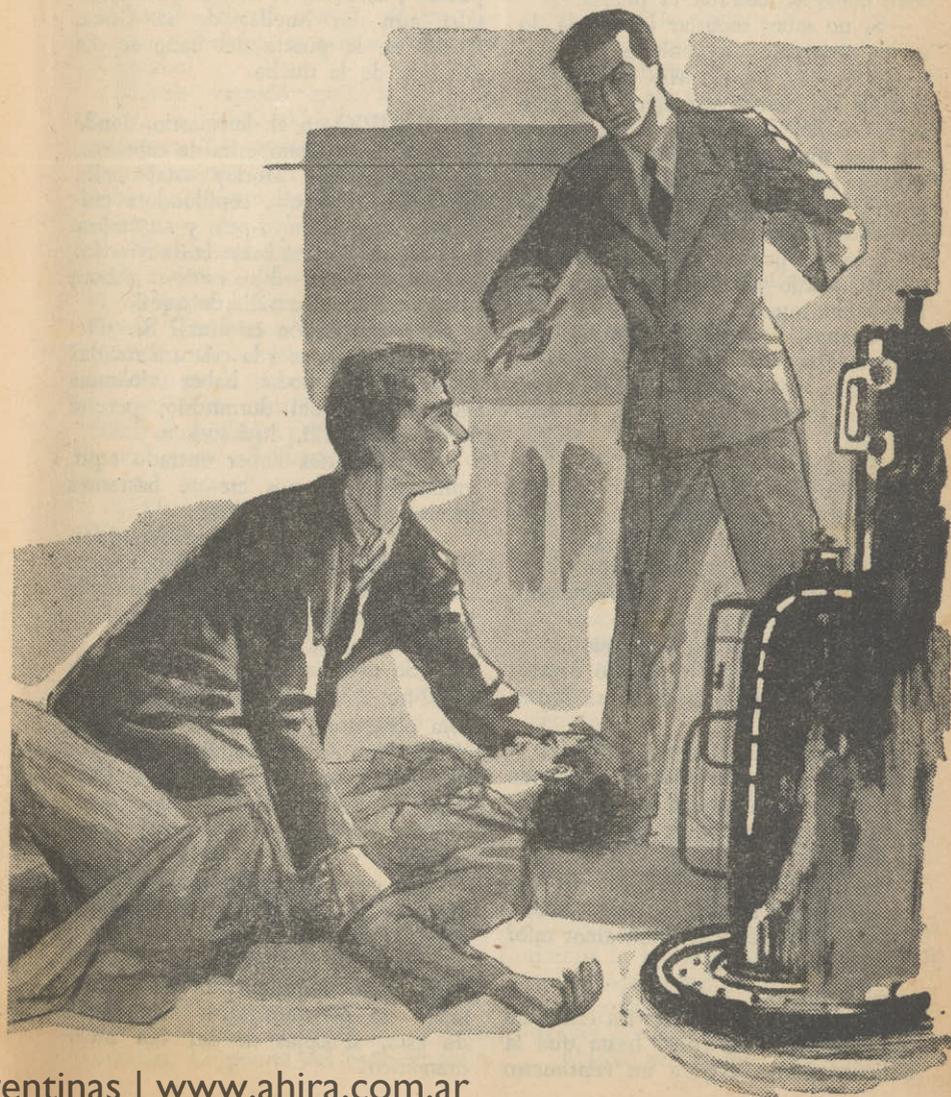
Martín meditó desesperadamente. Podía huir y volver cuando la fiesta hubiera terminado; pero tal vez seguirían la juerga hasta la madrugada, y a las doce del día siguiente, él tenía que haber devuelto el Martín Morley duplicado a la criatura rosada que lo esperaba en los montes Adiróndack.



—¡VAMOS, que encienda alguien las luces!

Aquella orden apremió a Martín a decidirse. Hasta entonces, sólo lo habían visto un par de borrachos, y, naturalmente, nadie le creería. Mar-

tín corrió hacia la puerta y logró salir por ella en el momento en que las luces se encendían de nuevo tras él. Aguardó en un rincón del hall. Fué viendo cómo las agujas de su reloj marcaban el lento y agobiante trans-



curso de los minutos. Las once. Las doce. Las doce y media. Los primeros invitados comenzaron a salir. La una. ¿Se quedarían los demás eternamente? La una y media. Más invitados borrachos que salían.

—Te digo que había dos. Tú mismo oíste cómo se cerraba la puerta.

—Si no sabes soportar la bebida, lo mejor sería que no bebieras.

Las dos en punto. Más despedidas. ¿Había allí dentro un ejército o algo por el estilo? Las dos y media. Janet, con los ojos adormilados, y el otro Martín Morley salieron por fin a la puerta, para despedir a sus últimos invitados. El otro Martín Morley estaba gozando grandemente, al parecer; o anticipando ansiosamente algo que le gustaba mucho.

—Buenas noches, Freddy. Buenas noches, Harriet.

—Janet, fué maravilloso. Me alegro de que hayas interrumpido tu luna de miel.

—Buenas noches, Janet.

—Adiós, Freddy.

—Hasta pronto, Martín.

—Muy buenas noches, Fred.

Fred y Harriet se dirigieron al ascensor, que al cabo de un momento inició el descenso.

—Ya conoces la canción, querido —dijo Janet, sonriéndole al otro Martín Morley—: *Hasta que todos se hayan ido.*

—Todos se han ido ya, vida mía —dijo el otro Martín Morley, rodeando con el brazo la esbelta cintura de su circunstancial esposa y besándola en la mejilla.

En un rincón del hall, Martín hería de rabia y silenciosa desesperación.

—¿Tienes sueño, Martín, amor mío?

—Vamos adentro.

—Sí, vamos.

La puerta se cerró. Martín encendió un cigarrillo y lo fumó hasta que la ardiente punta llegó a un centímetro

escaso de sus dedos. ¡El impostor!... ¡El impostor sinvergüenza, inmoral, ilegal, falsario!... Martín fué hasta la puerta, lleno de ira, e introdujo la llave en la cerradura. No tenía plan alguno excepto un loco deseo de quebrarle los huesos a su doble. Abrió la puerta y atravesó el living, que ostentaba aún las huellas de la fiesta. Detrás de la puerta del baño se oía el ruido de la ducha.

IRRUMPIO en el dormitorio, donde brillaba una lamparita de cabecera. El otro Martín Morley estaba allí, mirándose al espejo, cepillándose cuidadosamente el corto pelo y alisándose los pliegues de una bata: la de Martín.

—Muy bien —dijo éste—. ¡Ahora mismo va usted a salir de aquí!

¿Una mutilación criminal? Sí. ¿Devolver el impostor a la criatura rosada? Sí. Pero no podía haber violencia alguna en aquel dormitorio; porque Janet estaba allí, duchándose.

—No deberías haber entrado aquí, muchacho. Ya nos creaste bastantes inconvenientes en la fiesta.

—¿Sí?... Yo soy el verdadero Martín Morley. Yo soy... No quiero hablar más... Simplemente le exijo que se marche.

—Realmente, ésta es mi casa.

—¿Se marcha usted?, ¿o no...?

—No. Y tú no podrás hacer nada para obligarme a ello, Martín. Desde el momento en que noqueé al nombrecito rosado, soy tan dueño de la identidad de Martín Morley como tú.

—¡Voy a expulsarlo a usted, ahora mismo!

—Me estoy disponiendo a acostarme, Martín. Tú eres el que deberías irte.

—¡Le concedo un minuto!

—Escucha, muchacho. Te estás portando como un niño. No veo por qué razón no podemos sacar algo bueno de esto, si dejas de ser tan melodramático.

—¿Qué quiere usted decir?

—Hombre, piensa en las veces en que a uno le gustaría estar en dos lugares a la vez. Podría estar en casa con su esposa y entreteniéndose con su amante al mismo tiempo. Podría divertir a su mujer mientras juega al póker con los amigos. Podría hacer en medio día el trabajo de un día entero. ¡Pero si las posibilidades son ilimitadas!

Martín recordó que la criatura rosada le había hablado algo de los psitrones. La personalidad podía ser completamente diferente. Lo era. El doble de Martín no era inmoral, sino amoral.

—Ya ves —continuó— que no tengo nada contra ti, Martín. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo, si tú lo deseas. Tendremos que andarnos con cuidado, claro está, para que no se nos vea en el mismo lugar al mismo tiempo. Eso resultaría embarazoso, difícil de explicar; pero nos las arreglaremos bien. Saldremos airosos del asunto.

—¡Usted es el que va a salir disparado...!

—No levantes la voz, Martín. Janet te va a oír.

—No me importa que...

—Martín, vas a echar a perder algo muy bueno...

Eso era precisamente lo que Martín quería. Tendría que recurrir a la violencia, allí mismo, en aquel momento. Se dispuso y estaba listo para saltar sobre el otro Martín Morley, cuando el ruido de la ducha cesó.

—¡Pronto, Martín! —murmuró su doble—. Vete de aquí.

—¡Váyase usted!

El otro Martín Morley le sonrió.

—Yo no pienso moverme.

Martín oyó a su esposa, que tarareaba varios compases de la canción *Hasta que todos se hayan ido*. Parecía contenta. La puerta del baño se abrió.

Martín corrió al ropero y se ocultó en él.

Janet entró entonces en el dormitorio, vestida con un peinador transparente. La puerta del ropero había quedado ligeramente entreabierta, y Martín pudo ver que Janet sonreía tímidamente al otro Martín Morley, y oyó que le decía:

—Amor mío, con tanta bebida se me ha subido el alcohol a la cabeza. Todo me da vueltas...

—¿Te alegras de que hayamos vuelto de la montaña?

—Me sentiría feliz en cualquier parte, con tal de que estés tú conmigo. Todo me da vueltas..., Martín, sujétame.

El otro Martín Morley la sujetó.

—¡Janet...!

—¡Qué lejos te veo!... Déjame. Tengo ganas de..., de dormir... Llévame a..., a dormir.

EL Martín duplicado frunció el entrecejo. El genuino Martín rió entre dientes. Janet no había soportado nunca bien la bebida. Estaba durante horas enteras tan tranquila, y de repente le entraba un profundo sueño del que nadie podía sacarla. El repetido Martín Morley amenazó con el puño cerrado hacia el ropero, y depositando sobre la cama el inerte cuerpo de Janet, dirigióse luego a la cocina.

Martín salió del ropero, fué a la cama, besó en la boca a su esposa dormida, la arrebujó bien y siguió a su doble a la cocina.

—Voy a hacerle un poco de café puro —le explicó el otro Martín Morley.

—No le serviría de nada. Tiene que dormir la borrachera. Me extraña que no lo sepa usted ya.

—No sigas hablando con tanta objetividad de todo esto.

—Usted era el que quería ser obje-

tivo hace unos minutos —replicó Martín.

—¡Pero ésta es mi noche de bodas!...

—¡Anoche fué nuestra noche de bodas! Y usted no tiene que hablar así de mi esposa.

—Entonces, ¿no estás de acuerdo con mi plan?

—Nunca lo estaré —contestó Martín.

El otro se encogió cansadamente de hombros. De pronto dió media vuelta y le tiró la cafetera a Martín. Este la esquivó, sintió cómo el recipiente de pirex se estrellaba contra la pared, y luego comenzó a luchar con su doble. Al principio, esto le causó una impresión muy rara, como si luchara consigo mismo, o como el hombre que practica el boxeo ante un espejo.

Pero pronto la impresión cambió. Martín sólo ansiaba ahora reducir a su duplicado para devolvérselo a la criatura rosada, que lo aguardaba en los Adiróndack. El otro Martín Morley, que no tenía ni idea de que existiera tal posibilidad, perseguía fines muy distintos. Martín lo descubrió cuando su doble, librándose de él de un empujón, fué a uno de los cajones de la alacena y regresó blandiendo un gran cuchillo de pan.

—Si consigo ocultar el cadáver —jadeó el duplicado Martín Morley—, nadie sabrá que has muerto —y se lanzó sobre Martín, con el cuchillo de pan en la mano.

Martín se ladeó, y le puso una zancadilla a su doble, el cual cayó de bruces sobre el suelo, pero no antes de que el cuchillo abriera un largo desgarrón en los pantalones de Martín. Este se echó inmediatamente encima del otro, para no darle tiempo a blandir de nuevo el cuchillo.

Agarrándole las orejas duplicadas, Martín comenzó a golpear contra el suelo la cabeza de su doble. Al cabo del cuarto golpe, tuvo que soltar una

mano, para con ella esquivar el gran cuchillo de cocina que el otro blandía por encima de su hombro. Martín le retorció la mano que lo sostenía, hasta que el cuchillo cayó ruidosamente al suelo; pero entonces el otro Martín Morley se escabulló y consiguió levantarse.

Martín le salió al encuentro en el centro de la cocina, donde cambiaron nuevos golpes. Detrás de cada puño había exactamente los mismos músculos. Con la misma capacidad de absorber el castigo, recibían ambos cada golpe. De ese modo emplearon casi cinco minutos en descargarse puñetazos.

Martín estaba pensando: "Yo siempre quedo desprotegido cuando levanto la derecha." Había boxeado un poco en la universidad, pero contaba con una larga historia de fracasos por esa costumbre. Se sentía débil y mareado. Casi no podía tenerse en pie. Sus brazos le parecían dos barras de plomo que casi no podía levantar; pero hizo una finta con la izquierda y vió cómo el otro Martín Morley se lanzaba torpemente sobre él, detrás de su puño derecho alzado en respuesta a la finta del izquierdo. Martín lo calculó con cuidado, hirió con un gancho de su izquierda la mandíbula duplicada; luego hincó el puño en el vientre de su doble, y por fin cruzó su derecha.



—¿De qué se asombra, profesor? ¡Le prometí ver las estrellas y aquí las tiene!

El otro Martín Morley cayó.

Martín se quedó un instante junto a él, incapaz casi de sostenerse en pie. Sonrió, tomó el cuchillo de pan y lo guardó de nuevo en el cajón. Estaba a punto de congratularse, cuando alguien dijo:

—Muchas gracias. Muchísimas gracias. Eso me ahorra innumerables molestias.

Martín se volvió.

Detrás de él había otro Martín Morley.

—Yo —continuó hablando— era el que estaba en el incinerador. Cuando nuestro amiguito sonrosado volvió a la Tierra, decidí que tenía tanto derecho como usted a no ser el ejemplar.

Quien hablaba era el tercer Martín Morley: el que la pequeña criatura rosada había creado después de que se escapó el segundo Martín Morley.

Martín se quedó mirándolo boquiabierto, y retrocedió tambaleándose hacia la pared, porque casi no podía tenerse en pie. El tercer Martín Morley atravesó la habitación tras él, sonrió confiadamente, y lo noqueó de un solo puñetazo.

QUIZA será mejor que cierre la capota —sugirió alegremente el tercer Martín Morley—. Ya empieza a amanecer.

Hacia tres cuartos de hora que habían atravesado el puente de Rip Van Winkle y se dirigían al norte, hacia los montes Adiróndack. Martín iba sentado en el asiento posterior, al lado del segundo Martín Morley, ambos atados de pies y manos. El tercer Martín Morley iba adelante, conduciendo.

—Lo que quería decir —prosiguió éste— es que no quiero que los vean a ustedes dos, ahí atrás, atados de pies y manos, y que observen que los tres somos idénticos. Ya comprenden ustedes por qué.

—¡Cállese! —dijo con abatimiento

Martín—. No nos importa nada de lo que usted diga.

—Dentro de poco estarán ustedes en ruta hacia el espacio, y estoy seguro de que serán dos de los mejores ejemplares del hombrecito rosado.

—¿Ves? —le dijo amargamente a Martín el segundo Martín Morley—. Si hubieras accedido a cooperar conmigo, no habría pasado nada de esto.

El tercer Martín Morley tiró de la palanca que subía la capota de lona del convertible. La capota se alzó sobre ellos, y poco después quedaba sólidamente cerrada. Siguió el camino en silencio; pero Martín se daba amarga cuenta de todos los kilómetros que pasaban. Dentro de una hora llegarían al lugar de la cita con la criatura rosada. Unos minutos después, Martín Morley I y Martín Morley II iniciarían su viaje a través del espacio. Y Martín Morley III, el último que había intervenido en el asunto, se iría de allí, libre y tranquilo, sin que nadie le disputara su identidad.

—Me gustaría que lo tomaran con más alegría —dijo—. Todos teníamos las mismas probabilidades de ganar.

—Usted nunca se presentó abiertamente —dijo el segundo Morley—; no jugó limpio.

—Déjese de lamentaciones.

—No me lamento nada.

Martín no tomaba parte en la disputa, aunque le habría gustado decirle muchas cosas a los dos usurpadores. En cambio trabajaba furiosamente por soltarse las cuerdas que le sujetaban las manos a la espalda. Le parecía que ahora estaban más flojas que cuando recobró por primera vez el conocimiento, en el camino de Taconic State Park, un par de horas antes. Tenía las muñecas rosadas y entumecidas, pero seguía frotándoselas metódicamente, preguntándose si la fricción sería bastante fuerte para permitirle romper las cuerdas.

Se hallaban entonces en la falda de los Adiróndack, iniciando la subida. Al poco rato, Martín reconoció la carretera que por el este, conducía al hotel del Lago George; pero siguieron más allá y doblaron en la curva siguiente, metiéndose por un camino estrecho que los llevaría al lugar donde la criatura rosada aguardaba sus dos ejemplares.

Martín tiró con fuerza de las cuerdas. Vió que seguían resistiendo, y persistió en frotarse las doloridas muñecas, una contra otra. Entonces vió a lo lejos la nave espacial. Era aún muy temprano. Había poquísimas probabilidades de que alguien descubriera la nave espacial, oculta entre los pinos, junto a un camino poco usado.

El tercer Martín Morley detuvo el convertible.

—Voy a soltarles las piernas para que puedan andar —les dijo, y lo hizo.

Martín sintió el hormigueo le las piernas, al restablecerse en ellas la circulación. Luego, los tres se dirigieron entre los pinos al lugar donde aguardaba la nave espacial. Martín seguía frotándose las muñecas, una contra otra.

La pequeña criatura rosada los esperaba junto a la puerta de la nave espacial, gesticulando alegremente con sus cuatro brazos.

—Me estaba poniendo nervioso, joven —dijo—; especialmente desde que vi que el tercero se había escapado. ¡Oh, veo que trae usted a los dos ejemplares!

—Claro que sí —dijo el tercer Martín Morley, y sonrió.

—Eso es una mentira infame —exclamó Martín—. El original soy yo.

—¿Puede usted demostrarlo? —le preguntó amablemente el tercer Martín Morley.

—No..., no puedo.

—Francamente —reconoció la criatura rosada—, no me importa mucho

quién es quién. Con tal de irme del planeta con dos de ustedes, me basta para dejar satisfecho al supervisor del distrito. Pero voy a decirles una cosa: su 'Tierra' me pone los pelos de punta. No pienso volver por aquí en muchísimo tiempo.

¿NO se rompería nunca la maldita cuerda?...

Martín se frotó desesperadamente las muñecas, mientras entraban en el interior de la nave. Y la cuerda no se rompía.

—Acuéstense para descansar en esas literas de aceleración —les dijo la criatura rosada a los Martines I y II—. Será mejor que les suelte los brazos y...

—¡No! —gritó el tercer Martín Morley—. Yo se los he entregado, pero no los desate hasta que me haya ido.

Las esperanzas de Martín se dispersaron cuando la criatura rosada asintió diciendo:

—Eso me parece justo.

Luego, la criatura apretó una serie de botones. Se oyó el zumbido de un potente motor, que adquiría vida, vibrando en el interior de la nave.

—Estoy creando la energía necesaria para nuestro viaje hasta la Luna —les explicó la criatura—. Desde allí en adelante, viajaremos con la energía de las estrellas.

—Me marcho —dijo el tercer Martín Morley, y fué hacia la puerta.

Martín necesitó un enorme esfuerzo de voluntad para tirar de sus lastimadas muñecas, pero sabía que su oportunidad era ahora o nunca. Una vez que el tercer Martín Morley saliera de la nave espacial, y la puerta se cerrara tras él, sería ya demasiado tarde: había que despedirse para siempre de la Tierra; decirle adiós a la vida que él conocía, a Janet, a los lugares amados. Y se preguntó cómo sería el zoológico donde lo exhibirían.

El tercer Martín Morley llegó a la puerta y salió de la nave. La enorme puerta comenzó a cerrarse, deslizándose sobre las ranuras. Martín suspiró enloquecido.

De repente sintió que las cuerdas cedían. Un último y furioso tirón liberó por completo sus muñecas, y lanzando un grito de cólera, corrió hacia la puerta de la nave.

Esta seguía deslizándose. Martín no sabía si quedaba suficiente espacio para pasar. Se metió por la abertura, sacando primero la cabeza. Durante un terrible instante, notó que el metal se cerraba junto a sus piernas. Luego rodó cuesta abajo y por fin se levantó, sintiéndose muy dolorido.

El tercer Martín Morley había puesto en marcha el motor de su convertible. En aquel momento soltaba el freno de mano. Martín dió cinco rápidas zancadas y saltó junto a él.

Lucharon en el auto. Era una batalla desigual, porque los brazos de Martín seguían aún entumecidos; pero el tercer Martín Morley tenía que concentrarse para no perder el dominio del auto.

El convertible, con movimientos aún muy lentos, salió del camino e incrustó su guardabarros derecho contra el tronco de un gran pino.

—¡Mire lo que le ha hecho a mi auto! —gritó el tercer Martín Morley.

Uno de ellos abrió la portezuela. Los dos cayeron rodando fuera del coche y siguieron luchando sobre la polvorienta ladera del camino. Martín quedó debajo, aprisionado, y vió que su doble (su triple) levantaba por encima de su cabeza una gran roca y la bajaba hacia su cara. Martín consiguió apartar la cabeza, y la roca cayó con fuerza sobre la polvorienta superficie del camino, a escasos centímetros de su oreja.

Luego, consiguió salir de debajo y comenzó a golpear con los puños en

la cara del otro Martín Morley, aunque débilmente, pues sus antebrazos no tenían todavía fuerza. El otro Martín había levantado sus manos, mucho más fuertes, y trataba de ahogarlo.

Martín se agarró su propio brazo izquierdo, por el codo, con la mano derecha, y, empleándolo como un látigo, azotó con él la cabeza de su triplicado. Tenía los ojos nublados; no podía respirar; le pareció que le colgaba un palmo de lengua; pero siguió azotando con su entumecido brazo izquierdo, de arriba abajo y de abajo arriba, con los entumecidos dedos apretados en un puño insensible.

Cinco minutos más tarde arrastraba el cuerpo desvanecido de Martín Morley III al interior de la nave espacial.

—Aquí tiene el segundo ejemplar que usted quería.

—No importa cuál es —manifestó la criatura rosada—. El que sea. Cualquiera de los dos.

Martín se retiró y vió cómo la nave despegaba, llevando en su interior las dos reproducciones, los dos ejemplares, Dios sabe adónde.

Mucho más tarde, Martín regresaba a su departamento de Nueva York.

—Estaba muerta de inquietud —le dijo Janet, después de besarlo—. No dejaste ni una nota escrita explicándome el motivo de tu ausencia.

—Salí por asuntos personales —dijo misteriosamente Martín, y luego le dió un fuerte beso.

—¡Martín! ¡Martín! No sé por qué, pero has cambiado desde que nos casamos. Durante un tiempo me parecías dos hombres diferentes. Ahora, eres los dos juntos. Sí, eres como dos personas en una. Y me gustas mucho más así, querido.

Era ya casi de noche. Esta vez, Martín estaba seguro de que no habría fiesta ni Martín II ni Martín III.

Realmente resultaba maravilloso ser el único Martín Morley. ✦

Grandes novelas publicadas en MAS ALLA

Algunos números atrasados de MAS ALLÁ están disponibles al precio de \$ 6.— cada uno. En ellos se han publicado, entre otras, las siguientes novelas:

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein	6
LA ISLA DEL DRAGON, por Jack Williamson	9, 10 y 11
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27
MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M. Kornbluth	28 y 29
EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester	30
LA AGUJA, por Jerry Sohl.....	32 y 33

Más allá

AV. ALEM 834 — BUENOS AIRES

Deseo adquirir los siguientes números de MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por m\$ n 6.— el ejemplar. (En el exterior: \$ 8.— o U. S \$ 0.60).

1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 10 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17
18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 28 - 29 - 30 - 31 - 32 - 33

(Sírvese señalar con un círculo los ejemplares solicitados)

Nombre

Dirección

Localidad

(ESCRIBIR CLARO)

AL ACECHO DE LAS ESTRELLAS FUGACES

Todos los años, del 10 al 13 de agosto, del 11 al 13 de noviembre y el 27 de este mismo mes, el cielo nocturno se puebla de una lluvia luminosa: la Tierra topa con un enjambre de estrellas fugaces.

Partículas diminutas, muchas de ellas no mayores que un grano de arena, se ponen incandescentes al contacto con la atmósfera, dejando el rastro luminoso que llamamos estrella fugaz. Su reaparición multitudinaria, año tras año, probaría que son restos de cometas desintegrados a lo largo de sus órbitas, con las que se cruza periódicamente la Tierra en su revolución alrededor del Sol.

Pocas cosas son tan difícilmente accesibles a la observación científica como las estrellas fugaces. Lo inesperado de su aparición, así como su corta duración, hacen casi imposible su observación espectroscópica. Pero, hace algunos años, el radar solucionó la cuestión, haciendo que las estrellas fugaces sean visibles en pleno día. Los meteoritos que atraviesan la atmósfera, no sólo dejan tras sí un rastro luminoso, sino una estela de aire ionizado. Ahora bien, este aire tiene la propiedad de reflejar las ondas electromagnéticas de radio: justamente la capa atmosférica llamada ionosfera es la que hace posibles, gracias a esta propiedad, las transmisiones de onda corta en todo el planeta.

El procedimiento para detectar meteoritos es, pues, muy sencillo: basta enviar un grupo de ondas elec-

tromagnéticas hacia arriba y esperar a que el trozo de aire ionizado nos devuelva el "eco" indicador del meteorito. Según el tiempo que tarda en volver el eco, se puede saber a qué altura una minúscula partícula de materia atravesó la atmósfera terrestre. De la duración del fenómeno se puede inferir la velocidad de la partícula.

Los resultados son por demás significativos: la radioastronomía ha conseguido "pescar" estrellas fugaces de birlo cien veces menor que las más débiles visibles a ojo desnudo. Se calcula que cada segundo se volatilizan en la atmósfera entre 10.000 y 100.000 de estos radiometeoritos.

Gracias a estas investigaciones se pudo comprobar que existe una relación estrecha entre la altura de las trayectorias ionizadas y la velocidad de los meteoritos. A los 100 kilómetros de altura, se desplazan a 60 km./seg.; mientras que, a 88 km., las velocidades son del orden de 20 km./seg. Estas mediciones conducen a un resultado importante: no hay meteoritos animados de una velocidad suficiente para liberarse de la atracción del Sol. De esta manera, queda demostrado definitivamente que pertenecen al sistema solar y que no provienen de los espacios interestelares.

Las aplicaciones prácticas no se han hecho esperar: la meteorología, por ejemplo, ha sacado buen partido del conocimiento de las estrellas fugaces. Sucede que los vientos de la estratosfera deforman las huellas ionizadas que dejan los meteoritos. Observando estas deformaciones se pueden sacar conclusiones sobre la velocidad del viento a esas altitudes, que llega a ser de 180 km. por hora. Se descubrieron también vientos verticales con velocidades del orden de los 40 km. por hora.

El atesoramiento de estos datos, por otra parte, es de vital importancia para los astronautas del futuro: el choque con estos proyectiles cósmicos no es el menor de los peligros en viajes interplanetarios. ✦

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 87 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 5, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



- Pregunta N° 1:
- Pregunta N° 2:
- Pregunta N° 3:
- Pregunta N° 4:
- Pregunta N° 5:
- Pregunta N° 6:

1 La luz de un tubo fluorescente proviene:

- A) De una resistencia fluorescente que emite luz al ser atravesada por corriente.
- B) De un gas fluorescente que se excita cuando lo surca un flujo de electrones.
- C) De un polvo fluorescente que cubre las paredes del tubo.

2 ¿Cuál de los siguientes planetoides es visible a simple vista desde la Tierra?:

- A) Hermes.
- B) Juno.
- C) Marlene.
- D) Ceres.
- E) Vesta.

3 El resultado del ciclo del carbono, de donde proviene la energía solar, consiste en (además de la emisión de energía):

- A) La fusión del núcleo del uranio.
- B) La fusión de cuatro núcleos de hidrógeno en uno de helio.

4 La ventaja que por ahora ofrece la electricidad producida en usinas atómicas sobre las comunes proviene de que:

- A) Es más barata.
- B) Puede producirse en cualquier lugar independientemente de los costos de transporte.
- C) Las reservas de uranio, a diferencia de las de carbón y petróleo, son prácticamente inagotables.

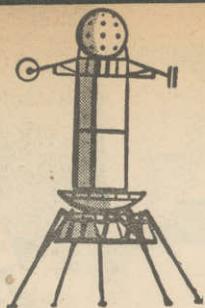
5 ¿Cuál de las siguientes glándulas funciona como reguladora de las otras?:

- A) Pineal.
- B) Timo.
- C) Páncreas.
- D) Tiroides.
- E) Pituitaria.

6 La población mundial aumenta en una proporción anual aproximada de:

- A) 8 por cada 100.000 habitantes.
- B) 8 por cada 10.000 habitantes.
- C) 8 por cada 1.000 habitantes.
- D) 8 por cada 100 habitantes.





por
WERNHER von BRAUN

FRED L. WHIPPLE y

WILLY LEY

ilustraciones de
CHESLEY BONESTELL

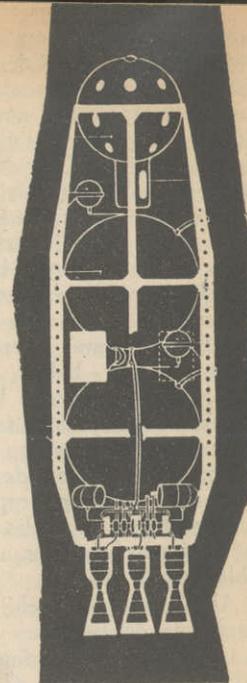
la conquista

CUARTA PARTE EL HARPALO

DURANTE las dos primeras semanas, el trabajo será constante y fascinador. Todos los equipos de registro automático (termógrafos, sismógrafos, contadores de rayos cósmicos) ya habrán sido instalados, y los laboratorios de física y química trabajarán a toda máquina. Experimentos que exijan la intervención de las más diversas ciencias a través del análisis químico, radiológico, microscópico y espectroscópico de los mismos, se sucederán, sin duda, por centenares unos a otros.

Probablemente sea la sección fotográfica la que soporte la parte más pesada del trabajo. Además de las fotografías ordinarias se tomarán, revelarán y clasificarán miles de metros de películas en colores de 35 milímetros. También se tomarán películas con cámaras mucho más grandes, para obtener detalles panorámicos de objetos muy lejanos; una de ellas con película sensible al infrarrojo. Además hay que agregar las vistas tomadas con cámaras telescópicas. En resumen, todo esto exi-

de la luna



girá una actividad constante por parte de los encargados de dicho trabajo.

Solamente la recolección y clasificación del flujo constante de muestras provenientes de cada una de las expediciones alcanzará para tener más que ocupado un equipo considerable de gente.

Los quince días de nuestro día lunar pasarán volando. Los hombres trabajarán frenéticamente, procurando aprovechar al máximo el período de luz solar. Se dormirá y comerá por turnos, de manera que en ningún momento se produzca una interrupción en las investigaciones ni en la información que se irá enviando a la Tierra. Pero lenta

e inexorablemente, el Sol comenzará a deslizarse hacia el horizonte, hasta terminar por ceder el reinado de los cielos a la Tierra, que durante las dos semanas siguientes nos mostrará su majestuosa belleza.

En realidad, en ningún momento hemos perdido de vista a la Tierra. Al aterrizar se nos apareció como una brillante hoz luminosa, con el resto de su esfera completamente sumida en las sombras. Día tras día, la banda plateada se fué ensanchando conjuntamente con un aumento perceptible de su intensidad luminosa. Cuando el Sol finalmente desaparece tras el horizonte y los picos brillantes de las cercanas

montañas van borrándose lentamente, los marrones y grises del día lunar toman una tonalidad verde. Las montañas proyectan largas sombras; los cráteres y las grietas se vuelven insondablemente negros. Cuando la Tierra alcanza su brillantez máxima, arroja sesenta veces más luz que la que la Luna llena arroja sobre nosotros. Durante varios días después de haberse puesto el Sol viviremos en una especie de penumbra, bajo la fría luz que nos arrojará la Tierra. Fuera de la base, la temperatura habrá descendido a 151 grados centígrados bajo cero. Nadie estará autorizado a salir de la base sin compañía, y, si en el transcurso del día lunar se considerará suficiente precaución salir en grupos de a dos, cuando llegue la noche esta cifra aumentará por lo menos a tres y preferiblemente a cinco.

Al finalizar la noche lunar se iniciará una de las fases más atractivas y arriesgadas de la primera expedición a la Luna. Un largo viaje que tendrá por meta un enorme cráter lunar y las estribaciones de las montañas que rodean el Mar de las Lluvias: *Mare Imbrium*. La iniciación de viaje tendrá que postergarse hasta esa fecha, debido a que, al principio del anochecer, aprovechando hasta las últimas claridades, los vehículos estarán muy ocupados en las exploraciones iniciales en torno a la base lunar. Por esa causa, la expedición comenzará en la segunda mitad de la noche, cuando todavía sea oscuro. No será lo más recomendable, pero no habrá otra alternativa. Por suerte, la Tierra seguirá fielmente arrojando su luz, y nosotros nos ayudaremos con reflectores propios.

Nuestro punto de destino es un cráter situado a 312 kilómetros de distancia en línea recta, pero que en realidad se convertirán en 400 kilómetros para el tractor. El cráter, llamado Harpalo, es el más interesante de todos

los que se encuentran a nuestro alcance, con sus 39 kilómetros de diámetro, sus escarpados bordes de alrededor de mil metros de altura y una profundidad máxima de tres mil metros. Debíó de ser un meteorito bien grande el que dejara tamaño marca sobre la vieja Luna. Pero... ¿habrá sido un meteorito? Esa es una de las preguntas que esperamos responder. Todo lo que sabemos antes de emprender el viaje es que pudo haber sido un meteorito del tamaño de una montaña y que se movía a varios miles de kilómetros por hora.

La misión exploratoria estará constituida por dos tractores, sus furgones y diez hombres. En realidad, habrá suficiente espacio para acomodar a catorce hombres; pero, como existe el peligro de que alguno de los vehículos se inutilice en el trayecto, habrá que prever la posibilidad de que uno solo de ellos tenga que encargarse de transportar a todos los exploradores.

Los conductores de cada uno de los tractores se encargarán también de las comunicaciones radiales y de los problemas técnicos del transporte. Dada la importancia que tendrá el saber exactamente la posición de la expedición en cada uno de los puntos del recorrido, habrá un piloto de ruta, que se encargará especialmente de esa cuestión. Igualmente esencial será un geólogo, si es que queremos que la expedición sea un éxito en cuanto a las muestras que recoja en su camino. La inclusión de un astrónomo tendrá ya una importancia más teórica, y como sus ocupaciones no serán demasiadas, podrá encargarse también de obtener fotografías. A todos ellos habrá que agregar un especialista en sismografía y otro en balística para manejar los explosivos.

Los tres restantes serán: un gravitometrista, que tendrá también a su cargo la medición de la radioactividad;

un gravitometrista, para medir la escasa fuerza de gravedad y sus efectos, y un astrofísico.

La elección de los miembros de este cuerpo expedicionario será una de las decisiones más difíciles del jefe de la base. Indudablemente todo el mundo querrá ir. La elección no se basará tanto en las habilidades científicas de cada uno de los individuos, dado que cada uno de los cincuenta hombres será un experto en su propio campo, sino más bien en la destreza personal necesaria para el viaje. Todos los miembros deberán poseer un conocimiento adecuado de otra ciencia además de la propia, o algún conocimiento técnico útil para el desarrollo de la exploración. Por ejemplo, uno de ellos, además de ser un especialista en cualquiera de las ramas mencionadas, tendrá que ser un médico bastante competente. Además, todos deberán saber conducir los tractores con la suficiente soltura como para encargarse de la tarea por turno. En la oscuridad y sobre un terreno tan accidentado va a ser difícil lograr un promedio de 4 kilómetros por hora. Para alcanzar nuestro objetivo a 400 kilómetros de distancia habrá que marchar continuamente.

Otra de las consideraciones que influirá en el número de hombres de ciencia que se transporte, es la capacidad de carga de nuestros vehículos en lo que a provisiones se refiere, particularmente comida, pan y aire. De todo esto llevaremos cantidad suficiente para que dure dos semanas. En realidad, ni siquiera sabemos exactamente cuál será el punto más lejano que logrará alcanzar en definitiva la expedición, ya que nos moveremos en un terreno completamente desconocido desde todo punto de vista. Claro que a esa altura de nuestra aventura en la Luna se habrá adquirido alguna experiencia y, por consiguiente, cierta confianza y habilidad para sortear las pe-

ligrosas regiones cubiertas de lava. De cualquiera manera, el avance será lento y cuidadoso. Para mayor seguridad de la expedición, se podrían aumentar la cantidad de elementos técnicos y las precauciones en la elección del camino; pero esto último implicaría el gasto de un tiempo que no poseeremos. Además, cuanto más lejos lleguemos, mejor. En definitiva, nos otorgamos cinco días para el viaje de ida, y cuatro para el regreso.

Como no va a ser cuestión de llegar y partir de regreso en seguida, habrá que quedarse un par de días en el mismo cráter, lo cual eleva a diez días la duración total de la excursión. Para darnos un margen de seguridad mayor, llevaremos provisiones de emergencia para cuatro días adicionales.

La marcha será lenta y difícil. Los dos vehículos buscarán cuidadosamente el terreno seguro alrededor de las grandes rocas y las profundas hondonadas. Los reflectores perforarán las sombras y la luz terrestre bañará débilmente nuestro camino. En los lugares más sospechosos, el geólogo deberá saltar de su tractor, para practicar un reconocimiento del terreno. Si a pesar de todas las precauciones, alguno de los tractores se queda atascado, el otro servirá para sacarlo del apuro. Contadores Geiger fijos registrarán automáticamente cualquier asomo de radioactividad que se presente durante el viaje, y una cámara automática tomará vistas de la superficie, a intervalos determinados de tiempo. También las muestras se recogerán automáticamente, salvo aquellas que no se encuentren en la superficie. Para estas últimas se llevará una perforadora, que entrará en acción donde el geólogo lo estime más conveniente. La mayor parte de las rocas y otros materiales lunares serán deshechados una vez que los especialistas los hayan inspeccionado, y sólo se conservarán aque-

los elementos que pueden despertar algún interés.

En algunos puntos de la ruta nos detendremos para introducir explosivos, como parte del plan de investigaciones del interior del satélite, los cuales haremos estallar posteriormente, desde la base lunar, por medio de control remoto. Digamos de paso que estas explosiones podrán verse desde la Tierra, con telescopios apropiados. El especialista en sismografía disparará también por su cuenta algunos explosivos, a cierta distancia del convoy, mientras el piloto de ruta se dedique a tomar fotografías, que especifiquen nuestra distancia con respecto a ciertas irregularidades notables del panorama, y a clavar señales, que puedan servirnos de referencia en nuestra próxima parada.

Uno de los objetivos fundamentales durante el viaje será estudiar la naturaleza de los misteriosos "rayos", "radios" o "radiaciones", que aparecen como rectas blancas y son particularmente visibles cuando la Luna está llena. Los centros de radiación son los cráteres, y hay radiaciones tan largas que recorren toda la superficie lunar. Se sabe que estos radios están relacionados de alguna manera con cráteres recientemente creados, y se ha sugerido que son en realidad enormes fracturas de la superficie lunar, aun cuando jamás han proyectado sombras. Podrían constituir quizá enormes zanjas que, después de formadas, se llenaron de lava derretida. La mayoría de los astrónomos creen que las radiaciones tienen su origen en la explosión de los cráteres, sea esta explosión producida por los meteoritos o por los volcanes.

El curso de nuestro viaje al cráter Harpalo nos obligará a atravesar algunos de estos rayos, y en ellos recogeremos muestras de polvo. No sabemos actualmente si encontraremos grandes depósitos de la roca desmenuzada, de

color pálido, que suponemos forma el material de dichos rayos, o si la capa sólo tendrá unos pocos centímetros de espesor.

¿Cómo nos organizaremos para vivir durante el viaje? Puesto que habrá diez hombres en total, dormiremos por turnos. Conciliar el sueño no será fácil en medio de los barquinazos y trepidación de los tractores. La pequeña cabina hermética de éstos tiene espacio suficiente para acomodar con soltura siete personas en posición sentada, y en caso de necesidad, a diez. Pero sólo caben cuatro literas. Como además hay que utilizar mucho espacio para los víveres, las cuatro literas se reducirán a dos. Así, sólo cuatro personas (dos en cada tractor) podrán reposar al mismo tiempo.

Las raciones serán todas concentradas, del tipo de las que se utilizan actualmente para los ejércitos en campaña. La situación no será muy confortable; se comerá poco y se dormirá mal; pero seguiremos adelante.

Al cabo de cuatro días surgirá ante nosotros la cresta circular del Harpalo. Pronto veremos los primeros rayos del Sol brillando contra los bordes del cráter. Cuando lleguemos al pie de las intrincadas laderas que ascienden hasta la cumbre, la luz del Sol caerá a raudales sobre nuestras cabezas.

A cierta distancia del cráter comenzaremos a tomar fotografías del mismo, por medio de las cuales podremos calcular sus medidas exactas. Conforme nos acerquemos, iremos recogiendo muestras de lava, en el supuesto caso de que las haya, y se practicarán nuevas perforaciones en busca de otros ejemplares de minerales. Algunos de los miembros de la exposición tomarán nota de la temperatura, controlarán el magnetismo y harán experimentos del tipo de los que se realizaron durante las paradas a lo largo del trayecto.

Escalar las vertientes del cráter será

uno de los trabajos más difíciles, no ya por lo escarpado de la pendiente, sino porque probablemente esté cubierto de cantos rodados de todos los tamaños. Habrá también otras irregularidades, tales como agujeros, quiebras y precipicios. La pendiente exterior probablemente no pase de los tres grados de inclinación, no así la interior, que quizá llegue hasta los 25.

Acercaremos los tractores al borde del cráter tanto como sea posible, y de allí en adelante treparemos por la pulverizada pendiente exterior, metidos en nuestros voluminosos trajes espaciales. En algunos lugares donde la subida es muy escabrosa, el progreso será muy lento y habrá que valerse de los equipos de montaña que se usan en la Tierra. En otros lados, paredes demasiado lisas nos obligarán a disparar ganchos por medio de cohetes. Escaleras de sogas, sujetas a los mismos, servirán para completar la ascensión. Sin embargo, es muy poco probable que esas situaciones se presenten sobre la pared exterior, y con el equipo de montaña es posible que nos arreglemos perfectamente en esta primera fase.

Quizás incluso sea posible llevar uno de los tractores hasta la parte más alta de la cresta. Esto dependerá naturalmente de la naturaleza del terreno que encontremos. Con las fotografías que hayamos obtenido de antemano estaremos en condiciones de apreciar la magnitud del gradiente; pero hasta que no enfrentemos cara a cara el pedregoso terreno, no podremos asegurar si será posible escalarlo hasta arriba con el tractor. De cualquier manera sólo podremos llegar como máximo hasta la parte más alta de la pendiente exterior. La pared interior es demasiado empinada.

Luego descenderemos a pie tanto como sea posible hacia el interior del cráter. Cuando ya el descenso se haga peligroso, bajaremos a alguno de los

hombres, por medio de sogas, hasta el fondo del mismo, para que recoja muestras de minerales. La tarea será difícil, arriesgada y engañosa; a pesar de la débil atracción gravitatoria, una caída es tan peligrosa como en la Tierra. Un desgarrón del traje espacial, por causa de alguna piedra demasiado agudo, será de consecuencias funestas; de manera que aquí, sí, habrá que tomar todas las precauciones.

De todos modos será esencial moverse con rapidez puesto que el tiempo estará contado. Al cabo de un día o dos de permanencia en el cráter, sabremos definitivamente si su origen es consecuencia de la acción de meteoritos, o de alguna explosión volcánica, de cualquier otra causa. La naturaleza de las piedras o lava, que encontremos sobre las paredes del cráter, nos aclararán el misterio. Por medio de mediciones gravimétricas podremos calcular qué masa de material ha sido desplazada del lugar y si hay alguna masa de hierro enterrada en el cráter.

Antes de iniciar el regreso habrá que llevar a cabo otras extenuantes ascensiones. Se realizará un viaje a alguna pequeña formación montañosa, cerca del Harpalo, para investigar su origen. Desde la Tierra, algunas de estas montañas parecen dar la impresión de que formaron parte de la cordillera que limita el Mar de las Lluvias, y luego fueron desparramadas sobre la superficie lunar, a raíz de una explosión. Por otro lado, también es posible que las montañas estuvieran allí antes de que al mar se formara, y que nuevo material haya sido arrojado sobre las mismas. Las fotografías tomadas desde la Tierra no pueden darnos la respuesta a dichos problemas, aunque las probabilidades se inclinan a favor de la teoría de la explosión con subsiguiente desparramo.

Cuando dichas expediciones hayan sido completadas a satisfacción de los

viajeros, siempre dentro del plazo de dos días que hemos fijado como máximo, se iniciará el viaje de regreso a la base. Pero no elegiremos el mismo camino que a la ida. Un pequeño desvío en la ruta nos permitirá examinar la cordillera que rodea el Mar de las Lluvias, donde se encuentran interesantes formaciones de roca y lava, y también oquedades de aspecto cavernoso y origen desconocido. Quizás podamos llegar a alguna conclusión sobre el origen del Mar de las Lluvias o por lo menos desechar la teoría de que también se debe al impacto de un meteorito, si bien bastante más grande que los demás.

Aprovecharemos de paso la ocasión para estudiar algunos cráteres más pequeños de la zona, así como también los radios de los cuales son centros.

No todos los cráteres son tan grandes como el Harpalo. La mayoría de ellos son apenas visibles a través de nuestros telescopios y tienen el tamaño del Cráter Meteorítico de Arizona, cuyo diámetro es de 1.600 metros y cuya profundidad alcanza a 180 metros. Estos pequeños cráteres serán probablemente mucho más fáciles de explorar que el Harpalo. También tendremos interés en examinar algunos de los cráteres "ahogados". Se llaman así porque están completamente cubiertos de lava. Examinando las paredes, se podrá poner en claro si la lava entró a través de fracturas en las mismas o si fué empujada desde abajo. Quizás no obtengamos una contestación clara a la cuestión, pero investigaremos.

Una vez abandonada esta región, re-
(Continúa en la pág. 37)

tractor perforador →

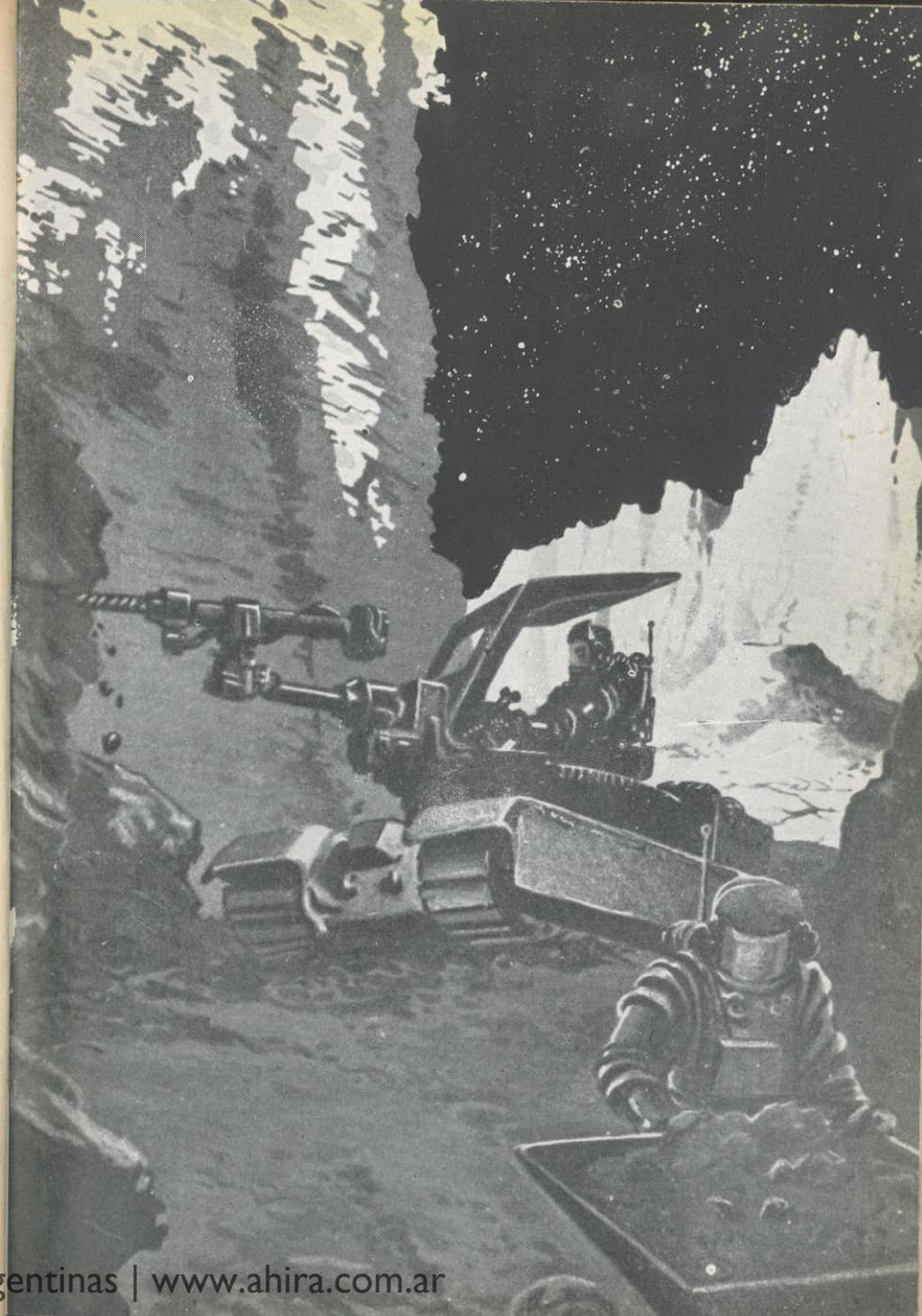
Este modelo se tornará indispensable desde los primeros pasos del hombre sobre la Luna. El transporte de los minerales se realizará con mucha más facilidad que en la Tierra, a causa de la reducida gravedad lunar.

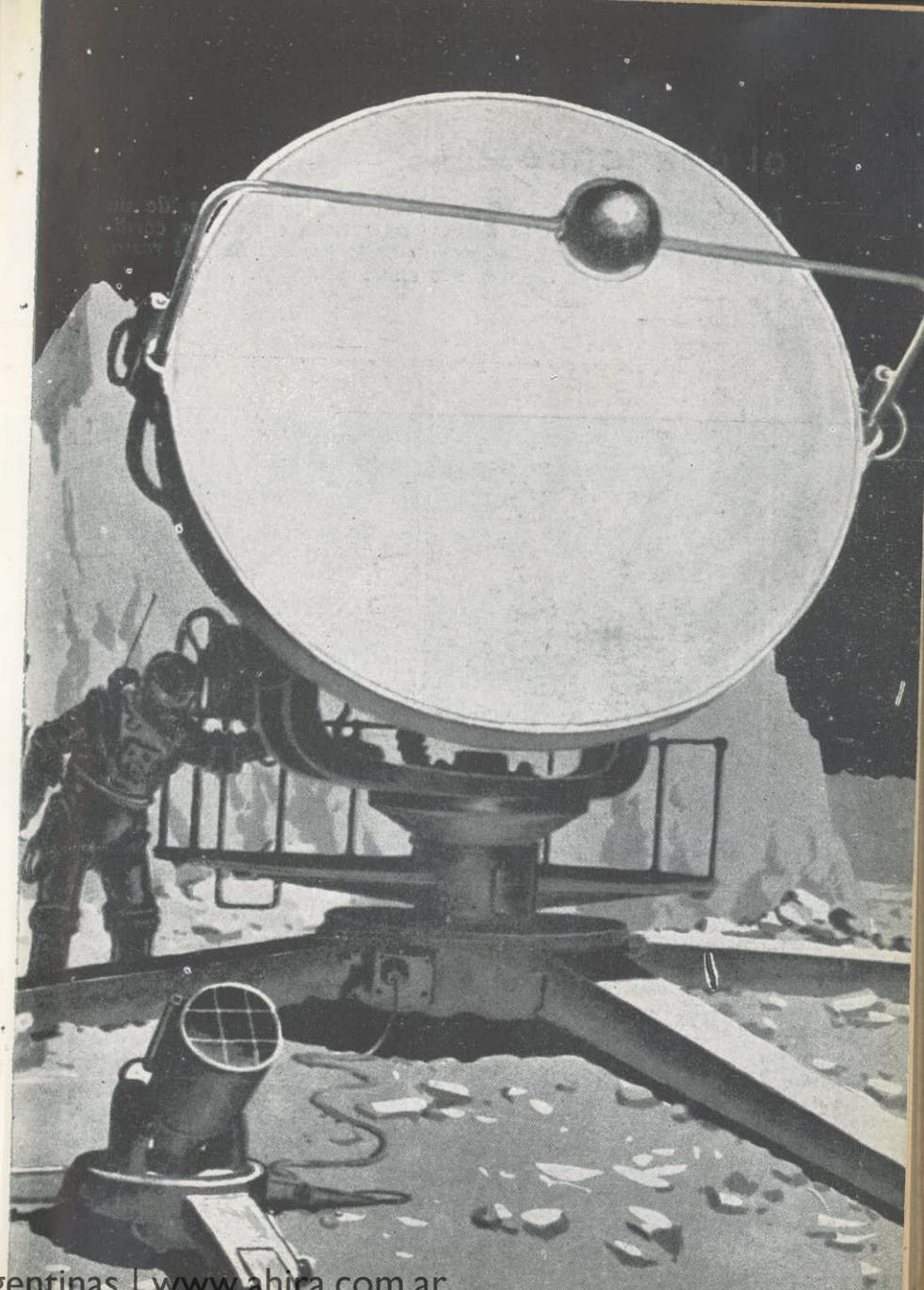
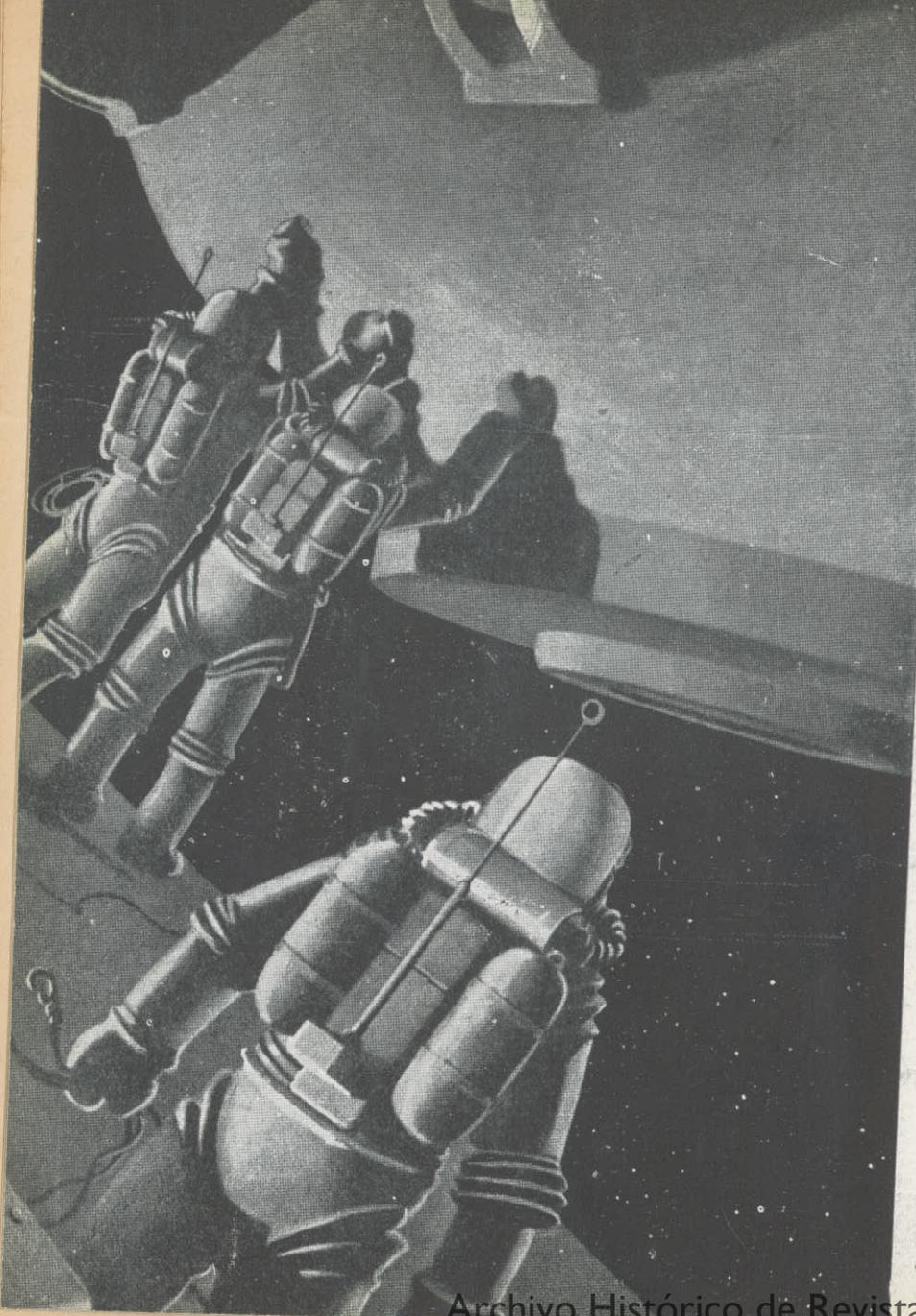
rumbo a la luna (pág. 34)

Mientras el proyecto de von Braun esté en pleno desarrollo, no sería nada raro que los rusos, los ingleses u otros, no sabemos quiénes, prosigan con el suyo. En la figura vemos el momento en que otra nave espacial, rumbo a la Luna, se desprende de sus tanques de combustible, mediante un leve empujón.

el espejo solar (pág. 35)

El espejo solar constituirá muy probablemente la fuente más común de energía de los expedicionarios lunares. Como no hay nubes ni atmósfera que detengan los rayos solares, éstos se pueden acumular continuamente sin ningún peligro de agotar reservas. Además, fuera del costo inicial y de conservación del espejo, no existen costos de extracción o acarreo de combustibles, lo cual abarata enormemente la energía que se obtiene de la luz solar.





el descenso

La expedición lunar está descendiendo las paredes de un pequeño cráter sobre la llanura de "Sinus roris". La cordillera de enfrente está iluminada por la luz del Sol; el resto, por la luz que nos envía la Tierra.



(Continuación de la pág. 32)
tomaremos, ahora sí, el mismo camino que hicimos a la ida. El trayecto se realizará esta vez más rápidamente, a pesar de que los vehículos irán bastante cargados con las muestras de minerales recogidas. Pero, ahora, la luz solar nos acompañará durante el trayecto, así como también la experiencia de la primera parte de la expedición. A los pocos días, nos encontraremos nuevamente en la base lunar.

Aun contando con el mejor de los éxitos, es posible que más de uno se sienta defraudado, debido al hecho de no haber pasado a la otra cara de la Luna, es decir, aquella parte de su superficie que no es visible desde la Tierra. Los hombres de ciencia no creen que el otro lado sea muy diferente del que estamos acostumbrados a ver desde aquí. Parece que sólo hay entre ellas una diferencia fundamental: los eclipses de Luna nunca tienen lugar del otro lado. Debido a ello, es probable que la cara desconocida sea más abrupta, más firme y dura y con mucho menos pedregullo que el que encontramos en al cara que mira a la Tierra.

Esto se debe a que, durante los eclipses de Luna, la luz del Sol es cortada bruscamente por la Tierra, y la temperatura cae rápidamente desde más de 100° C. hasta temperaturas inferiores a los 200° bajo cero. Tan enormes cambios de temperatura son capaces de romper la superficie de las rocas, debido a las expansiones y contracciones. Como la cara desconocida no está expuesta a estos azares particulares, es de esperar que su aspecto sea más duro y firme.

En realidad un viaje al otro lado de la Luna no sería tan largo, si lo midiéramos en kilómetros en línea recta. Pero habría que atravesar grandes cadenas de montañas en vez de planicies que encontramos en nuestro viaje al Harpalo. La experiencia de trepar las laderas del Harpalo y los contrafuertes de las montañas cerca del Mar de las Lluvias, será con toda seguridad más que suficiente para quitar al más arriesgado todo deseo de aventurarse hasta el otro lado de la Luna.

En el próximo número:

V. EL REGRESO (conclusión)

Récords científicos

Los superconductores son sustancias que tienen la curiosa propiedad de que a muy bajas temperaturas, cercanas al cero absoluto, pierden casi por completo su resistencia eléctrica. En muy pocos se puede observar este fenómeno a temperaturas superiores a los 5° absolutos (268° bajo cero). Hace poco, comunicamos que el siliciuro de vanadio había batido un récord, haciéndose superconductor a los 17,1° absolutos. Pues bien, ahora un equipo de investigadores superó la marca, preparando un compuesto de tantalio, niobio y estaño, que se hace superconductor a los 18,5° absolutos.

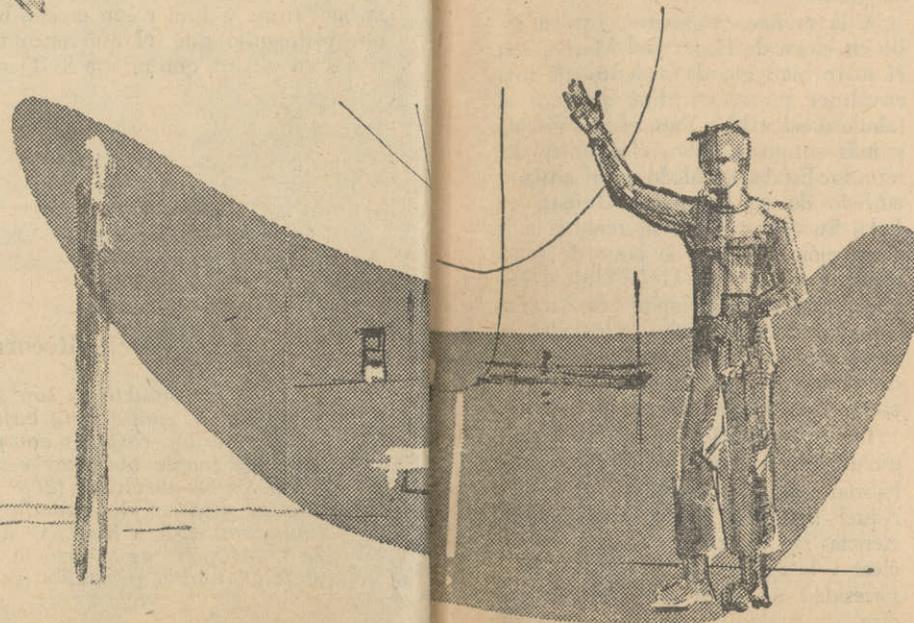
Quien reciba un sobre grande y lacrado
ábralo en seguida; no lo demore
so pretexto de ninguna otra preocupación.



CITA CON EL PASADO

por LIONEL BROOKS

ilustrado por EUSEVI



CONFORME se iba acercando el momento de su apertura, el sobre, cerrado a lacres, a estilo antiguo, empezó a despertar la curiosidad del personal directivo del Consolidatex Banks, de Londres. Su aspecto sólo bastaba para excitar el interés de cualquiera, porque estaba hecho de verdadero papel, o sea de fibra de madera sometida a un proceso industrial; pero había otra razón más importante para que despertara la curiosidad: su edad.

Lo habían dejado en una caja fuerte cuatrocientos años atrás, o sea, desde mediados del siglo veinte; habían dado instrucciones estrictas para que no lo abrieran hasta que no hubiera transcurrido ese período exacto de tiempo, y estaba dirigido a un tal Róger del Marno.

El sobre había pasado por las bóvedas de media docena de bancos distintos, conforme cada uno de ellos iba heredando los bienes de su predecesor. Cada vez más mustio y amarillento con cada una de las transiciones, desde hacía cien años se encontraba en un cajón del Consolidatex Banks, cubriéndose del escaso polvo que pasaban por alto los acondicionadores de aire. Ahora había llegado el momento de abrirlo.

El gerente se hallaba en su oficina privada, hablando con un muchacho que estaba en pie, al otro lado del escritorio. El sobre se hallaba entre los dos.

—Es un enigma, Lyssen; ahí lo tiene. ¿Por qué el desconocido remitente de este sobre (muerto hace tanto tiempo ya) lo dirigió de ese modo? ¿Cómo podía saber que iba a existir ese hombre... , ahora? Sin embargo, no se equivocó, pues el nombre de Del Marno es bien conocido en el mundo: no hay miedo a equivocarse.

—¿Se refiere usted al americano que tiene tanto dinero? —le preguntó Lyssen.

El gerente lo miró severamente.

—Sí; pero tiene otras cosas más: es un gran científico, un hombre valeroso. ¿Le habría gustado a usted el ser uno de los diez hombres supervivientes del viaje a la Luna?

Se echó hacia atrás en su asiento, lleno de nostalgia de su juventud, cuando la segunda expedición a la Luna había sido como una locura entre los jóvenes. La expedición tardó largo tiempo en iniciarse, porque hasta entonces no se había descubierto una protección adecuada contra los terribles rayos cósmicos. Del Marno había tomado parte en la tercera expedición.

Lyssen seguía en su lugar, esperando paciente, con fingido interés, pero sin que aquello le importara realmente. En realidad, le importaban muy pocas cosas, y principalmente se concentraba en la silla que ocupaba ahora el gerente. Por cortesía, porque conocía de antemano la respuesta, le preguntó:

—¿Y han informado ya al señor Del Marno, respecto al legado? No faltan más que dos días...

—Claro, claro —dijo el gerente, haciendo un vivo ademán con la mano—. La semana pasada tuve una teleentrevista con él. Estuvo bastante... brusco. Ahora trabaja casi a diario en un pro-

yecto, con el calculador electrónico Yun, y no le interesa lo que podamos hacer en este asunto. Por cortesía y porque se trata de un hombre importante, voy a enviar a usted, mañana, a Nueva York para llevarle el sobre. Se asegurará usted de que no sea abierto por nadie más que por el señor Del Marno. No conozco la importancia del contenido del sobre; pero cuatrocientos años es mucho tiempo...

Lyssen disfrutó del viaje a Nueva York. Voló en uno de los últimos aviones a reacción magnética, de vuelo suave y rápido, muy cómodos. No obstante, su sensación de importancia se vio un tanto disminuída cuando tuvo que dejar su reloj y su radio de bolsillo, porque los dos contenían metales ferrosos. Casi todos los demás pasajeros, más experimentados que él, llevaban un equipaje especial, hecho de materiales no susceptibles a la tensión magnética.

A la mañana siguiente, Lyssen salió en busca de Roger Del Marno, con el sobre bien guardado dentro de una envoltura protectora. Fué primero al fabuloso calculador Yun, el más grande y más antiguo cerebro electrónico del mundo. Estaba instalado en el antiguo edificio de las Naciones Unidas, en Lake Success, y debía su nombre a la corrupción sufrida a lo largo de generaciones por la sigla UN (United Nations), en otros tiempos famosa. Los singulares servicios del calculador se alquilaban a individuos o sociedades de prestigio e importancia, y generalmente había cola esperando turno.

Los grandes adelantos de la ciencia estadística, a partir del siglo veinte, habrían sido imposibles sin su ayuda. Aquel aparato había revolucionado ciencias tan diversas como la física nuclear y la agronomía, al librarlas de la necesidad de aislar una variable tras otra, en cualquier problema dado. Podía resolver, simultáneamente y sin

descomponerse, hasta diez mil variables de alteración constante, mientras que al cerebro humano le costaba trabajo resolver dos juntas, sin darle importancia indebida a la una o a la otra.

En la oficina de información le dijeron a Lyssen que el señor Del Marno solía trabajar con su esposa, en el piso décimo del anexo dos, pero que, aquella mañana, sólo había llegado ella, y no deseaba que la molestara nadie. Le indicaron que tal vez lo encontrara en su casa, que quedaba cerca de allí.

La casa de Del Marno resultó ser una linda casita blanca que daba al río. Impresionado por aquella muestra de riqueza, pues los impuestos sobre las casas particulares en el Nueva York agobiado por la falta de espacio eran enormes, Lyssen se acercó a la puerta principal y metió su tarjeta por la ranura receptora. Registrado su nombre, comenzó a oírse a lo lejos un timbre que tocaba con insistencia.

Al cabo de unos tres minutos Lyssen iba a abandonar la casa y a buscar a Del Marno por otra parte, cuando el timbre cesó bruscamente, y la puerta principal se abrió. Lyssen vio a un hombre que se tambaleaba vacilante al final del estrecho zaguán. Era moreno y corpulento, tenía los cabellos revueltos e iba vestido solamente con camisa de dormir.

—¿El señor... Roger Del Marno? —preguntó cautelosamente Lyssen.

—Venga y ayúdeme —dijo el otro, con voz torpe y monótona—. No debo..., no debo dormir... despiérteme... Lentamente se fué escurriendo de la pared al suelo, apoyándose débilmente en las manos, murmurando algo y meneando la cabeza.

Lyssen se quedó muy impresionado. Al principio pensó que el hombre estaba borracho; pero, al arrodillarse junto a él, percibió las palabras "droga hipnótica". Así que eso era lo que le ocurría. Apresuradamente buscó en su memoria. ¿Cuál era el tratamiento?

Quizá un médico... Entonces recordó: tenía que acostar al hombre, para que se durmiera de nuevo, y luego ordenarle continuamente que se despertara, hasta que la orden se grabase en su mente subconsciente..., si es que lo conseguía. Posiblemente la orden hipnótica original era demasiado fuerte y no podía contradecirla. Aun así, podía intentararlo. El hombre aquel debía de tener una voluntad fenomenal, puesto que había conseguido despertarse, y eso le ayudaría.

Veinte minutos después, cuando Lyssen comenzaba a desesperar de su tratamiento y a pensar que habría sido mejor llamar a un médico, el éxito coronó bruscamente sus esfuerzos. El hombre se estiró en la cama, bostezó prodigiosamente, se sentó, miró a Lyssen por entre los párpados cargados de sueño y le preguntó con irritación:

—¿Su nombre?

—Le ruego que me diga primero el suyo, señor —replicó Lyssen, de acuerdo con lo acostumbrado por la etiqueta.

—¡Que se vayan al diablo las formalidades! —gruñó el otro—. Soy Roger Del Marno, ¿y usted?

—Lissen, del Consolidated Banks de Londres. Traigo un legado para usted... —abrió la envoltura y le mostró el sobre.

—¡Dios mío, eso! —exclamó Del Marno—. Le dije a su gerente que debe de tratarse de algún error, de alguna broma. Pero, a pesar de todo, me alegro de que haya usted llegado bien ahora, porque si no, habría dormido hasta que Bárbara, mi esposa, volviera de nuevo. Ella debió de ser la que suministró la droga hipnótica, aunque no comprendo por qué... ¡Ah! —gritó con sobresalto, levantándose de la cama y empezando a vestirse precipitadamente—. Le dije que... ¡La increíble estúpida!... ¡Debe de estar empleando la máquina del tiempo!

Lyssen se vió de repente lanzado en

un torbellino de actividad. No sabía en absoluto de qué se trataba, pues Del Marno no le dijo más que unas breves palabras mientras se dirigían apresuradamente al calculador Yun. Por lo visto, él y su mujer habían pretendido descubrir los principios del viaje a través del tiempo, empleando la nueva teoría matemática relativa a las fuerzas magnetogravíticas. El proyecto les había parecido algo muy improbable hasta hacía poco tiempo, cuando Del Marno compró un pequeño motor de reacción magnética para emplearlo en sus experimentos. De repente, los problemas se habían ido resolviendo por sí solos, uno tras otro: no solamente podían enviar objetos a través del tiempo, sino que llegaron hasta a elegir los lugares a donde los enviaban.

Del Marno dejó de hablar mientras entraban en el portal del anexo dos. Lyssen se sintió muy aliviado, porque, en gran parte, la conversación le resultaba ininteligible. Mientras el ascensor los llevaba a gran velocidad hasta el piso décimo, comenzó a sentirse claramente de más en todo aquello. A pesar de las órdenes recibidas, se preguntó si no debería entregarle en aquel momento el sobre a Del Marno, y desaparecer luego discretamente. No le interesaba verse mezclado en una pelea entre marido y mujer.

Pero cuando dejó de darle vueltas a la pregunta en su cerebro, era ya demasiado tarde; Del Marno lo había hecho salir ya del ascensor, y lo empujaba a través del umbral de una puerta que ostentaba el letrero de LABORATORIO C.

Se encontró en una habitación grande, rectangular y sin ventana, iluminada solamente por la fría luz blanco-azulada que se difundía desde el techo. Por todas partes se veían distintos equipos científicos, principalmente por el suelo, y una gran cantidad de rollos de alambre y plomos enchufa-

dos, dispuestos a pescar al primer incauto. En uno de los extremos de la habitación había un gran panel de información, incrustado en la pared, que seguramente estaría conectado con el calculador Yun. El otro extremo se veía dominado por una brillante reja de metal, del doble de la altura de un hombre, que se curvaba en un arco poco profundo; estaba rodeada por dos tableros de control y una serie de complejos aparatos. Unas pesadas barras colectoras iban hasta un banco cercano, en el que Lyssen creyó reconocer la forma redondeada y tubular de un motor a reacción magnética. Una luzcisa verde brillaba en uno de sus extremos. Aparte de un apagado zumbido, todo estaba silencioso, y nada se movía bajo la luz, fría y sin sombras.

Del Marno lanzó una maldición y fué corriendo hasta uno de los tableros de control, donde estaba encendido uno de los registradores, cuya luz brillaba suavemente mientras una serie de líneas de colores tejía un complicado dibujo a través de su pantalla. Lo inspeccionó, y rápidamente tomó las lecturas de un conjunto de esferas que se veían más abajo. Luego dió media vuelta, con la cara alterada por la emoción.

—Ha pasado de los quinientos años, y ella conoce el riesgo... Tengo que ir a buscarla... ¡Eh, usted! ¡Lyssen! —lanzó el nombre con voz tan furiosa que el otro retrocedió—. Usted puede hacer lo que quiera; pero, si se queda aquí después de que yo me haya ido (aunque sólo sea por corto tiempo), no toque *nada*, ¿entiende? *Nada*.

Mientras hablaba, Del Marno tomó lo que parecía una pequeña cigarrera de metal y se la sujetó cuidadosamente debajo del cinturón.

Lyssen, sin saber muy bien qué hacer, empezó a hablar de lo que más le importaba en aquel momento.

—Este sobre...

¡Dios mío! ¡En este momento!

Abralo usted mismo, hombre, y luego dígame qué es lo que contiene este sobre.

Del Marno dirigió una última e impaciente mirada al tablero de control; luego se colocó en el centro exacto de la gran curva de la reja; llevó una mano al aparato que se habían puesto en la cintura, y lo apretó.

En aquel preciso momento, la atención de Lyssen se volvió hacia el motor de reacción magnética. Su apagado zumbido se había hecho más fuerte, y la luz verde titubeó un instante, convirtiéndose en intensamente roja. Cuando miró de nuevo hacia atrás, la corpulenta figura de Del Marno había desaparecido de la habitación. Y literalmente no había ningún lugar donde del Marno pudiera haberse escondido.

Durante una pausa de estupefacción Lyssen luchó por no aceptar la evidencia de sus propios ojos. ¿Así que todo lo que contaban de los viajes a través del tiempo era cierto? Temblorosamente, se acercó a la reja de metal, que parecía estremecerse con una vibración casi invisible; pero tuvo buen cuidado de no tocarla. Se volvió y miró en torno suyo, sintiéndose impotente y solo.

Como era un leal empleado del Consolidated Banks, pensó que no po-

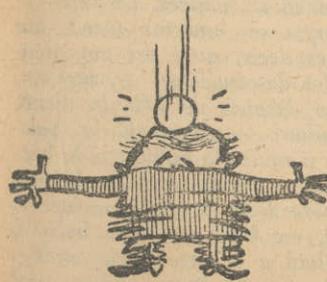
día irse entonces, sin haber completado su misión. Además, Del Marno había dicho... La curiosidad venció a la conciencia. Lyssen se sentó en la única silla libre de la pieza. Los quebradizos sellados de lacre se desprendieron del sobre con facilidad, y, con un solo movimiento, el leal empleado abrió la parte superior.

Cuidadosamente extrajo un grueso fajo de papel y lo desdobló. Era un manuscrito. La tinta parecía aún fresca y reciente. La letra, cursiva y de grandes rasgos, era muy diferente de la escritura moderna; pero Lyssen había leído muchos documentos antiguos; aquél no presentaba grandes dificultades. Lanzando una última e inquieta mirada a la habitación, volvió los ojos hacia el manuscrito, y leyó lo que sigue:

AGITE un poco la caña, sin que realmente me importara pescar un pez o no. Era uno de los primeros días buenos del año, demasiado cálido para ser el comienzo de la primavera. Todo parecía haber florecido de repente, de la noche a la mañana. Estaba yo sentado en una solitaria ribera del Támesis, con la espalda apoyada contra un árbol. Llevaba casi tres horas pescando en las aguas, claras y lentas, sin éxito alguno. La dorada tar-

Largácil

Es éste el nombre de un nuevo medicamento destinado a llevar la calma a los que sufren de úlcera gástrica. En muchos de estos enfermos, el dolor trae como consecuencia desarreglos nerviosos e irritabilidad permanente. El remedio actúa desvinculando de los centros nerviosos la úlcera, suprimiendo el dolor, permitiendo el sueño y confortando al paciente en su lucha contra la enfermedad.



de me había infundido una sensación como de eternidad, como si estuviera fuera del tiempo, y todas las cosas que me rodeaban se movieron en beneficio mío, para mi deleite. Los dos enamorados que habían pasado antes en una barca (las únicas personas que yo había visto en toda la tarde) no eran seres reales, sino unas criaturas fantásticas que se movían en mi mundo encantado, tranquilas, sin cuidado...

Mi abstracción fué rota de repente por el sonido de una voz de mujer, detrás de mí.

—Hola —me dijo—, ¿qué está usted haciendo?

Me levanté y di media vuelta, sobresaltado. Había creído que me encontraba completamente solo. A menos de una docena de pasos, se veía a una muchacha de cabellos rubios, vestida con sandalias, faldellín de color claro, camisa y una bufanda de color naranja fuerte en torno al cuello. Yo estaba todavía un poco distraído; pero me pareció muy hermosa: no una interrupción, sino la culminación del encanto de la tarde. ¿Una muchacha? En aquellos ojos, al parecer tan jóvenes, había una desagradable sensación de madurez y, sin verla, su voz me había parecido la de una mujer hecha y derecha.

—¿Qué estoy haciendo? —repetí—. Bueno, vine a pescar. ¿Qué opina usted?

Miré de nuevo sus sandalias, y me pregunté cómo podía haberse acercado tanto sin hacer ruido alguno. Todavía quedaban en el suelo muchas ramillas secas, que habrían crujido a la menor presión.

—Usted no pretende pescar ningún pez —me dijo, con tono de reprobación—. Llevo mirándolo diez minutos, y ha pasado usted todo el tiempo con la cabeza apoyada en el árbol, mirando al cielo.

—Bueno, es cierto —reconoció—; pero, ¿por qué no he de hacerlo? Hace

calor y sentía ganas de tenderme en el suelo y... ¿Cómo ha podido usted estar mirándome diez minutos sin que yo me diera cuenta de ello? ¿En realidad, cómo llegó hasta aquí?

Ella lanzó una risita; tenía una voz aguda y clara (aunque sus consonantes sonaban curiosamente borrosas), y su risa era algo remoto, como si no le perteneciera. Se acercó más a mí. Entonces vi que tenía un cutis increíblemente suave y sin arrugas. Me sentí inquieto. Aquella mujer tenía el aspecto de haberse escapado directamente de la pantalla de un cine.

—Vine sencillamente. Nada más —dijo, y se volvió hacia un lado levantando las dos manos—. ¡Oh!, ¿verdad que la primavera es algo maravilloso? Rara vez he visto una así, tan fresca y tan verde. ¿Cómo se llama?

—Richard Málleson, pero...

—El mío es Bárbara del Marno. Me encanta el dar mi nombre, especialmente cuando lo hago con sencillez, como ahora, y no formando parte de un ritual.

Me quedé perplejo.

—¿Formando parte de un ritual?

—Claro, el dar el nombre... Pero, como es natural, usted no sabe nada de eso... ¿no es verdad?

Rió de nuevo y se dejó escurrir por la pendiente, sentándose al lado mío. Me aparté un poco para hacerle lugar, consciente de mi falta de atildamiento al compararme con sus immaculados vestidos; un perfume débil y evasivo me cosquilleó las narices. Le dije:

—¿Siempre se muestra usted tan cari... es decir, suele ser tan familiar con los desconocidos? —y me sentí ridículo después de haberlo dicho.

—¿Familiar? —pronunció la palabra como si nunca la hubiera oído hasta entonces—. Famil... ¡Oh, lo que usted quiere decir es esto! —se inclinó hacia mí, me besó en plena boca, y luego volvió a echarse hacia atrás—. Esto es lo que significa familiar, ¿no?

Tragué saliva. Sabía muy bien lo que debería hacer entonces; pero, en vez de eso, abrí la tapa de mi vacía cesta de pescador y saqué de ella una brillante cantimplora de metal.

—¿Le gustaría beber un poco para matar el tiempo, señorita Del Marno? —le pregunté, desenroscando la tapa y usándola como vaso—. Es el mejor Grand Old McNish. Puede usted matar a cualquiera, si respira sobre él después de haberlo bebido.

—¿Es una bebida alcohólica? ¡Qué salvajismo!... Déjeme probarlo. Y no soy señorita, sino señora del Marno, aunque generalmente me llaman Bárbara.

—Así que... ¿eh?... ¿tiene un esposo?

—Sí, pero está muy, muy lejos; no puede molestarle a nadie ahora.

—No, me imagino que no —dije, tendiéndole el vasito.

La situación me parecía más divorciada de la realidad que nunca. Me pregunté si yo debía hacer algo para volver a la realidad o no.

Me lo seguí preguntando mientras bebía dos vasos y transcurrían veinte minutos, aunque la pregunta se había vuelto ya francamente académica. Habíamos llegado a esa falsa intimidad que suelen tener a veces los desconocidos en los coches comedores, o en las playas de los lugares de veraneo de otro país. Pero, como el ambiente convencional no nos ponía traba alguna, estábamos ya un poco más allá... Generalmente, suelo evitar esas relaciones casuales; pero, fortificado por el McNish, que caía sobre mi estómago vacío, sólo se me ocurrió pensar que habría sido mejor tener más experiencia de esas cosas.

Mas no conseguía acallar del todo la vocesita de la curiosidad. ¿Dónde había adquirido Bárbara aquel modo particular de hablar? ¿Qué hacía allí, en aquella aislada ribera del Támesis, flirteando intensamente con un abso-

luto desconocido? Y ya que pensaba en eso, ¿qué opinaba ella del absoluto desconocido? Tuve un rápido momento de lucidez, y decidí hacerle unas cuantas preguntas pertinentes que se negaban a dejarse acallar por el Mc Nish.

Soltando el brazo que tenía en torno al cuello de Bárbara, me senté erguido y me quedé mirándola. Entonces pude ver también el herboso calor que se extendía detrás de nosotros y llegaba hasta el río. Con gran asombro, vi a un hombre frente a mí, a menos de diez metros de distancia, y vacilando ligeramente, como si se lo viera a través de una niebla de calor. ¿Vacilando? Sacudí la cabeza y volví a mirarlo.

Aquella vez todo estaba normal. El hombre era claramente tangible y real; casi demasiado claramente. Tenía los hombros anchos y casi dos metros de estatura; estaba plantado con las piernas separadas, en una actitud desafiante que ponía aún más de manifiesto los brillantes breeches de montar que llevaba; en sus ojos había una mirada de furia concentrada.

—¡Bárbara! —la profunda voz cortaba como un cuchillo—. ¿Te has vuelto loca para venir aquí, así?

Lanzando un grito ahogado, ella se levantó de un salto y se volvió hacia el intruso.

—¡Pero la droga hipnótica que te di...! —dijo con voz aguda—. ¡Róger! ¡No puede fallar! ¿Cómo...?

—¡Estúpida! ¿Pensaste que no me daba cuenta? ¡Pronto...: cada minuto que pasas aquí es peligroso! ¿Qué le estabas diciendo a ese hombre?

Por aquel entonces yo me había puesto también de pie. Una idea absurda me cruzó por el cerebro. Exclamé:

—¿Usted se llama del Marno? El hombre parecía ignorarme; tenía los ojos fijos en la mujer, y con voz estrangulada dijo:



—¿Hasta le has dado nuestros nombres? Eso significa que hay que someterlo a una hipnosis que borre sus recuerdos. ¿No te das cuenta?... ¿Qué más sabe?

—¡Un momento! —dijo—. Todo esto es absurdo. ¿Qué es lo que debo saber y lo que no debo saber? Si usted es el esposo de esta dama, lo único que puedo decirle es que lo siento mucho, pero que he tenido una provocación muy grande, ¡muy grande! Realmente no debería usted dejarla sola de ese modo. ¿No sería todo más fácil si yo me marchara para que lo arreglaran todo entre los dos? De todos modos, yo ya pensaba marcharme.

—¡Deténgasel —la voz del hombre era imperativa—. No estoy seguro de si conoce o no nuestro origen. La probabilidad, por sí sola, no vale nada...

—¡Róger! ¡Tú eres el estúpido! Si se marcha ahora, y nosotros estamos aún seguros, lo seguiremos estando para siempre. Cuando lleguemos de nuevo a nuestro tiempo... —se interrumpió bruscamente, llevándose una mano a la boca. Sus ojos miraron consternados al hombre—.

El perdió su postura desafiante e hizo un gesto de importancia. Del Marno (porque no cabe duda de que era él) me miró por fin y dijo con cansancio:

—En cuanto a mi esposa, señor, el asunto carece de importancia. Hace muchas cosas como ésta. Pero ella ha dejado escapar el hecho de que hemos venido, a través del tiempo, desde cuatrocientos años más allá de este momento...

—¡No hables más! —gritó la mujer—. Tal vez todavía no...

—No, Bárbara; es demasiado tarde —el hombre meneó la cabeza—. Tu error le ha hecho saber ya demasiadas cosas.

Yo me agarré la cabeza, porque me parecía que iba a escapárseme.

—¿Viajando a través del tiempo? ¿Como en la obra de Wells? ¿Quiere usted decir...? ¡Oh, no!; eso es absurdo. ¿Quiere hallar en mí alguna prueba de credulidad, o algo por el estilo?

—Ahora puede usted crearme o no —dijo Del Marno—; pero bien pronto no dudará ya más... y posiblemente esa certidumbre cambiará su vida y, por lo tanto, las vidas de sus descendientes, hasta llegar a nuestra propia época. El mismo calculador Yun, que

nos facilita los medios para viajar a través del tiempo, es incapaz de predecir la extensión de un cambio tal. Todo viaje a través del tiempo significa un riesgo, porque el equilibrio entre el pasado y el porvenir pueden alterarse. Cada segundo que permanezcamos aquí, cada palabra que podamos decir, puede alterar por lo tanto el curso de la historia, de tal modo que nuestras vidas pueden borrarse por completo de ella. Pero primero tengo que enviar a Bárbara a nuestro tiempo y luego hipnotizarlo a usted —y se dirigió hacia su esposa.

La situación se desenvolvía con demasiada rapidez para que yo la comprendiera. Los modales de Del Marno parecían de hombre cuerdo, aunque fueran amenazadores; pero en sus palabras había algo que carecía de sentido. Yo no podía ver en qué consistía el peligro... Mis pensamientos desaparecieron porque Bárbara corrió hasta mí y me cogió furiosamente del brazo.

—¡Deténgalo! —gritó, histéricamente—. ¡No volveré, no volveré! Lo único que tiene para mí, son sus celos, su cólera y su orgullo. ¡Del Marno!... —escupió con rabia el nombre—. ¡No he de volver! ¡Me quedaré en este tiempo y nunca más volverás a verme!

—¡Bárbara! ¡Cálmese! —comencé a decirle, aturdido; y luego me inte-



rrumpí bruscamente, porque, por primera vez dejé de experimentar la ilógica sensación de que todo aquello era una comedia que representaban para mí, y el helado viento de la realidad me apretó la garganta. La mujer acababa de sacar una especie de pequeño revólver del bolsillo, y apuntaba con él a Del Marno. La luz del sol brillaba deslumbradora en el cañón, curiosamente abombado. Con voz no del todo serena, ella dijo:

—No me toques; no te acerques ni un solo paso más a mí.

—Primero una droga hipnótica y ahora un revólver paralizador... No cabe duda de que eres una esposa amante, Bárbara. Pero tu revólver es inútil. Cuando yo era joven y atrevido, antes de conocerte me sometí al tratamiento antiparalizador. Ahora, mi sistema nervioso es inmune a ese arma. No puede hacerme daño alguno.

Sentí que la mano de ella se me hincaba con fuerza en el brazo.

—Nunca me lo dijiste —le replicó—. Pero no importa. Este revólver no es un arma paraliza... ¡Róger, detente! ¡No!

Del Marno se lanzó hacia ella. La voz de la mujer se alzó en un grito. Yo vi que la mano de Bárbara se apretaba convulsivamente en torno del arma. De repente, el cuerpo del hombre se puso rígido y se irguió de un modo increíble; luego, agitando las manos en el aire, cayó lenta y horriblemente al suelo, como un soldado de juguete al que se derriba con el pie. Quedó allí, de bruces, inmóvil, y en el espantoso silencio que siguió a aquello comprendí, con absoluta certeza, que estaba muerto.

La mujer permaneció un momento sin moverse, mirándolo con ojos abiertos, desaparecida por completo su excitación. Luego, se dejó caer junto a Del Marno y trató desesperadamente de darle la vuelta. Con voz entrecortada e implorante, dijo:

—¡Róger! ¡Yo no quería...! ¡Tienes que vivir! ¡Tienes que vivir!

Me arrodillé junto a ella, y a él lo palpé buscando el corazón. El cuerpo estaba curiosamente rígido. No sentí reacción alguna bajo mi mano. Apliqué a su boca la brillante cantimplora del whisky; pero la pulida superficie no se empañó en grado alguno.

Tomé el revólver que Bárbara había dejado caer, sin darse cuenta, en la hierba. La boca del cañón estaba cubierta por una rejilla de metal, y a cada lado del arma había dos pequeños botones, en vez del convencional gatillo. Pregunté:

—¿Qué es esto? ¿Cómo puede matar a un hombre?

—¡Matarlo! —dijo Bárbara, con voz que era casi un gemido, y luego, irguiéndose, me arrancó de los dedos el revólver, con la rapidez de una serpiente que se lanza sobre su presa—. ¡Miente! ¡No le creas! Esto no es un revólver paralizador; es un nuevo revólver sónico que actúa solamente sobre los músculos voluntarios, destruyendo la coordinación... Es una agonía; lo sé porque yo he experimentado sus efectos; pero no es la muerte. A menos que... —agregó horrorizada— ¡el tratamiento antiparalizador! Nadie ha intentado probar los efectos del arma con ese tratamiento... ¡La reacción del corazón...! ¡Tengo que volver con él!

Se volvió desesperada hacia el muerto, buscó en su cinturón algo, y lo apretó con el pulgar. Ante mis miradas incrédulas, el cuerpo comenzó a vacilar como al principio, cuando yo lo atribuí a mi visión defectuosa. Un segundo más tarde, con un ligero chasquido parecido al de la electricidad estática, Del Marno desapareció. Sentí una pequeña corriente de aire, como si éste llenara el espacio que el cuerpo había dejado vacío.

Los pelos se me pusieron de punta y luché por vencer un antiguo terror

supersticioso. Bárbara, que al parecer se había olvidado de mí, se llevó la mano a su propio cinturón, apretó con el pulgar algo que había allí, levantó la cabeza y me miró a los ojos. Su expresión de simpatía le daba a su cara un aspecto más dulce y de más edad.

—Siento... haber causado todo esto. Le ruego que lo olvide. Ahora, adiós.

Su contorno se fué volviendo borroso, y luego ella desapareció también. El calvero quedó vacío. Como para poner más de relieve la escena, un pequeño zorzal bajó volando, se posó sobre una ramita caída, me inspeccionó brevemente con sus ojuelos brillantes y volvió a remontar el vuelo. Me quedé completamente solo...

Todo esto ocurrió hace tres meses. Ahora estoy razonablemente seguro de que no va a ocurrir nada más; por consiguiente escribo lo acontecido, antes que su detalles se me borren de la memoria. Ya empieza a parecerme algo remoto e inverosímil; pero, como no soy ningún psicótico, sé muy bien que no he confundido una pesadilla con el mundo real. ¡No obstante sé que es casi imposible convencer a nadie de la verdad de mis palabras! Además, no tengo ninguna prueba que corrobore mi historia.

Pero pienso que voy a estallar si no puedo contárselo a alguien..., a alguien que crea en mis palabras. Y la única persona en quien tengo razones de confiar es... el señor Róger del

Marno. Por lo tanto, cuando termine este manuscrito voy a encerrarlo en un sobre sellado y a colocarlo en una caja fuerte, dirigido al señor Del Marno, con instrucciones de que no debe abrirse hasta que no hayan pasado exactamente cuatrocientos años, o sea, la cantidad de tiempo que él mencionó.

He pensado mucho en este asunto y en las derivaciones de mi acto presente, pero lo único que he sacado en limpio han sido varios dolores de cabeza: cuanto más trato de resolver cuál de estos dos tiempos influye más en el cuál, si el presente o el pasado, tanto más confundido me quedo. Afortunadamente, ahora puedo sellar este sobre y olvidar el asunto, excepto...

—¿Puedo enviarle mis más cariñosos saludos a Bárbara?

RICHARD MÁLLESON.

LYSSEN dejó la última hoja de papel. Acababa de darse cuenta plena del significado de aquello. Fué a levantarse de la silla, mientras por su cerebro pasaban mil ideas absurdas para impedir la tragedia. ¡Si al menos...! Luego, se dejó caer de nuevo en el asiento. Aquel asunto no permitía intervenciones de ninguna clase; todo había ocurrido ya, cuatrocientos años antes. El no podía hacer nada para impedirlo.

Levantó su mirada pensativa hacia la brillante y vacía reja de metal, y se dispuso a esperar lo inevitable. ✦

A gusto y placer

EN una pequeña población norteamericana se está construyendo un edificio de seis pisos, con paneles de aluminio y vidrio. Esto no sería muy sorprendente, si no fuera porque el edificio flota en un depósito de más de un millón de litros de agua, y está montado sobre un pivote que le permite girar un ángulo de 90°. En verano gira de manera que refleja el calor solar con el techo de aluminio, mientras que en invierno se coloca de modo tal que recibe el sol directamente en las ventanas.

cinco años

El tiempo puede ser un problema, especialmente en una astronave que viaja más rápido que la luz. Encontrar la solución requiere a veces medidas drásticas.

por DAN MORGAN

DANIEL abrió lentamente los ojos y se quedó tendido contemplando el techo de la cabina. Había hecho lo mismo más de dieciocho mil veces, mientras sentía la suave vibración del motor, omnipresente latido vital de la gran astronave. Casi cinco años habían transcurrido desde el comienzo de la más grande de las aventuras humanas: la primera expedición interestelar.

“Los hijos más valientes de la Tierra”, habían llamado los periódicos a los tripulantes del *Embajador de la Tierra*: aquellos ciento cuarenta y tres hombres a los que toda la humanidad admiraba y envidiaba. Ahora eran ciento diez. Los demás habían pagado el

precio de su audacia; unos yacían muertos en el extraño suelo de los planetas de Centauro; otros flotaban como motas de polvo en la atmósfera de Kranol.

Daniel recordó con un estremecimiento el destino de otros. No sucumbieron víctimas de bacterias extrañas, sino como consecuencia inevitable de la ineficacia y de las fallas mecánicas. Vagaban eternamente en el espacio vacío, hinchados dentro de sus trajes espaciales desgarrados.

Hubo otras víctimas. Mentecillos incapaces de soportar el esfuerzo de las experiencias cósmicas, se habían replegado sobre sí mismas, refugiándose en la esquizofrenia o en el seguro regazo de

después



ilustrado por ORNAY

la catatonía. En su calidad de jefe psicotécnico, Daniel había tenido a su cargo a estos desdichados, y había trabajado con relativo éxito por devolver la normalidad a sus mentes. Todos sus pacientes habían reasumido sus deberes a bordo de la astronave, pero no se podía estar muy seguro de ellos. Era la suya una recuperación muy inestable, y en cualquier momento podían recaer.

La misión se había simplificado últimamente. Los tripulantes sabían que estaban regresando, que volvían al contorno sólido y presentible en el que habían nacido. Daniel pensó en esto durante un rato. ¡Sería hermosa la vuelta al hogar! No habría nadie esperándolo especialmente; pero esto no era lo importante. Lo importante era apoyar firmemente los dos pies en el suelo sólido de la Tierra, bañarse en los dorados rayos del sol, mirar al césped verde y al cielo azul y sentirse nuevamente en casa. Daniel se levantó de su litera y comenzó a prepararse para la primera comida del día.

Cuando llegó al comedor, que él y otros especialistas civiles compartían con los oficiales de la astronave, encontró que su mesa habitual estaba ya ocupada por dos jóvenes subtenientes: Grünter y Shaw.

—¡Buenos días, Daniel! —exclamó alegremente Shaw—. ¿Cómo van esas brujerías psíquicas? Siéntese.

—A pesar de su falta de respeto, condesciéndome a sentarme —respondió Daniel.

Miró a Grünter y le dijo:

—No tiene muy buena cara esta mañana, subteniente. ¿Algún nuevo disgusto con el viejo?

Grünter se esforzó en sonreír desocupadamente, pero no lo consiguió. Bajó la vista otra vez sobre el plato.

—Estoy perfectamente, gracias. Es que estaba pensando.

—Déjalo, Daniel. Usted sabe cómo es Grünter: piensa demasiado. Por eso ando tras él para alegrarlo —dijo Shaw—. Pregúnteme a mí qué tal me va y le responderé mejor.

—Muy bien. ¿Cómo está usted? —dijo Daniel sonriendo.

—¡Me siento perfectamente!: listo para desembarcar dentro de dos semanas en la vieja Tierra y desquitarme de los cinco años malgastados en esta lata de sardinas.

—¿Dos semanas? —preguntó Daniel—. ¿Es seguro?

—El viejo lo aseguró. Esta misma mañana lo va a anunciar a la tripulación.

—Hablemos de otra cosa, Shaw —dijo Grünter con voz alterada.

Daniel notó la inseguridad con que la mano de Grünter dejó sobre la mesa la taza de café. Shaw, en cambio, estaba demasiado preocupado hablando, y no advirtió la interrupción.

—¿Se imaginan qué recepción tendremos? Una alfombra de cuatro kilómetros y...

La charla entusiasta de Shaw fué interrumpida por algo que Daniel estaba casi esperando. Grünter se levantó súbitamente de un salto, derribando al mismo tiempo la mesa y gritando como un hombre en agonía. Daniel se levantó a su vez rápidamente y le dió un tremendo puñetazo en la cabeza. Entonces cesaron los chillidos. El subteniente comenzó a farfullar incoherentemente.

—¡Ayúdame! —dijo Daniel a Shaw, que había terminado por callarse.

Los restantes ocupantes del comedor miraron con curiosidad al psicotécnico y a su acompañante, que llevaban al subteniente, en parte sosteniéndolo, en parte arrastrándolo.

—¿Qué le habrá hecho explotar así? —preguntó Shaw al llegar a la enfermería.

—Todavía no lo sé, pero tengo obli-

gación de averiguarlo —respondió Daniel.

Dos ordenanzas vestidos con guardapolvos blancos corrieron a aliviarlos del peso muerto de Grünter.

—Pongan al subteniente en la sala de incomunicación y vigílenlo. Gracias por su ayuda —añadió Daniel volviéndose a Shaw—. Ahora puedo encargarme de esto yo solo.

DANIEL entró en la oficina del coronel Lang, médico clínico de la expedición.

—Buenos días, coronel. Acabo de aislar a un paciente en la sala de incomunicación. ¿Tiene algún inconveniente?

Lang, hombre alto, de cabellos entrecanos, con mirada de serena eficiencia, se levantó del escritorio.

—Ninguno, Daniel. ¿Qué pasa? ¿Alguna enfermedad infecciosa?

—Temo que sea una verdadera epidemia, si es lo que pienso. ¿Me haría el favor de revisar al paciente?

Después de administrarle un sedante nervioso, Lang examinó escrupulosamente a Grünter. Entretanto, Daniel examinaba por su cuenta, no al paciente, sino sus bolsillos. En uno de ellos encontró lo que buscaba.

Lang dejó de observar al enfermo y dijo:

—Somáticamente, este muchacho está en perfecto estado. Me parece que es un caso para su especialidad, Daniel.

—Ya me lo suponía. Con lo que usted me dice y lo que acabo de descubrir, mi diagnóstico está completo: esquizofrenia..., y de las fuertes, con un largo período de incubación. ¿Quiere echar una mirada a la causa del mal?

Al decir esto, presentó a su colega y superior el retrato de una jovencita de veinte años, de tez durazno y hermosa cabellera blanca.

—Encantadora —comentó Lang—;

pero me parece insuficiente para dejar fuera de combate a un animal joven y saludable como Grünter.

—Me temo que se esté usted volviendo viejo, coronel —respondió Daniel—. Nuestro paciente puede sufrir una idea fija sobre esta mujer en particular: esa vieja manía llamada amor.

—Supongo que será así —replicó Lang pensativo—; pero, ¿cómo demonios pudo aprobar entonces el examen psicotécnico antes de zarpar de la Tierra? Yo tenía entendido que ustedes habían examinado cuidadosamente el pasado de todos los oficiales y que se habían preocupado especialmente de factores como éstos.

Daniel se encogió de hombros.

—Siempre son posibles los descuidos. Pero, suponiendo que mi hipótesis sea correcta, ¿se imagina lo que habrá pasado en el cerebro de este pobre muchacho? Póngase en su lugar: un hombre joven al que se le da la oportunidad de formar parte de la primera expedición interestelar; un hombre joven con toda la sed de aventura y de gloria propia de su edad; un héroe en potencia, pero que lleva escondida una semilla de inestabilidad mental —Y Daniel agregó—: El muchacho, sin considerar a fondo y sin poder calcular siquiera las consecuencias posibles de su acción, miente a los examinadores psicotécnicos y logra engañarlos. Es su única posibilidad. La novia, tan soñadora como él, lo apoya. Al fin y al cabo, el viaje sólo durará cinco años y los dos novios son todavía muy jóvenes. Poco después de la partida, el capitán le dice a Grünter que el viaje de ida y vuelta durará aproximadamente cinco años, como ya se le había anunciado. Pero después de esto, el capitán menciona, como al pasar, que, cuando regresen a la Tierra, habrán transcurrido cien o ciento cincuenta años, *medidos por el tiempo de este planeta*. No se ha creído conveniente decir la verdad a los miem-

bros de la tripulación; pero Grúnter, en su calidad de oficial, ha sido examinado a fondo y se lo ha encontrado bastante estable psíquicamente para recibir la noticia sin riesgo de una enajenación mental. Grúnter recuerda entonces que hace mucho tiempo había leído algo acerca de una espacionave que viajase más rápido que la luz. Poco a poco va cayendo en la cuenta de que él tendrá solamente cinco años más cuando vuelva a la Tierra; pero la chica que ama, habrá envejecido y muerto mucho antes.

Daniel hizo una pausa para aclarar la voz, y prosiguió:

—En un primer momento, se las arregla para asimilar la noticia sin suicidarse. De hecho, reprime la idea en el subconsciente y se engaña a sí mismo diciéndose que se ha olvidado. Ninguno de los otros oficiales habla del asunto. Al principio es un golpe muy fuerte para todos, pero se sobreponen. Ellos no habían engañado a los psicotécnicos y pudieron aguantar la revelación. Durante casi cinco años, este veneno destila gota a gota en el subconsciente de nuestro enfermo. Luego, una mañana, mientras está sentado a la mesa del desayuno, uno de sus compañeros comienza a contarle lo que se va a divertirse cuando lleguen a la Tierra... ¡dentro de dos semanas! Esto es suficiente. Todo el infierno que rugía en su subconsciente sube desencadenado a su conciencia... y el joven héroe que subió a la astronave se convierte en esta piltrafa esquizofrénica, abrasada por el sufrimiento.

EL coronel Lang miró compasivamente el cuerpo inmóvil sobre la camilla.

—¡Pobre chico! ¡Qué precio tan alto paga por una decepción tan insignificante! ¿Cree usted que se puede hacer algo por él?

—Nada, antes de desembarcar. Es un

caso muy difícil. Pero tengo a mi favor lo mucho que debe haber progresado la técnica psicológica en los últimos ciento cincuenta años. Lo único que podemos hacer es mantenerlo narcotizado hasta que los especialistas puedan revisarlo.

—¿Cree usted que Grúnter habrá hablado del tiempo subjetivo con alguno de la tripulación? Si lo ha hecho, tendremos serios inconvenientes...

—No lo creo. Afortunadamente, yo estaba cerca cuando sufrió el ataque. Pero esto actualiza un problema del que vengo hablando con el capitán desde que decidí revelar el asunto a los oficiales. Antes de partir insistió en que se dejase a su criterio cuándo y cómo habría de revelar la situación a los miembros de la tripulación, y todavía no lo ha hecho. La descubrirán por sí solos cuando aterricemos. ¿Puede imaginarse el choque que sufrirán si no se los prepara de antemano? Los tripulantes comunes no han sido sometidos al mismo examen que los oficiales; la Dirección opinó que insumiría demasiado tiempo elegir ciento veinte tripulantes espaciales sin relaciones sentimentales y suficientemente estables para cumplir con todos los requisitos del examen. Por lo menos el setenta y cinco por ciento de estos hombres esperan que sus mujeres madres o novias los estén aguardando en el espaciopuerto. ¿Quién se encargará de decirles la verdad?

—¡Nadie, doctor! —respondió a sus espaldas la voz grave del capitán Gort, que estaba en la puerta—. Me he enterado de lo que pasó en el comedor. Debo encomiar la rápida actuación de usted en el altercado; aunque, si usted hubiera cumplido mejor con su deber, nunca habría sucedido. Si cualquiera de los oficiales fuera tan indiscreto como para transmitir a los tripulantes esta información, los resultados podrían ser desastrosos. Téngalo usted en cuenta,

doctor. Mi autoridad es suprema en este asunto, y no permitiré ninguna interferencia. ¿Está entendido?

Daniel maldijo en su interior el espíritu militar.

—¿Se percató usted que las mentes de estos hombres están expuestas a un choque que puede ser funesto si no se las prepara?

El semblante del capitán Gort permaneció impasible.

—Los hombres pueden sustituirse, doctor...; hasta los psicotécnicos. El valor del conocimiento que llevamos a la Tierra con nosotros, supera en mucho toda consideración humanitaria. Mi obligación es llevar esta astronave de vuelta a la Tierra. Lo que suceda ulteriormente, no es asunto mío. Buenas tardes, caballeros.

DOS días después, el *Embajador Terrestre* salía del hiperespacio, a unos mil quinientos millones de kilómetros de la órbita de Plutón. Los radiooperadores terminaron su trabajo de rutina con los transmisores portátiles de los trajes espaciales y regresaron a la cabina de radio principal. El sargento técnico George Miller dejó el instrumento de prueba que estaba manejando y conectó un micrófono.

—El *Embajador Terrestre* llamando a los planetas interiores... El *Embajador Terrestre* llamando a los planetas interiores... ¿Me escuchan?... El *Embajador Terrestre*...

Los otros radiotelefonistas esperaron

ansiosamente la respuesta, con la vista fija en el gran parlante que estaba sobre la cabeza de Miller. Pocos minutos después, el parlante cobró vida.

—Estación orbital número tres llamando al *Embajador Terrestre*... ¡Bienvenidos, muchachos! ¿Por qué tardaron tanto en comunicarse? En seguida avisamos a la Tierra... ¡Con cuánto júbilo recibirán allí sus noticias, después de ciento treinta años!

Miller contrajo su mano sobre el soporte del micrófono.

—¿Qué quiere decir, estación número tres? ¡Si el viaje duró solamente cinco años!

—Para ustedes, sí, pero no para nosotros. Los estamos esperando hace más de un siglo. Mi abuelo solía contarme que los vio partir cuando él era un niño. ¿No oyeron hablar nunca de ese pequeño detalle que se llama tiempo subjetivo?

Miller apretó el interruptor y sofocó la voz burlona...; pero era demasiado tarde. Seis mentes habían recibido el golpe, y poco a poco comenzaban a sacar las consecuencias implícitas en la ironía del operador.

—¡Malditos sean! —gritó uno de los operadores—. Por culpa de estos malvados, seremos fósiles de la edad de piedra cuando lleguemos a la Tierra.

Abrió un panel en el costado del trasmisor. Quedaron a la vista dos series de tubos brillantes. Con fría deliberación tomó una llave inglesa y los destrozó a golpes. Luego se encaró

Venenos fotosensibles

HACE poco se ha podido aislar una sustancia que tiene la curiosa propiedad de convertirse en venenosa cuando el animal que la ha ingerido se expone a la luz. Se trata de la hipericina, colorante fluorescente rojo. Ratas que ingieren 3 mg. de esta sustancia pueden permanecer vivas si se las mantiene en la oscuridad, pero mueren si se las somete a la acción de la luz cuando se les administra una dosis de sólo 0,1 mg.

con su vecino, que lo observaba con expresión de ausencia, no recobrado todavía de la conmoción psíquica que acababa de recibir.

—¡Tendrías que estar muerto, Smith; eres más viejo que Matusalén!

No hubo ruido de vidrios rotos cuando la llave inglesa golpeó esta vez; solamente un ruido sordo y blando.

Este golpe actuó catalíticamente; cinco segundos después, la cabina de radio estaba vacía, a no ser por un trasmisor inútil y un cadáver con el cráneo deshecho.

DANIEL caminaba por un corredor de la cubierta inferior cuando los micrófonos de comunicación interna comenzaron a gritar:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Todos los oficiales y técnicos preséntense inmediatamente en el puente de mando!

Entró en el ascensor más próximo, que lo llevó al puente superior. Dos policías militares estaban de guardia a la puerta, con los fusiles desintegradores en mano. Daniel pasó junto a ellos devolviéndoles el saludo. El coronel Lang, que hablaba con un grupo de oficiales, se acercó a su encuentro.

—Su diagnóstico sobre Grúnter era desdichadamente acertado. Pero no era sino el comienzo: la epidemia viene ahora del exterior. Algún imbécil de la sección radiofónica estableció *comunicación con la Tierra* por su cuenta y sin estar autorizado. Ahora se ha desatado la epidemia de que usted hablaba.

Las conversaciones cesaron cuando el capitán Gort entró acompañado por el oficial comandante de la policía militar. Gort se dirigió al extremo de la habitación y enfrentó a la concurrencia.

—Bueno, señores: presumo que ustedes conocen ya a grandes rasgos la situación. Había seis hombres en la cabina de radio cuando se recibió el aviso. Uno de ellos fué muerto antes de salir de la pieza; otros dos enloque-

cieron y fueron ametrallados por la policía, que además logró capturar vivo a un tercero. Esto quiere decir que quedan todavía a bordo dos hombres que pueden hacer fracasar la expedición a dos semanas del éxito. Nuestro plan es descubrirlos antes que puedan comunicarse con el resto de la tripulación y crear nuevos inconvenientes. Estos hombres y las personas con las cuales se comuniquen deben ser eliminados en el acto. No necesito explicarles que el resto de la tripulación no debe enterarse de lo que está pasando. Voy a repartir a ustedes en tres grupos, uno de los cuales defenderá esta cabina de mando contra un posible motín; los otros dos revisarán la astronave, de un extremo al otro, para descubrir a los dos fugitivos. El propósito de la operación será encubierto bajo el pretexto de una inspección de rutina. Los dos hombres que hay que buscar son el sargento técnico Miller y el radiooperador Kolinsky. Sin duda todos ustedes los conocerán personalmente; pero, por si alguno no los recuerda, he hecho imprimir estas copias de sus fotografías. Mírenlas y estudienlas bien. La vida de ustedes y la de todos, puede depender de ello.

Los subtenientes Dávidson y Shaw elegirán cada uno cinco oficiales y se pondrán inmediatamente al trabajo. Los técnicos civiles permanecerán en esta cabina conmigo y los otros oficiales.

Daniel dió un paso al frente.

—Con su permiso, capitán. Yo desearía acompañar al grupo del subteniente Shaw. Puedo serle útil en estas circunstancias.

—Perfectamente, doctor. Si el subteniente no se opone, vaya usted con él —accedió el capitán—. Pero no toleraré desobediencia alguna. Esos hombres han de ser eliminados donde se los encuentre. Es un asunto demasiado urgente para andarse con contemplaciones.

SHAW decidió revisar los dos puentes inferiores, mientras Dávidson inspeccionaba los dos superiores. Terminado el recorrido, ambos se reunirían en la sala de máquinas. En la gigantesca astronave había innumerables rincones donde esconderse. La búsqueda sería larga y dificultosa.

En las cámaras de la tripulación, el ambiente parecía normal. Algunos hombres, libres de la guardia nocturna, descansaban en sus literas, unos durmiendo, otros leyendo. Cuatro jóvenes que, infringiendo el reglamento, jugaban a la baraja, escondieron apresuradamente los naipes y quedaron muy contentos al ver que los oficiales no les imponían la pena correspondiente. Daniel había temido que los fugitivos estuvieran ya en las cámaras de los tripulantes; pero, o aquéllos no habían tenido tiempo de llegar, o la emoción que todavía los embargaba les había impedido pensar en una acción tan lógica.

De las cámaras de tripulantes, Daniel, Shaw y otros dos hombres fueron a inspeccionar el comedor y las cocinas, mientras los tres oficiales restantes iban hacia el segundo puente.

—¿Cómo es posible que dos hombres encierren tanto peligro? —preguntó Shaw.

—Imagínese una nave como ésta, conducida por una tripulación en el estado de alteración mental en que Grúnter se hallaba esta mañana —explicó Daniel—. Y así ocurriría si esos dos fugitivos entraran en contacto con los demás tripulantes.

Las bodegas eran mucho más difíciles de revisar. Los escondrijos eran prácticamente infinitos entre toda suerte de artefactos y recovecos. Daniel llegó por casualidad junto a una salida estanco, de emergencia. Se detuvo y controló el manómetro de la cámara de salida. La compuerta exterior estaba cerrada. Llevado por un impulso, pro-

bó la cerradura de la compuerta interior y vió que estaba sin pestillo. Abrió unos centímetros, encendiendo al mismo tiempo las luces de la salida estanco. Oyó un ruido que cesó inmediatamente. No pudo ver a nadie.

—Salga usted de ahí —dijo—. Tengo un desintegrador, y si no sale entraré a buscarlo.

No recibió respuesta. Daniel abrió la puerta de par en par, y entró con el desintegrador en la mano. El radiooperador Kolinsky lo miraba desde el otro extremo.

Era un hombre pequeño, con ojos hundidos y de un color azul pálido, que daba a su rostro expresión de asombro. Por su temperamento inestable, era propenso a cometer actos irracionales bajo algún impulso súbito, como el miedo. Daniel vió que Kolinsky tenía la mano apoyada en el mecanismo que abría la escotilla exterior, pasada la cual estaba el vacío gélido del espacio.

—¡No se acerque! Si dan un paso, abro la escotilla y volamos los dos al espacio, como un par de torpedos.

—¡Vamos, Kolinsky! ¿De qué está usted hablando? Nadie intenta hacerle daño.

—¡Hacerme daño!... Yo tenía una mujer joven y un hijo, cuando salí de la Tierra para un viaje de cinco años. ¡Cinco años!... eso es lo que nos dijeron aquellos canallas embusteros. ¡Oh!, ¿dónde estarán ahora mi hijo y mi mujer?... ¿No comprende usted el dolor que esto significa?

Daniel avanzó un paso. A Kolinsky, hombre retraído por naturaleza, la impresión recibida no consiguió sino reconcentrarlo más en sí mismo. No era de temer que hombre tan pusilánime intentara sembrar el pánico en la tripulación. Se metería en un escondrijo a meditar en su propio infortunio. Pero podría convertirse en hombre peligrósísimo, si alguien lo perturbaba o amenazaba.



Oyóse la voz de Shaw:
—¿Dónde está usted, Daniel?

En su peligrosa situación frente a Kolinsky y sin apartar de éste la mirada, Daniel se había olvidado de Shaw y de los otros inspectores.

—¡Ah, conque todos andan persiguiéndome!, ¿eh? —rugió Kolinsky, con los ojos desorbitados y apretando con la mano el mecanismo de la escotilla exterior—. ¡Pues aquí moriremos todos!...

No había tiempo para sujetar a aquel hombre. Daniel apuntó el desintegrador y disparó instantáneamente el arma. El estampido fué ensordecedor en aquella cámara cerrada. Al suelo cayó el cuerpo de Kolinsky..., sin cabeza.

—¿No ha sufrido usted ningún daño, Daniel? —preguntó Shaw, corriendo hacia la compuerta—. ¿Por qué no me ha llamado? ¡Se ha expuesto usted a que Kolinsky lo matara!

Daniel le dió el desintegrador a Shaw.

—Tome usted esto. No lo necesitaré nunca más. Kolinsky estaría vivo ahora, si yo no hubiera empuñado el arma en el primer momento. Y yo debía haberlo pensado: con desintegradores no se curan las psicosis. Ese procedimiento no sirve sino para cumplir las pueriles órdenes del capitán Gort. Sigam buscando ustedes. Yo me voy.

—Sería mejor que avisásemos al capitán...

—Me encargo yo —dijo Daniel—. Gort tendrá gusto de escucharme.

Se acercó lentamente a un teléfono interno y dijo:

—Habla el jefe psicotécnico. Comuníqueme con la cabina de mando. Quiero hablar con el capitán.

—El capitán no está en el comando; salió hace cinco minutos para su camarote. ¿Quiere que lo comunique?

—No se preocupe. Iré a verlo personalmente.

EL camarote del capitán estaba en la tercera cubierta, a pocos pasos de allí. Daniel llamó a la puerta.

Después de una pequeña pausa oyó la voz del capitán:

—¡Adelante!

El capitán estaba sentado frente a su escritorio. Detrás de él, con un desintegrador en la mano, estaba el sargento técnico Miller, el fugitivo que faltaba.

—Me alegro de verlo, doctor —dijo Miller—. Tal vez usted pueda convencer al capitán de que yo no soy un loco furioso y que no tengo intención de matarlo. De nada me serviría semejante acción, y he tratado de explicarle. Pero, en vista de todo lo ocurrido, tuve que tomar mis precauciones.

Con estudiada serenidad, Daniel se sentó en una silla y rogó a Dios en su interior que Gort no hiciera ningún movimiento en falso. Vió, en efecto, que el capitán hacía esfuerzos por controlarse.

—Puedo ayudarlo, Miller; pero es mejor que usted dé primero alguna explicación.

Miller se sosegó visiblemente.

—No sé si saben ustedes que fui yo el que entró en comunicación con la estación tercera —dijo—, y supongo que ha de extrañarles que no me haya enloquecido como los demás. Tal vez sea porque yo ya sabía algo de lo que es el tiempo subjetivo.

—Si alguno de los oficiales ha hablado de lo que no debía, le va a costar caro —dijo el capitán Gort—. ¿De qué otro modo puede haberlo sabido usted?

—No, capitán; ninguno de sus oficiales habló de más. Cuando una persona ha estado toda su vida interesado en el problema de los viajes interestelares y ha leído unos cuantos libros al respecto, es lógico que conozca algo acerca del tiempo subjetivo, ¿no le parece? Yo conocía toda la información

que se hizo pública acerca de las expediciones a Plutón y a Neptuno. Aquellas viejas astronaves no llegaban a la velocidad de la luz, pero de todos modos eran bastante rápidas para que se pudiera advertir un pequeño coeficiente de contracción. Y esto fué mencionado en un informe secreto, que accidentalmente se filtró.

—Pero si usted sabía a qué estaba expuesto, ¿por qué se alistó? —preguntó Daniel—. Un acto así supone mucho coraje.

Miller sonrió.

—Yo sabía que se produciría una contracción del tiempo en el viaje, pero no sabía de cuánto, ni tenía los medios para calcularla. Los únicos elementos de juicio con que contaba eran una observación incidental y unos cuantos libros. Tenía que correr el riesgo y no supe la verdad hasta entrar en relación con la Tierra.

El capitán Gort miró a Miller con expresión de respeto.

—¿Quiere decir que usted se ofreció voluntariamente para esta expedición, aun sabiendo que podía estar ausente de la Tierra por varias décadas cuando menos? ¿Y durante estos cinco años no comunicó a nadie sus sospechas?

—Escuche, capitán: no era asunto mío lo que los demás tripulantes hicieron con su vida. Yo sabía qué quería yo.

—Debió usted informarme antes, Miller. Una persona como usted, puede ser muy útil en determinadas circunstancias.

—Es verdad, capitán —intervino Daniel—. Miller está en condiciones de presentar el problema a la tripulación, de un modo mucho mejor que cualquier oficial. Todavía tenemos esperanza de prepararlos para el choque.

—No era esto lo que yo estaba pensando, doctor —respondió el capitán—: no tengo intención de cambiar mis planes. El sargento Miller será encargado

exclusivo de las comunicaciones con la Tierra. Es un experto operador de radio y la única persona suficientemente calificada para estas funciones en las circunstancias actuales. Queda pendiente el asunto de la conversación no autorizada con la estación tercera; pero suspenderé toda medida hasta llegar a la Tierra. Queda usted a cargo de la oficina de radio, sargento Miller.

—Muy bien, señor —respondió Miller y se dispuso a retirarse.

—Un momento —dijo Daniel, volviéndose al capitán—. ¿No le parece que sería mejor que yo lo acompañase para avisar a los otros oficiales? Si lo encuentran solo por la cubierta, cumplirán la orden anterior y harán fuego sobre él.

—De acuerdo, doctor. Conviene que usted en persona acompañe el sargento hasta la cabina de radio. Pero, ¿y Kolinsky?

—Ya no existe. Lo encontré en una cámara estanco y...

—Buena obra, doctor. No creía que usted tuviera fibra para hacerla. Bueno, con esto queda arreglado todo. Retiraré a los pesquisas, y comenzaremos los preparativos para el desembarco. Pueden retirarse.

—Lo felicito por su equilibrio psíquico, Miller —dijo Daniel mientras se dirigían a la cabina de radio—. Usted sabía que saldrían a buscarlo por toda la astronave y juzgó que el único lugar seguro era la cabina del capitán. Se dió usted cuenta de que no lo dejarían con vida mientras pudiera amenazar el buen éxito de la expedición y decidió convertir la amenaza en una garantía. Esto supone mucho juicio y sangre fría.

—Así fué, doctor. Mi instinto de conservación es muy fuerte; pero en la situación en que estaba no tenía otro recurso que convencer al capitán. No tenía ninguna posibilidad de resistir contra todos los de a bordo.

—Ahora veo lo que usted llama "instinto de conservación". Después de todo, el primer riesgo que afrontó le salió bien, de modo que valía la pena probar de nuevo la suerte. Y estubo muy hábil; Gort lo mira desde ahora como a uno de los suyos, como a un verdadero héroe. Usted podría haber sido un buen psicotécnico, Miller; pero a mí no me engaña: yo soy profesional. ¿Qué había hecho usted en la Tierra antes de presentarse como voluntario? A usted lo buscaban por algo, ¿verdad? Asesinato o algo por el estilo... Usted estaba bastante desesperado, de modo que decidió probar la suerte. Por lo pronto, estaría cinco años fuera de la Tierra, y en ese intervalo se podían suavizar las cosas. Además, si sus nociones sobre el tiempo subjetivo resultaban ciertas, su delito quedaría sepultado en el pretérito: ¿quién oyó nunca que se castigara a un hombre por un delito cometido un siglo antes?

—Puede que tenga razón, doctor; pero, como usted dice: ¿quién oyó nunca que yo cometiera ningún delito?

—De todos modos, ya no tiene por qué preocuparse. Aun cuando alguien se acordase todavía, seremos héroes, y todo el pasado quedará barrido por el triunfo del *Embajador Terrestre*.

DANIEL dejó a Miller en la cabina de radio y siguió camino a la enfermería, para contar al doctor Lang lo sucedido.

—Bueno, parece que se ha eliminado una preocupación —comentó el médico militar—. Posiblemente no tendremos más inconvenientes.

—Durante el viaje, tal vez no; pero ¿qué sucederá cuando lleguemos?... No podemos quedarnos de brazos cruzados y dejar expuestos a todos estos hombres a una psicosis segura.

—De acuerdo; pero, ¿qué podemos hacer nosotros? Aun prescindiendo de

la oposición del capitán, usted no puede comunicarles la verdad; pues no tenemos tiempo para aplicarles el previo tratamiento psíquico necesario.

—Ya lo sé, doctor. Pero debemos hacer lo que esté a nuestro alcance. ¿Cuántos hombres calcula usted que serán necesarios para acercarse al *Embajador Terrestre* al cohete orbital y llevar a cabo el desembarco?

Lang calculó mentalmente durante un momento.

—Me parece que bastarían unos treinta hombres.

—Ese es también mi cálculo —dijo Daniel—. Necesito su colaboración para mi plan. Si nos sale mal, estamos perdidos; pero al menos tendremos la satisfacción de haber hecho todo lo posible.

DURANTE los días siguientes, Daniel pudo percibir la creciente tensión que iba llenando el ambiente. Los tripulantes estaban nerviosos y excitados, pensando en el breve plazo que los separaba de sus hogares. Todas las emociones reprimidas durante los cinco largos años del viaje estaban a punto de estallar. ¿Cuál sería su reacción cuando descubrieran que sus casas ya no existían o que estaban ocupadas por extraños, y que el mundo había sido transformado totalmente por un siglo de progreso?

Mediante la radio se hicieron los arreglos necesarios para desembarcar en el cohete orbital la tripulación del *Embajador Terrestre*. Esta colosal astronave había sido construida en el espacio y nunca entraría en la atmósfera del planeta madre. Hecha especialmente para los viajes interestelares, sus cohetes no podían contrarrestar la gravedad de la Tierra, y usar la superimpulsión habría sido de desastrosas consecuencias.

Dos horas antes de la fijada para el desembarco, los oficiales y los tripu-

lantes desfilaron por la enfermería, para recibir las inyecciones de rutina. Después de los cinco años pasados en la atmósfera artificialmente esterilizada de la astronave, aquellos hombres tenían muy escasa resistencia a los virus infecciosos, y necesitaban una protección extra mientras se adoptaba de por sí el organismo a las nuevas condiciones. Daniel tenía a su cargo la mitad de los hombres, y el doctor Long la otra, y cada uno era asistido por un par de enfermeros que ponían las inyecciones. A medida que el psicotécnico y el médico iban llamándolos por su nombre, los tripulantes se unían a las respectivas colas y avanzaban lentamente. Era la escena usual de las vacuaciones colectivas: una fricción con algodón seguida de la rápida punzada y los gestos de desagrado que hasta los hombres más curtidos hacen al sentir una insignificante aguja penetrar en la piel.

Una vez terminadas las inyecciones, Lang y Daniel pasaron a la sala de oficiales, donde encontraron a los técnicos civiles y oficiales no retenidos en ese momento por otras ocupaciones.

—Hemos aprendido muchas cosas en nuestro viaje —dijo el doctor Lang—; pero es seguro que los habitantes de la Tierra también podrán enseñarnos muchas cosas, aunque no hayan salido de allí. Sería cómico si los conocimientos que les llevamos resultasen cosas viejas para ellos.

—No creo que esto suceda, al menos en algunos casos —respondió Daniel—. En último extremo, los conocimientos teóricos, por muy amplios que sean, no pueden compensar nunca las experiencias concretas que nosotros hemos vivido en la expedición. No cabe duda de que en nuestras especialidades, medicina y psicotecnia, los avances deben de haber sido muy grandes, pero...

Se interrumpió al oír un ruido sor-

do. Se dió vuelta y vió que uno de los policías militares de guardia delante de la puerta del salón acababa de desplomarse. Antes que ninguno de los oficiales pudiera acudir a auxiliarlo, el segundo policía de guardia se desplomó también como un cuerpo inerte.

—¡No se acerquen, señores, por favor! —dijo el doctor Lang.

Y seguido por Daniel se acercó a los dos desvanecidos. Ambos estaban con vida, pero totalmente inconscientes.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán Gort, con tono desconcertado.

—No lo sé aún. Tendremos que trasladarlos a la enfermería y examinarlos detenidamente.

—Sí, sí; llévenlos inmediatamente y revísenlos sin pérdida de tiempo. Quiero un informe dentro de diez minutos.

SONO una chicharra en el teléfono interno. El capitán apretó un botón y dijo:

—Habla el capitán Gort. ¿Qué desea?

—Aquí, sala de máquinas. Informo que han quedado fuera de acción doce hombres, todos desvanecidos.

—¿Qué pasa? ¿Algún accidente?

—No señor; se desvanecieron repentinamente, sin causa determinable.

—Bueno, llame a la enfermería para que los recojan. ¿Queda ahí personal suficiente para seguir con el trabajo?

—Sí, señor; ya he llamado a dos hombres que estaban descansando. Con su ayuda podremos seguir, si no se presentan inconvenientes.

—Perfectamente —respondió Gor, y cortó la comunicación.

Se volvió luego hacia el grupo de oficiales y ordenó:

—Subteniente Brown, subteniente Hartness: bajen a la sala de máquinas, e inspeccionen lo ocurrido.

La chicharra volvió a sonar.

—Aquí, sala de tripulantes. Cuatro hombres de han desvanecido repentinamente.

De todos los rincones de la astronave llegaron uno tras otro los mensajes. Los hombres caían como moscas. En quince minutos, tres cuartas partes de la tripulación había caído. El capitán Gora corrió a la enfermería.

—¡Coronel Lang! —vociferó—. ¿Todavía no ha descubierto qué es lo que le pasa a estos hombres? Parece una epidemia... ¿Qué puede usted hacer?

—Lo he intentado, capitán; pero hasta el momento me es imposible dar ningún diagnóstico definitivo. Los pacientes no responden a los estimulantes habituales. Nuestra única esperanza es aguardar hasta que recobren el conocimiento.

—¡No podemos esperar! —rugió el capitán—. ¡Falta una hora para abordar al cohete orbital!

—Lamento que se demore el desembarco, capitán; pero estos hombres quizá estén padeciendo los efectos de algún virus extraño a la Tierra, y no podemos correr el riesgo de propagarlo... ¿Le queda todavía personal para la operación de ataque?

El capitán reflexionó mentalmente.

—Sí —respondió por fin—, creo que nos arreglaremos.

—Perfectamente. Es necesario pedir por radio al cohete que pasen a nuestra astronave los médicos de sanidad. Hasta que dominemos la epidemia, el *Embajador Terrestre* debe quedar en cuarentena; no podemos arriesgarnos a esparcir una enfermedad en la Tierra.

El capitán renegó furiosamente, pero, al comprender que no quedaba otro remedio, se dirigió a la cabina de mando, para intentar la operación de abordaje, ayudado por la reducida tripulación con que contaba.

Daniel comentó con una sonrisa:

—Esperemos que nuestros cálculos hayan sido acertados.

TAN pronto como el *Embajador Terrestre* entró en contacto con el cohete orbital, dos médicos especialistas y un psicotécnico fueron guiados a la enfermería.

—¡Buenos días, señores! —dijo el jefe de la comisión, hombre alto, de cabellos plateados, vestido de uniforme—. Soy el general Withers, jefe de los Servicios Médicos Imperiales. Este es mi ayudante, el coronel Eldridge, y éste, el profesor Kranz, jefe del Departamento Psicotécnico.

Lang hizo la presentación de Daniel y de sí mismo.

—¿De qué naturaleza es la epidemia? —preguntó el general—. Como ustedes pueden imaginarse, la técnica médica ha progresado mucho desde que ustedes partieron de la Tierra. Creo que estamos en condiciones de afrontar la situación.

—General, debo darle una explicación. Lamento haber tenido que valirme de una estratagema. No hay ninguna epidemia. Las tres cuartas partes de la tripulación han quedado desvanecidos mediante la inyección de un narcótico inofensivo, que les aplicamos en lugar de vacunas. Esto lo decidimos el coronel Lang y yo, sin comunicárselo al capitán. Ustedes conocerán sin duda la historia de nuestra expedición y sabrá que solamente los oficiales y los especialistas civiles fueron informados de que el viaje duraría más de un siglo y medio de tiempo subjetivo terrestre. Aunque se confió al juicio del capitán enterar o no a la tripulación, él decidió no hacerlo. Y, hasta el momento, los tripulantes no saben nada. Haciendo un esfuerzo para evitarles una impresión que sin duda estropearía la mente de muchos, narcotizamos a la mayoría de la tripulación, dejando solamente a unos pocos, de cuya estabilidad mental estamos seguros, para que atendieran al

abordaje de la nave. Teníamos la certidumbre de que ustedes podrían condicionarlos lentamente, cuando regresáramos, gracias a las nuevas técnicas que sin duda habrán desarrollado.

—Debo felicitarlos por su solicitud respecto del bienestar mental de la tripulación, señores —dijo el general Withers—, aunque el procedimiento adoptado haya sido algo peligroso. Los que planearon la expedición no se desentendieron por completo del problema que a ustedes les preocupa. De hecho, fué el tema de investigación principal durante los cinco años inmediatamente posteriores a la partida del *Embajador Terrestre*. Al término de dicho plazo, el equipo de investigación del Servicio Médico había encontrado la solución. Deben comprender ustedes que, cuando la expedición partió, no estábamos enteramente seguros de llegar a este resultado; pero era necesario arriesgarse. Una vez terminados nuestros experimentos, las familias de los miembros de la tripulación fueron reunidas por el Departamento Psicotécnico, y se les explicó con la discreción y cautela debidas que la expedición habría de durar mucho más de lo que inicialmente se había dicho. Se les ofreció entonces la opción de seguir viviendo normalmente o de someterse a la nueva técnica que había sido elaborada teniendo ante la vista aquella eventualidad. Solamente tres personas se negaron. Los restantes, mediante nuevas drogas y mediante un sistema nuevo de congelación, fueron puestos en estado de vida latente. Han permanecido en él hasta que recibimos el anuncio de la llegada de ustedes. Ya han sido revitalizados sin ningún inconveniente, y están dispuestos a reiniciar sus vidas junto a sus esposos, hermanos e hijos, los cuales, al menos para ellos, han estado ausentes de la Tierra cinco años solamente. ✦

DEL TRIPLANO A LA CAJA VOLANTE



El 3 de agosto de 1954, un extraño aparato se movía por los cielos de Inglaterra. Con la forma de un paralelepípedo rectangular sin alas, cabina ni empenajes, esta "caja volante" era un producto de la compañía Rolls-Royce, y un atisbo del avión del porvenir, sin alas. Y es que pocas cosas resultan tan molestas para los aviones modernos como las alas. Para los lectores de MÁS ALLÁ, acostumbrados a los cohetes interplanetarios, en los que las alas juegan poco o ningún papel, la falta de alas no tendrá tantos visos de paradoja como realmente los tiene; pues los aviones son aparatos destinados a volar en la atmósfera, uniéndose entre sí diversos puntos de la Tierra, y volar en el aire significa apoyarse en el aire, para lo que justamente están destinadas las alas del avión.

Los primeros aviones bi y triplanos apenas conseguían dar algunos saltos sobre el terreno. Les faltaba potencia en sus motores, les sobraba peso. En aquella época hacían falta 7 kg. de motor para desarrollar un caballo de fuerza. En los modernos turborreactores bastan 200 gs. Los primeros motores de aviación eran de 12 caballos. En la actualidad hay aviones cuyos motores totalizan 45.000 caballos, o sea lo mismo que un trasatlántico.

A medida que aumenta la potencia, y con ella la velocidad del avión, las alas van relegando su utilidad al decolaje y al aterrizaje. Durante el vuelo, se convierten en estorbos, por la resistencia del aire, que se traduce en un gasto suplementario de la potencia del motor. Por

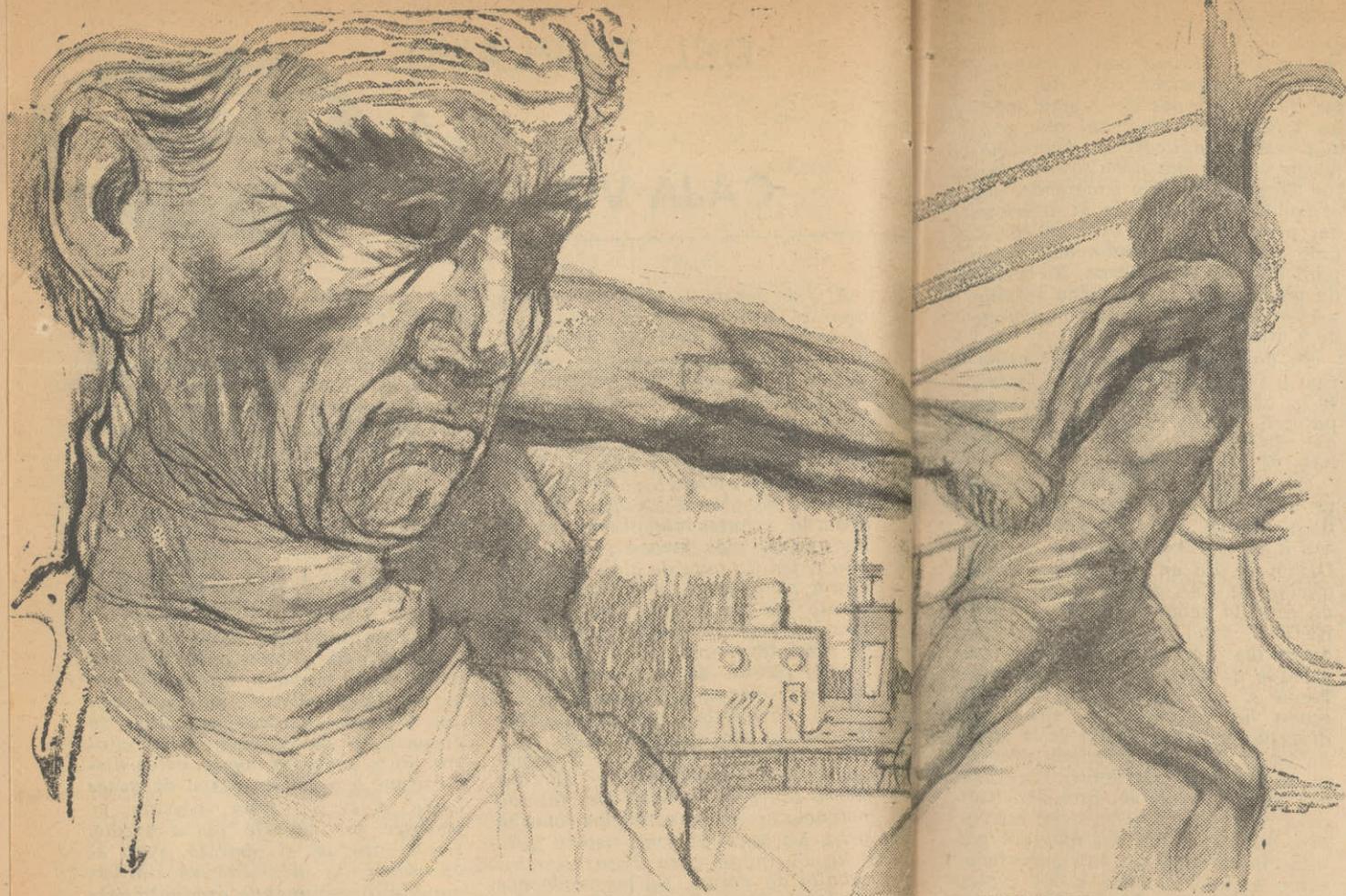
eso, la barrera sónica resulta un obstáculo para los aviones.

Lo cierto es que ya se puede prescindir de alas en el despegue de un avión norteamericano que asciende verticalmente propulsado por sus hélices, que hacen el papel del rotor de un helicóptero. Pero este avión tiene alas, necesarias para el vuelo horizontal.

Los motores de reacción son los que pueden resolver el problema del avión sin alas. Un pequeño turborreactor de 136 kg. de peso produce un empuje de 820 kg.; ¡es capaz de vencer la fuerza de gravedad levantando seis veces su peso!

Justamente gracias a los motores de reacción es por lo que puede volar la "caja volante", equipada con dos turbopropulsores provistos de dispositivos de desviación del chorro. Para levantar vuelo, estos dispositivos dirigen la ráfaga de gases hacia el suelo; como reacción, se produce un empuje hacia arriba, elevándose así el aparato. Para el aterrizaje, la maniobra es similar, aunque disminuyendo gradualmente la fuerza del gas hasta que la caja se pose sobre el suelo. En cuanto al vuelo horizontal, basta manejar los desviadores de manera que se evite la pérdida de altura.

La caja volante, con su mecanismo sencillo y eficiente, puede revolucionar la aeronáutica. Quizá los primeros damnificados sean los helicópteros, excesivamente caros y lentos. Pero no es difícil que todo el diseño de los futuros aviones a reacción se vea afectado por el revolucionario aparato inglés. ✦



RESUMEN DE LA PRIMERA PARTE

Un llamado urgente desde Chicago obliga a DEVAN TRAYLOR a abandonar Florida, donde se halla veraneando en compañía de su mujer e hijos. Es su secretaria, la señorita TREAT, quien le anuncia una inquietante noticia relacionada con la Inland Electrónica. El comité ejecutivo de dicha compañía, en reunión de directorio, pero prescin-

diendo de Devan —uno de sus miembros— ha resuelto invertir más de un millón de dólares en un experimento científico. En dicha reunión habían estado presentes, entre otros: ORCUTT, presidente de la compañía; GLENN BASHER, accionista de la Inland; HOWARD TOOKSBERRY, consejero bastante terco que frecuentemente se opusiera en el camino de las iniciativas progresistas; HOLCOMBE, también accionis-

ta; SAM OTTO, el hombre que siempre sacaba el cinco por ciento en cada trato que hacía. Con éste último asistió el doctor WINGFIELD COSTIGAN, el sabio a quien le daban el dinero.

Ante el temor de una muy posible estafa, Devan se apresura a entrevistarse con Orcutt, quien le anticipa que dicha inversión se hará en los propios laboratorios de la Inland, donde se cumplían las tareas

por JERRY SOHL

ilustró ORNAY

la aguja

más diversas relacionadas con las investigaciones científicas: desde cerebros diminutos para proyectiles teleguiados, hasta cerebros electrónicos para máquinas de calcular, y junto a ellos instrumentos electrónicos de cuya existencia el público aún no se había enterado. En compañía de Orcutt, Devan se dirige al vetusto edificio de cinco pisos, propiedad de la Inland, donde ha iniciado sus tareas el doctor Cóstigan.

LA AGUJA

Frente a ese hombre enjuto y encorvado por el peso de sus tareas, al que Devan atribuye unos sesenta años, éste no puede disimular su impaciencia. Conducido por Sam y Cóstigan, Devan penetra en la pequeña habitación donde, en una caja de hierro, se halla encerrado el misterioso invento. Parece un coheite de plata pulida, de unos 30 cm. de diámetro y de 2 m. de largo, y en cuya base circular se abre una gran ranura que atraviesa de lado a lado el aparato. Al conectar el doctor Cóstigan el aparato a un tablero, un motor se pone en funcionamiento. Pocos instantes después, Devan observa en su misma persona que, al introducir su mano por el extremo del tubo, ésta se desvanece, y al seguir introduciendo el brazo hasta sacarlo por el otro lado, no encuentra sino la manga vacía. Cuando lo saca del tubo, su brazo está muy frío. También Orcutt realiza la misma experiencia mientras Devan alumbra el otro extremo de la ranura con una lamparita, y así éste comprueba que de la mano de Orcutt, que se halla introducida en el tubo, han desaparecido las yemas de los dedos y los huesos; pero las venas y músculos permanecen perfectamente visibles, como si los hubieran disecado al entrar.

Fuertemente impresionado por el episodio, Devan no tarda en dejarse vencer y aprueba él también la inversión de un millón de dólares en los trabajos experimentales. Cóstigan trata de explicar, entonces, que su proyectado aparato podría ser aplicable en medicina, para el diagnóstico de enfermedades internas, pero que la gran incógnita reside en el hecho de que quien se prestara a su uso correría el riesgo de dejar librado al azar el fin que tendrían las partes de su cuerpo que se desvanecieran.

"Se trataba ahora de construir otro tubo suficientemente grande como para que pueda penetrar en él un hombre entero", acaba diciendo Cóstigan.

Decidido a llevar a la práctica el inquietante proyecto, convocan a reunión plena de directorio, donde Orcutt explica que van a emprender un experimento sobre los efectos de los campos de fuerza sobre los tejidos vivos, del que pueden resultar aplicaciones revolucionarias para la medicina; que el doctor Cóstigan ha sido encargado, por el comité ejecutivo, de la dirección del proyecto, y que esperan conseguir un sistema totalmente nuevo para la medicina interna. En menos de media hora es aprobada la asignación de fondos para el proyecto de Cóstigan.

En dos meses, dentro del primitivo y vetusto edificio de la Inland, se ha alzado otro donde las paredes parecen mucho más altas que las del edificio exterior. Ha sido un trabajo rápido y perfecto.

En el centro del taller se alza ya un andamio, y las piezas del nuevo tubo gigante de Cóstigan comienzan a ser ensambladas. Así lo halla Devan el día en que conoce en la oficina de Cóstigan a la secretaria de éste, la señora BETTY DE PEREDGE, cuyo trabajo principal es hacer los diagramas en base a los esbozos de Cóstigan, para pasarlos luego a los electricistas. Es ella quien ha denominado "aguja" al discutido aparato. El día de la prueba final, el doctor Cóstigan presenta la hermosa estructura aguzada con el aspecto de un proyectil listo para partir hacia el espacio; estructura que se levanta del suelo sin que nada interrumpa su lisa superficie, salvo algunos bornes, a los cuales están adheridos cables que luego van hacia las paredes.

La primera experiencia la realiza Sam, quien introduce por el corredor abovedado de un metro veinte de ancho y dos cuarenta de alto un enorme conejo. El animal no regresa.

Surge entonces la discusión de sortear quién entrará primero por el ojo de la aguja. Le toca el turno a Glenn Básher. Acostado en el sue-

lo, avanzó sobre el vientre hacia el ojo, impulsándose con las manos y las rodillas. Da entonces un empujón con el cuerpo, y su cabeza se hunde en la aguja. Algunos trocitos de metal caen al suelo; son las incrustaciones de la dentadura. De pronto, Básher pierde el equilibrio y cae dentro lanzando un grito. Las ropas salen vacías. Glenn Básher ha desaparecido.

Con el rostro demudado, los espectadores comienzan a retroceder lentamente, alentando aún la esperanza de ver reaparecer a Básher, a quien finalmente dan por muerto. Al enterarse de la desaparición de su esposo, la señora de Básher denuncia el hecho a la policía, quien envía a sus detectives más esclarecidos para investigar el hecho.

Ante la imposibilidad de hacer pruebas de ningún crimen el inspector GRIFFIN se muestra muy interesado por desentrañar el misterio de la aguja; y en un descuido de todos, al aproximarse el inspector demasiado al ojo del tubo, siente su cuerpo hundirse en el vacío hasta desaparecer, mientras sus ropas se desvanecen en el piso.

A partir de ese momento la policía instala una fuerte red de vigilancia en torno del aparato, al que Cóstigan se resiste a desconectar, pues de lo contrario sería imposible el regreso de Básher y Griffin.

Sam Otto propone entonces que prueben a entrar por el ojo de la aguja una fila de hombres agarrados en cadena, de modo tal que la resistencia ejercida por los de afuera contrarreste la atracción interior del aparato. Pero el proyecto fracasa pues la aguja traga a tres de los agentes de policía sometidos a la prueba, no desapareciendo más, gracias a la celeridad con que el resto logra apartarse.

Impulsado por la angustiada situación y ante la inminencia de lograr una solución favorable para todos, a Devan se le ocurre la idea de comprobar qué ocurrirá con los vegetales que penetren por la aguja. Y

así comprueba que los mismos sufren igual suerte que los animales.

Poco después, una docena de trabajadores desarraiga un gran álamo de Lombardía de siete metros y medio de alto, y que, colocado en un largo acoplado, es trasladado al laboratorio. La idea de Devan es introducir el árbol por el hueco de la aguja, para que luego alguien pueda bajar por él y subir otra vez para poder relatar lo que le ocurra.

Mientras tanto las discusiones entre periodistas, policía y público en general no han cesado, y las opiniones más adversas se ciernen contra el maléfico aparato y su inventor. Se cuentan entre éstas las de un grupo perteneciente a la Misión Redentora de Súdduth, quienes apelando a la divinidad y a una serie de causales de orden religioso, se oponen terminantemente al uso de la aguja.

A todo esto se está por llevar a cabo la prueba gestada por Devan y de la que se esperan mejores resultados que los acontecidos hasta entonces.

Asisten en esta oportunidad doce periodistas. Mientras tanto, el árbol ha sido introducido en parte por el ojo de la aguja. Un periodista del Sun Tribune, JED HUSTON, se ofrece para entrar encaramándose en el árbol. Se accede a su solicitud, y poco después el hombre, desnudo hasta la cintura, se presta a penetrar en la aguja. Con un atlético salto se cuelga de una de las ramas superiores y se alza hasta la punta del árbol. Pero una vez allí, una voz que surge desde el extremo del recinto le ordena detenerse: es el gran director de la Redención de los Predispuestos y de los Sabios, ORVID BLAINE.

Con los ojos desorbitados y blandiendo en sus manos un gran caño de hierro, Blaine repite su orden; y, no obstante las amenazas de los policías y las reconvenções de todos los presentes, el hombre arroja el caño, con todas sus fuerzas, contra la aguja. Una lluvia de chispas salta

del panel, el metal se retuerce y las luces se extinguen. El recinto queda lleno de humo. No se oye ni el menor ruido. Todo ser viviente, en un radio de doscientos metros en torno de la aguja del doctor Cóstigan, se ha disipado. En total, las personas desaparecidas son tres mil noventa y cinco.

CAPITULO 10

Las luces se apagaron. Una fuerza extraña hizo desaparecer la silla de Devan. Con impulso puramente reflejo, Devan realizó una inspiración profunda, que le fué muy útil, pues antes que llegara a expulsar el aire, se encontró sumergido en el agua. Fué algo inesperado y espantoso. Devan agitó manos y pies furiosamente. Cuanto más se esforzaba, tanto más sentía la necesidad de renovar el aire, y más necesario le era alcanzar la superficie; pero, pese a su desesperados esfuerzos, no conseguía emerger. . .

La razón se impuso por fin, y el hombre detuvo el frenético movimiento de brazos y piernas. Aunque el agua le comprimía los tímpanos, y sus pulmones reclamaban aire, se esforzó en permanecer en calma. Un momento después, notó que su cara salía del agua, y pudo aspirar profundas bocanadas de un aire frío que le pareció maravilloso.

Permaneció unos instantes respirando profundamente. Comenzó a darse cuenta de la confusión que le rodeaba. La gente se debatía braceando y chapoteando. Algunas salpicaduras de agua le pegaban en la cara. Podía oír los gritos de muchos hombres y mujeres que se agitaban a su alrededor y los gorgoteos de los que se hundían. Impulsándose con las piernas, se irguió todo lo que pudo sobre el agua. Le pareció entrever confusamente en la oscuridad grupos de sombras, como de vegetación, que parecían indicar la exis-

tencia de tierra a su izquierda. Comenzó a nadar en aquella dirección.

De pronto sintió que una mano le apresaba un hombro con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en la carne. Un brazo le rodeaba el cuello y amenazaba con impedirle respirar. Devan percibió un ronco jadear junto a su oído. Esta carga inesperada volvió a hundirlo bajo las olas, y mientras se sumergía oyó una serie de ruidos confusos. Su apresador no lo soltaba; por el contrario, se apretaba más contra él.

Con las dos manos y recurriendo a todas sus energías, Devan logró desasirse del brazo que le rodeaba el cuello. Tomó impulso hacia arriba cuando ya el otro brazo se le ceñía también al cuello y el desconocido se volvía para enfrentarlo. Salieron juntos a la superficie, respirando ansiosamente. En la incierta luz de la noche, mientras se movían en el agua, Devan pudo ver una cara de mujer, desencajada por el terror. Se trataba de Betty Peredge, que lo contemplaba con ansiedad.

—¡Suéltame, Betty!

—No. . . no puedo —sollozó apretándose más, asiendo frenéticamente. Se hundieron de nuevo. Esta vez él hizo un violento esfuerzo hacia arriba, y cuando volvieron a aparecer en la superficie, le dió un fuerte puñetazo en la cabeza.

Betty lo soltó por un momento; trató de asirlo nuevamente; pero él la apartó sujetándola por los cabellos. La cabeza de Betty se hundió y volvió a aparecer, y las uñas de la mujer le desgarraban el brazo.

—¡Quieta! —gritó Devan.

Betty se colgó de su brazo, aspirando profundamente el aire frío y tosiendo.

—Te voy a llevar a tierra —dijo él.

Nadando se puso detrás de Betty, y ella le dejó hacer. Él le apoyó una mano en la mandíbula y comenzó a arrastrarla impulsándose enérgicamente con el otro brazo y las dos piernas. Al cabo

de un rato, ya habían hecho sensibles progresos en una dirección; pero Devan tenía el inconveniente de no poder levantarse sobre el agua para ver hacia dónde se dirigían. Le pareció oír el ruido de las olas que morían en la playa a la izquierda. Por un instante vió un perro nadando en esa misma dirección. Como no podía confiar en su propio oído, pues era enorme el chapoteo, el griterío y la confusión que lo rodeaba, decidió confiar en el certero instinto del perro. Giró hacia su izquierda y empezó a nadar decididamente.

El brazo. Exhalar. Las piernas. Inhalar. Brazo en extensión. Exhalar. Piernas en tijera. Inhalar. Ahora el brazo. Exhalar. Ahora las piernas. Inhalar. Una vez y otra. Dale que dale, sin desfallecer. Brazo. Exhalar. Piernas. Inhalar. Pronte se olvidó del frío del agua y del significado del esfuerzo que estaba realizando. Era como un sueño. Brazo. Exhalar. Piernas. Inhalar.

¿Cuánto tiempo había pasado cuando sus manos tropezaron por fin con el fondo y sus pies rozaron la suave y acogedora arena? No lo sabía. Arrastró a Betty hasta que la cabeza tropezó en la arenosa superficie. Ella se dió vuelta lentamente, se puso boca abajo y hundió sus manos en la mullida arena, tratando de trepar. No lo consiguió y se quedó tendida, gimiendo quedamente. Después se desvaneció.

Devan estaba demasiado débil para hacer otra cosa que mirar con ojos extraviados y nebulosos, y preguntarse dónde se encontraba él, y quién era esa persona que permanecía a su lado. De pronto sintió el placer de abandonarse al descanso. Era tan agradable, realmente, acostarse allí y dormir. Necesitaba dormir. Era tan bueno dormir. . .

No. ¡No debía dormirse! Con gran esfuerzo se deslizó por la arena. Después se levantó, e inclinándose sobre Betty, la arrastró un poco más lejos del agua.

Se conmovió al verla desnuda y tendida sobre la playa. Entonces se dió cuenta de que él también estaba desnudo. Experimentó cierto sobresalto, pero se calmó en seguida. Una brisa cálida (al menos así le pareció a él después de salir del agua helada) secó sus cuerpos en un instante, y ambos creyeron revivir, sentados juntos en la arena, mientras recuperaban el aliento.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Betty.

—Es lo que yo quisiera saber —respondió Devan.

Se levantaron, todavía inseguros sobre sus piernas. Betty apoyó su brazo en el brazo de Devan, para ayudarse. El le rodeó con el brazo la cintura. Comenzaron a caminar lentamente a lo largo de la playa. Otros hombres venían nadando entre las olas, luchaban desesperadamente por acercarse a la playa y se desplomaban sobre la arena al alcanzarla. Un hombre le hacía la respiración artificial a otro. Algunas personas, con las caras sumergidas en el agua, se movían suavemente con el vaivén del oleaje.

—Ayúdeme, señor —dijo alguien a Devan, tirándole de la mano—. Ayúdeme, por favor. Es mi madre. Creemos que está muerta.

Devan se movió. Era un niño no mayor de diez años, que permanecía de pie ante él mirándolo asustado. Siguieron al niño, caminando por entre grupos de personas que lloraban, gritaban, dormían o yacían de bruces en la arena. Por fin llegaron junto a dos niñas que lloraban sobre un cuerpo inerte.

Devan recordó que había oído hablar de un nuevo método de respiración artificial, pero había olvidado los detalles. Decidió no perder tiempo en recordarlos. Tomó la cabeza de la mujer entre sus manos, y le introdujo los dedos en la boca, para sacar la lengua de la garganta. Se arrodilló, la puso en la posi-

ción conveniente y comenzó a accionar, rítmicamente. Desde el principio comprendió que la mujer estaba muerta. El cuerpo parecía de hielo.

—Te relevaré cuando te canses —dijo Betty, que permanecía al lado del niño que los había conducido hasta allí. La silueta de Betty, con un brazo sobre los hombros del niño, se destacaba perfectamente a la luz de la luna.

—Yo te avisaré.

Mientras él trabajaba mirando a las dos niñas, éstas habían dejado de llorar y observaban con ojos muy abiertos, esperando que su madre diese algún signo de vida. Devan no tenía coraje para detener sus inútiles esfuerzos y decirles lo que pasaba. Seguiría hasta que sus brazos no pudieran más.

Flexión. Extensión. Flexión. Extensión. Mientras lo hacía se fijó en un hombre sentado allí cerca que los miraba como fascinado, poniendo sus ojos alternativamente en él y en Betty. A Devan no le gustó la expresión que tenía la mitad de la extraña cara expuesta a la luz. A menos de tres metros de aquel hombre, había otro que también parecía interesarse por lo que pasaba.

Flexión. Extensión. Flexión. Extensión. El hombre que estaba más próximo se puso de pie, se volvió hacia ellos y comenzó a acercarse lentamente. Cuando estuvo junto a Betty, se volvió de pronto, la tomó del brazo que descansaba sobre los hombros del pequeño y la atrajo hacia sí.

¡Devan no tenía alternativa! Se abalanzó a la pareja que forcejeaba sordamente. El otro desconocido se abalanzó también, y tomando por los cabellos al malvado, le echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que le asestaba un puñetazo que lo derribó por tierra.

—Gracias —dijo Devan al hombre que permanecía de pie contemplando a su adversario caído—. Muchas gracias.

Se acercó para ver qué aspecto tenía el individuo que yacía en la arena, y

así, desprevenido, no pudo esquivar el golpe que se le vino encima. Un puño crispado se aplastó contra su cara, con la contundencia de un martillazo, y Devan cayó de espaldas.

Si no hubiera sido porque el cuerpo de su agresor le tapó por un instante la luz, poniéndole así en guardia, Devan hubiera sido seriamente lesionado. El hombre era sin duda un luchador. Devan se deslizó rápidamente hacia un lado, saltó sobre sus pies y se dió vuelta en el preciso instante en que el rostro de su adversario se le ofrecía indefenso y sorprendido.

Golpearlo fué mucho más fácil de lo que Devan había creído. Desde el primer momento, Devan quedó en ventaja. Golpeó y siguió golpeando con ambos puños hasta que su enemigo vaciló sobre las piernas.

Cuando el hombre se desvaneció, los nudillos de Devan estaban sangrando.

—Vámonos de aquí —dijo Devan.

—¿Qué hacemos con esa mujer? —preguntó Betty.

—Vamos —ordenó él, conduciéndola a través de la playa—. Ya ves que aquí no estamos en Chicago. No hay policía a quien avisar.

Sin que nadie los molestara, continuaron alejándose de la playa e internándose poco a poco en un terreno donde crecía el pasto. Había algunos árboles y arbustos, y el pasto se iba haciendo más alto a medida que se internaban; primero les llegaba a los tobillos, después a las rodillas, y cuando se detuvieron bajo un grupo de árboles casi les llegaba a la cintura. El único ruido que percibían era el suave murmullo de la cálida brisa en las ramas desnudas.

Betty se estremeció.

—¿Tienes frío?

Ella asintió con la cabeza.

—Acuéstate.

Durante un momento, ella lo contempló con inquietud.

—Te taparé con pasto seco, para que entres en calor.

—¿Y tú qué harás?

—Ya me arreglaré.

La muchacha se acercó a él, con expresión de terror en sus ojos, el cabello negro cayéndole sobre los hombros y el pecho. Tomó un brazo de Devan y lo apretó con ambas manos.

—No me dejes sola —murmuró.

—No te dejaré. Me quedaré por aquí cerca.

—Yo... yo quisiera que te quedases conmigo —dijo ella—. Voy a tener miedo si no puedo tocarte, si no tengo la seguridad de que estás a mi lado.

MAS tarde, cuando ambos reposaban juntos, cubiertos por una capa de pasto seco, Devan envidiaba el sueño a Betty, aunque le agradaba que ella tuviera suficiente confianza en él, que se sintiera tan segura como para poder dormir. Ella estaba terriblemente cansada, y a él le ocurría lo mismo. Ella había cerrado los ojos casi en seguida de acostarse; pero Devan sabía que él no podía conciliar el sueño, por culpa de lo que les había acontecido en la playa. Aquellos dos hombres recuperarían pronto el sentido y se pondrían a merodear tratando de localizarlos, si es que no los estaban haciendo ya. Y en ese caso... , bueno, no quería que lo sorprendieran de nuevo.

Se mantuvo despierto, inmóvil para no molestar a Betty y no estropear el manto de pasto que los protegía. Con todos sus sentidos acechaba, alerta a cada ruido que se destacaba sobre el lejano y constante rumor de la rompiente, a los chasquidos de las ramitas secas, al murmullo de voces humanas y al ruido de las pisadas que cruzaban la arena.

¿En qué lugar se encontraban? Por encima de la suave curva del hombro de Betty y a través de la maraña de pasto seco y matorrales, Devan podía

divisar algunas estrellas. Anteriormente había visto también la Luna. Tiene que ser la Tierra, razonaba. ¿En qué otro lugar podían estar?

Estaba claro que mucha gente, por algún extraño fenómeno eléctrico, había pasado a través del ojo de la aguja, y que su transmigración era el resultado directo de la acción de Blaine al arrojar el caño contra el sistema alámbrico que se encontraba detrás del panel. Esto parecía bastante claro.

Pero si era así, quería decir que habían seguido a los cuatro policías y a Glenn Básher. ¿No es verdad? Bueno, pero entonces, ¿dónde estaban Básher y Griffin? Quizá no habían sobrevivido a la caída en el agua. Pero eran todos hombres jóvenes. Si algunos tenían posibilidad de salvarse eran precisamente ellos.

¿Era la aguja una máquina del tiempo? Si uno pasaba a través del ojo, podía ser proyectado a mil años en el pasado o a mil años en el futuro? Si era una máquina de este tipo, ¿en qué período de la historia se encontraban? Cierto que no podían estar en el futuro, pues habría edificios y seres humanos: seguramente, la bomba de hidrógeno no los habría barrido a todos de la superficie del planeta.

Hizo retroceder el curso de sus pensamientos para concentrarse en el presente. ¿Qué gente era la que habían visto en la playa? ¿Cuál había sido el radio de acción de la aguja? El había visto unos doscientos hombres en conjunto. ¿De dónde habían salido todos aquellos seres? ¿Se habría salvado el doctor Cóstigan? Los otros que habían estado con él cerca de la aguja, ¿dónde estaban? ¿Habrían conseguido sobrevivir?

Se movió intranquilo ante la imposibilidad de contestar a estas preguntas mientras estuviera allí acostado, y Betty se sobresaltó un poco en su sueño. Volvió a quedarse quieto otra vez.

¿En qué lugar se encontraban? ¿En qué año estaban? Contestar a estas preguntas significaba, desde luego, admitir que la aguja era una máquina capaz de alterar el curso del tiempo, y Devan se sentía poco dispuesto a darlo por sentado, pues era una hipótesis demasiado fantástica. Pero, ¿qué otra cosa se podía suponer? El y los otros habían pasado a través del ojo de la aguja. Habían pasado a través de ella porque ahora se encontraban a mil años antes que existieran Chicago y el hombre blanco. ¿Y por qué no en la época de los glaciares? No; los glaciares habían elevado el terreno hasta el nivel del ojo de la aguja, y el lugar en que ahora se encontraban parecía pertenecer a una época anterior a la del descenso de los glaciares desde el Norte.

¿O no era anterior? . . . Su mente se estaba confundiendo. ¿Los grandes lagos fueron formados por los glaciares? En ese caso este lago era realmente el lago Michigan; un lago Michigan mucho más próximo a la Edad de los Glaciares, y mayor de lo que había de ser más tarde. El lago se había ido achicando a medida que pasaron los años, ¿no es así? Devan se entretuvo en imaginar glaciares que retrocedían y lagos de agua helada. Le parecía ver las olas avanzando majestuosamente hacia la tierra, el sol fulgurante reflejado en la siempre cambiante superficie del agua, y lo fué invadiendo un sentimiento cálido y acogedor, que le hizo sumirse en un profundo sueño.

CAPITULO 11

LOS dos se despertaron con los huesos doloridos, cuando ya el sol lucía resplandeciente y la impresionante realidad pugnaba por insinuarse en sus mentes soñolientas. Permanecieron acostados, contemplándose con ojos muy abiertos, mientras la luz del sol se

filtraba por entre el montón de hierba. No era demasiado incómodo.

A Devan le sorprendió el azul profundo de los ojos de Betty; le parecían más azules que los de su esposa Lucila. Siempre había en los de Betty un brillo de humorismo, como si algo la divirtiera secretamente, o como si la muchacha se dispusiera a contar alguna historia graciosa. Ojos serenos en un rostro ovalado que estaba más cerca de él que nunca anteriormente, Devan admiró la tersura de aquella piel, la cálida prominencia de los labios, las hojitas de pasto enmarañadas sobre la cara y la soberbia negrura de los cabellos. Mientras la miraba, ella le sonrió.

—¿Eres tú, realmente? —murmuró.

—Espero que sí. ¿Tú también pensaste que esto era un sueño?

Ella asintió con la cabeza y, dando un suspiro, añadió:

—¿Has intentado levantarte ya?

—Temo hacerlo . . . Creo que tendré que quedarme como estoy. No siento las piernas. Supongo que estarán todavía en su sitio.

—Tal vez estemos más seguros si nos quedamos aquí —sugirió ella—. Lo prefiero, antes que nos suceda otra vez lo de anoche —sus ojos brillantes parpadearon un instante—. Aún no te he dado las gracias.

Su tono era cálido. Al mirar a Devan, sus ojos se agrandaban. El se dió cuenta de que lo miraba a la boca. La hierba crujió suavemente cuando ella lo besó en los labios, con ternura.

—Para que sepas que te lo agradezco. Después se sentó y algunas hojas cayeron sobre la cara de él.

Los labios de Devan parecían arder donde ella lo besó. Con una mano apartó las hojas y se quedó mirándola.

—Bueno, ¿y ahora qué? . . .

El aire frío de la mañana golpeó su cara. Vió como ella temblaba.

—No es un día de verano precisamente —replicó ella mirando a su al-

rededor—. No se ve un alma. No quiero que tenga deseos de ver a nadie, ¿sabes?

Devan se sentó sobre el suelo, pero no podía ver bien por culpa de los arbustos que los rodeaban. A pocos metros de donde ellos se encontraban empezaba el bosque, una espesa masa de árboles y negros arbustos. El cielo era azul y limpio. El sol calentaba más de lo que él había pensado. Delante de ellos, a la derecha, el matorral se extendía a lo largo de una pendiente que descendía sobre el lago, y a la izquierda el verdor trepaba hasta lo alto de la colina.

—¿Dónde se habrán metido todos los demás? —dijo Devan.

—Desde aquí no alcanzamos a ver muy lejos.

—Ya lo sé. Lo que quiero decir es que temía que nos encontrarán. Por eso yo no quería dormir.

—Quizás hayan conseguido volver a través de la aguja.

Devan permaneció a su lado, y aunque el dolor de sus músculos entumecidos le arrancó una mueca de dolor, procuró ocultarla, ya que ella no mostraba signos de que la noche pasada sobre el suelo duro y helado le hubiera molestado demasiado. Había leído en alguna parte que las mujeres poseen una capa espesa de grasa que les permite soportar el frío mejor que los hombres. Ahora se sentía inclinado a admitir que era verdad.

Sus dientes comenzaron a castañear y se maldijo mentalmente por su escasa adaptabilidad y resistencia. De pronto comenzó a temblar y contuvo el aliento. La miró y vió que su pecho subía y bajaba a un ritmo normal y que ni siquiera se le había puesto carne de gallina. Se hubiera sentido mucho mejor si ella se quejase del frío. De repente advirtió que había perdido los empastes de su dentadura, y que empezaba a dolerle los dientes afectados.

—¿Qué te imaginas que puede haber pasado, Devan? —preguntó Betty, volviéndose hacia él—. ¿Sabes dónde estamos?

—No tengo idea. Hemos pasado a través de la aguja, con otra mucha gente. Fuimos desplazados hacia adelante o hacia atrás en el tiempo, o algo parecido.

—Daría cualquier cosa por una buena taza de café.

—Yo quiero huevos con jamón y tostadas. . .

—Cállate, Devan ya es bastante molesto tener hambre, sin necesidad de recordarlo.

—Perdona. Bueno, no podemos pararnos aquí toda la mañana. Pero yo no voy a dar un paso sin un arma, de cualquier clase que sea.

Comenzó a caminar hacia los árboles.

—Espera —Betty corrió hacia donde él estaba—. Si nos movemos de aquí..., bueno podemos encontrar a alguien y...

El compartió por un instante el azoramiento de ella.

—He mandado toda mi ropa al lavadero —añadió sonriendo—; pero entiendo lo que quieres decir. Habrá que hacer algo.

Dió una vuelta por el terreno cubierto de ramas caídas de los árboles y eligió una que le pareció fuerte y liviana; volvió a donde estaba Betty, que se preparaba una falda con una serie de hojas sujetas por una ramita flexible que rodeaba su cintura. Unas cuantas hojas atadas entre sí completaban el atavío.

—No es mucho —dijo ella— pero puede servir . . . por lo menos para el caso de que nos encontremos con alguien.

—Si te vistes para el desayuno, yo también voy a hacerlo.

Y Devan se arregló una falda para él.

—Maravilloso —aplaudió ella—: la úl-

tima moda masculina. El tejido me gusta también.

Devan recogió su garrote, lo sopesó e hizo con él algunas fintas.

—Si los hombres han de retornar a la edad de piedra, nosotros retornaremos con ellos y hay que ponerse a tono.

—Me parece que yo también me sentiría más a gusto con otro garrote —dijo Betty—. No es que no tenga confianza en ti, Devan, pero quiero estar segura. Seamos prácticos. Dos contra uno tienen más posibilidades, si tropezamos con algún atávico que no crean en las faldas...

Cuando llegaron al borde del talud que conducía a la playa y pudieron mirar hacia abajo, se detuvieron. Allí yacían varios cuerpos, algunos fuera del agua, otros semisumergidos, moviéndose rítmicamente con las olas. Toda la extensión de la playa estaba cubierta de pisadas, pero ningún ser viviente se ofrecía a la vista.

Descendieron hacia la rada. Caminaron a lo largo de la playa, desviándose a veces y describiendo una vuelta para evitar los cuerpos que yacían inmóviles. Devan sólo pudo reconocer a uno de los muertos.

—Spencer O'Grady —exclamó—: uno de los accionistas. Era demasiado viejo para salvarse, supongo.

—Horrible —murmuró Betty, apartándose.

—Me pregunto si el doctor Cóstigan y alguno de los otros consiguió salvarse.

—¿Dónde estarán? Seguramente...

Devan se volvió rápidamente hacia ella, y al ver que miraba hacia el cielo,

dirigió su vista en la misma dirección. El humo de una hoguera ascendía pesadamente detrás de la cumbre de la distante colina.

—Debe ser algún boy scout —dijo Betty—. Tal vez estén preparando el desayuno y lleguemos a tiempo. Vamos.

El la sujetó con una mano.

—No vayamos demasiado aprisa. Si esa gente puede convertirse en salvajes tan fácilmente como lo demostraron anoche, de la misma manera pueden convertirse en caníbales.

CUANDO llegaron a la cumbre, observaron que el fuego ardía detrás de una colina, un poco más al norte. No se veía un ser viviente. A Devan le sorprendió que no hubieran encontrado a nadie vigilando para dar aviso en caso de peligro.

—¡Devan!

Betty le tiró del brazo. El se volvió rápidamente, levantando su garrote como para defenderse. Ella señalaba al suelo. Devan trató de encontrar la serpiente que le había dado ese sobresalto. No pudo descubrir sino unas matas de pasto y una o dos florecillas silvestres.

—¡Es curioso! —exclamó ella arrojándose y acercando su rostro a una de las flores.

—¿Qué es lo que tiene de chocante esas flores?

—Es una *Claytonia virginica*...; no tiene nada de raro, ya lo sé. Pero es que ésta tiene seis pétalos en vez de cinco, como las demás. ¿No lo ves?

Devan se arrojó a su vez y exa-

minó la minúscula florecilla. No encontró nada que le llamara la atención. Betty se levantó y dió unos pasos, tratando de encontrar alguna otra.

—Conozco mis flores; y ésta es una claytonia, o yo estoy ciega. Sólo que es diferente de cuantas he visto hasta ahora.

—Quizá en los tiempos prehistóricos los hombres tuvieran seis cabezas —dijo Betty, irguiéndose—. ¿Crees realmente que estemos en los tiempos prehistóricos, Devan?

—No lo sé. Lo que creo es que haríamos mejor en ir a averiguar quién ha encendido aquel fuego. Estoy cada vez más hambriento.

Betty vacilaba antes de abandonar su flor.

Esto me hace pensar de un modo diferente. Me hace creer que estamos en un lugar extraño.

Reanudaron la ascensión hacia la cumbre de la colina. De pronto, un chillido agudo surgió detrás de ellos. Devan oyó que alguien se acercaba corriendo. Levantó su mano para detener a Betty y se adelantó en actitud de ir a luchar por su vida y por la de su compañera.

La señorita Beatriz Treat bajaba corriendo velozmente y al verlos se detuvo sorprendida. Vestía una falda de ramitas y hojas que pendían como oropeles. Finalmente acertó a decir:

—Señor Tráylor. ¡En el nombre del Cielo! ¿Qué hace con ese garrote?

Se acercó a ellos y echó una mirada a Betty.

Devan comprendió que Beatriz estaba haciendo comparaciones mentales sobre la moda del momento.

—Permítame que las presente —dijo—. La señora de Peredge. La señorita Beatriz Treat.

Las mujeres cambiaron afectuosos saludos.

—La señora de Peredge es... era la secretaria del doctor Cóstigan —explicó

Devan—. ¿De dónde viene usted?

Beatriz señaló hacia arriba.

—Estamos detrás de aquellos árboles. Nos acaban de dar las órdenes de trabajo. ¿No es formidable?

—¿Órdenes de trabajo? —preguntó Betty.

—Sí. Tengo que darme prisa.

—Darse prisa; ¿para qué?

—Tengo que arrancar algunas raíces, señor Tráylor. Los indios acostumbaban a comerlas. ¿No lo sabía?

—No —negó con la cabeza.

—Verdaderamente, tengo que marcharme.

Miss Treat dió media vuelta y se alejó.

—Al parecer las cosas no se presentan tan mal como anoche —dijo Betty—. En todo caso, ya está organizado el trabajo.

Una vez más volvieron a iniciar la marcha; pero antes de llegar a la cumbre, Devan se detuvo e hizo que Betty se volviera hacia él.

—Oye una cosa —dijo.

—¿Qué?

—No sé lo que va a suceder cuando estemos allá arriba, pero quiero hacerte saber que mi deseo es que sigamos juntos. No sé cuándo, cómo, ni siquiera si podremos regresar; pero hasta que regresemos, te pido que estés conmigo.

—Esperaba que me lo pidieras.

No se resistió cuando él le tomó la cara entre las manos y la besó.

DESDE la cima vieron una pendiente que conducía a un espacio circular, un calvero del bosque, en cuyo centro humeaban los residuos de una inmensa hoguera. Un pequeño grupo que estaba junto al fuego se dió vuelta para mirarlos.

—¡Devan Tráylor! —gritó uno de ellos corriendo a su encuentro.

Por un momento, Devan no pudo saber que se trataba de Orcutt, un Orcutt sin sus costosos trajes y sin su

Papelerías

Se ha fabricado en forma experimental un papel a base de nylon y otras fibras sintéticas, 10 veces más sólido que el papel común y que puede plegarse 200 veces sin romperse. Además es resistente a las substancias corrosivas, al moho, a la humedad y a la luz.

eterna pipa, pero Orcutt a pesar de la falda vegetal, con su cuerpo robusto tan impresionantemente erguido como siempre. Los demás lo siguieron.

—¿Dónde han estado? —preguntó Orcutt tomándole la mano y apretándola con fuerza—. Temíamos que no hubieran podido salvarse. —Miró a Betty—. ¿Cómo le va, señora de Peredge? Me alegro de que hayan venido.

—¡Que el diablo me lleve! —gritó Sam Otto, que se acercó con su cara redonda, resplandeciente por el sol y la alegría, y mordiendo algo que Devan tomó por un habano y resultó ser un tizón encendido—. Pensábamos que te habías ahogado. ¿Dónde te has..? ¡Oh! —Echó una mirada a Betty—. Ya veo. Ahora sabemos por qué te extraviaste anoche.

Betty se ruborizó, y al sentirse ruborizada, subió de punto su rubor.

Disponíase ella a contestar algo, cuando llegaron el doctor Cóstigan, Hómer Párrer, James Holcombe, Hóward Toombsberry y otros, y hubo que saludar a todos.

—¡Glenn Básher! —gritó Devan al ver a éste un poco lejos—. ¿También tú estás aquí?

—Ya ves que sí —contestó con una mueca—. Durante mucho tiempo creí que nadie iba a venir. Y de pronto... ya ves.

—¿Y el detective Griffin?

—Está por ahí cerca.

—Somos el comité organizador, Devan.

—Bueno, no desperdiciemos el tiempo —dijo Toombsberry—. Tenemos mucho que hacer. Puede que después haga frío.

—¿Quién dirige todo esto? ¿Tú, Orcutt?

—Sí... temporalmente.

Cuando Devan y Betty hubieron saludado a todo el mundo, el grupo regresó al claro del bosque.

—Por lo que hemos podido dedu-

cir —dijo Orcutt a Devan—, un radio de aproximadamente dos manzanas en torno del edificio, fué afectado por el repentino cambio eléctrico de la aguja. Al menos ésa es la zona donde vivían las personas con las que hemos hablado. Ninguno vivía a más de trescientos metros. Unos pasaban en auto, otros estaban en la cama, en el baño, comiendo, rezando, afeitándose, durmiendo, dedicados a toda clase de actividades, que fueron interrumpidas por la súbita inmersión en el lago.

—Cuénteles lo de Eric Súdduth —dijo Básher—. Le va a gustar muchísimo.

Orcutt se echó a reír, pero pronto se calmó.

—No lo tomemos a broma. Para esa gente es un asunto muy serio.

—Es indecente. Eso es lo que es.

Devan miró para ver a quién pertenecía esta voz, y vio a la señora de Charles Petrie, ataviada con una falda de hojas y una estola del mismo género, que desgraciadamente no hacían más que atraer la atención hacia aquellos que trataban de ocultar.

—Además —continuó la señora—, se van a morir de frío. ¿Cómo podrán vivir así?

—¡Eric Súdduth y su banda...! —dijo Toombsberry con disgusto.

—Anoche, cuando todos salimos del agua y nos repusimos un poco en la playa —dijo Orcutt—, divisamos el resplandor de la hoguera. Por eso vinimos hacia acá.

—Yo tenía la leña preparada —dijo Glenn Básher—. Me imaginaba que tal vez pasaría algún avión. Aprendí a hacer fuego frotando la madera. Y anoche, cuando oímos las explosiones y la conmoción, supusimos que pasaba algo, y encendí el fuego.

Devan decidió que eso debió suceder inmediatamente después de su lucha con el hombre de la playa y su fuga con Betty hacia el escondite del

matorral. No fueron descubiertos por la simple razón de que todo el mundo se había dirigido hacia el fuego.

—Fué bastante serio al principio —dijo Orcutt—. Todos trataban de acercarse lo más posible al fuego, y algunos estuvieron a punto de caer en las llamas. El teniente Johnson y cuatro de sus hombres, tuvieron que armarse con garrotes para mantener el orden. Pensamos que no sería prudente permitir que cada uno encendiera su propia hoguera. La maleza está muy seca por aquí... Lo primero que tuvimos que hacer fué arreglarnos los dientes. Encontramos un dentista retirado, el doctor Van Ness. Parece ser que lo conoce mucha gente. En todo caso, él nos ha recomendado que nos pongamos barro en los dientes, en el lugar donde estaba el empaste. Con ese procedimiento, a mí me han desaparecido los dolores. El doctor Van Ness está tratando de encontrar cera de abejas. Asegura que nos resultará mucho más cómodo. Bueno, no hablemos más de dientes. Después de eso celebramos consejo de guerra... de guerra contra lo que encontramos por los alrededores, aunque todavía no hemos encontrado nada.

—Yo sí he encontrado algo —dijo Betty, y todos la miraron al instante—: una claytonia con seis pétalos.

Como nadie hizo ningún comentario, añadió:

—Tal vez ustedes ignoren lo raro que es una cosa así.

—¿Quiere usted decir que donde estábamos antes, no tenían seis pétalos? Betty asintió.

—Tenían solamente cinco. Podría ser que a todas las cosas les ocurra algo por el estilo en este lugar.

—Bien. Ya iremos viendo a medida que pase el tiempo —dijo Orcutt—. Pero volviendo a lo que estábamos, sepan que hemos distribuido a todos en equipos diferentes: unos van a buscar leña; otros, a buscar comida; otros,

a explorar, y otros nos dedicamos a planear las cosas.

—Era cuestión de arremangarse y trabajar, o morir —dijo Toombsberry—. Y es mucho más fácil si todo el mundo colabora.

—Todo transcurría perfectamente —continuó Orcutt—, hasta que Eric Súdduth se levantó y nos injurió por oponernos a la voluntad de Dios. Y todo porque habíamos formado un comité encargado de estudiar el problema de la ropa.

La señora de Petrie agregó:

—Dijo que si no hubiera sido por la voluntad del Señor, no estaríamos aquí. Que si la intención de Dios hubiera sido que anduviéramos vestidos, ya nos habría proporcionado ropas. Anduvo diciendo por ahí que esto era el cielo, y que él se iba a adorar a Dios. Convenció a unos cuantos para que lo acompañaran.

—Pero no se marcharon hasta que el sol estuvo bien alto —gruñó el doctor Cóstigan—. Sacaron todo el provecho que pudieron de nuestro fuego.

—¡Imagínense: queriendo andar por el mundo completamente desnudos! Orcutt se encogió de hombros.

—Son nada más que treinta. Tenemos demasiadas preocupaciones como para añadir esta también. Nosotros somos trescientos veintiocho, sin contarlos a ellos.

—¿Te parece que Súdduth podrá causarnos molestias?

—No creo, a menos que él y sus acólitos pasen mucha hambre o mucho frío, o cualquier otro inconveniente. Pero mira, Devan: estamos metidos de lleno en la acción, y tienes que ayudarnos. ¿Conoces algo de caza, de pesca o de tender trampas? Eso es lo que necesitamos en primer término.

—No he visto ningún animal por aquí —dijo Devan—. ¿Están seguros de que los hay?

—Han huído todos —dijo Básher—.

Cuando aparecí yo, se asustaron y no volvieron durante varias horas. Hay que estar preparados, sin embargo, en lo que a caza se refiere.

—¿Por qué?

—Los conejos no son exactamente conejos. Las orejas son un poco más cortas, y sus rabos son largos, parecidos a los de los gatos.

—Básher ha estado viviendo de musgos y líquenes —dijo Orcutt—. Intentó pescar, pero no lo consiguió. Ahora las cosas están más o menos organizadas. Podremos pescar antes de lo que podía esperarse.

—Encontramos a la señorita Treat que iba corriendo a su trabajo —dijo Betty—. Iba a arrancar raíces. Afirma que los indios acostumbraban a comerlas.

—No soy autoridad en esa materia —dijo Orcutt—. Una pareja de boy scouts, que pasaron a través de la aguja, saben muchas cosas acerca de los indios. Otros que nos han sido muy útiles fueron dos hombres que hicieron cursos de salvamento en el ejército y en la armada. Hemos enviado un grupo a enterrar a los muertos; otro a pescar al lago, intentando agarrar los peces con las manos; otro está haciendo redes de pescar con juncos. Esto nada más que provisionalmente, claro está. Esta mañana, cada uno de nosotros se unió al grupo cuyas tareas eran más adecuadas para él. Un ex empleado de funeraria se ha puesto a la cabeza del destacamento de enterradores. La señorita Treat está en el grupo que se dedica a buscar bulbos y raíces comestibles. Otros están buscando berros, apios, nueces. Las orillas suelen esconderlas en grandes cantidades. Básher cree que vió una o dos ardillas antes que cayéramos acá nosotros, ¿no es así?

—Sí —dijo Básher—. Las tres que yo vi eran blancas; quizás a alguien le interesa saberlo.

—Hay otro grupo que está dedicado a la búsqueda de piedras que sirvan de martillos, hachas y pedernales. Tenemos que hacer un chisquero. Otro grupo está recogiendo los troncos caídos, para construir chozas, y otros están afilando las puntas de las ramas secas, para proveerse de flechas y poder cazar con arco. No nos moriremos de hambre.

Devan comentó:

—Me da la sensación de que todo está bien dirigido.

—Por ahora, sí; es verdad. La comida es asunto primordial, ahora y siempre. Tan pronto esté asegurada, empezaremos a pensar en condimentarla, en construir viviendas auténticas, en la preservación de la salud... Va a haber mucho trabajo. ¿Qué te gustaría hacer? Yo querría que te quedases conmigo, si es que no te molesta. Tengo un trabajo para ti. El más importante de todos.

—¿El más importante de todos? ¿De qué se trata?

Orcutt le preguntó sonriendo:

—Tú eres ingeniero, ¿verdad?

—Sí, pero no el único. Y por lo que veo, no es necesaria ahora, aquí, la ingeniería.

—Ahora mismo puede ser que no; pero lo será más adelante.

—Todavía no veo por qué. Para improvisar viviendas no se necesita ningún ingeniero, y menos aún ingenieros electrónicos.

—Tú querrás volver a Chicago, ¿no?

—Seguro; pero ¿eso qué tiene que ver con el asunto?

—Que podremos volver mediante la aguja que construyamos aquí.

—Es cierto —dijo el doctor Cósti-gan—. El tubo que arrojó Blaine estropeó todos los circuitos. Me imagino que algunas de las bobinas quedaron fundidas.

—¿Y en consecuencia...?

—En consecuencia, construiremos otra aguja, Devan —dijo Orcutt.

CAPITULO 12

DEVAN se echó a reír ante la idea de construir una aguja en el desierto en que se hallaba. Era completamente imposible. Se necesitaría electricidad, tornos, forjas, alambres, tubos de radio y un millón de cosas más. ¿Cómo era posible que Orcutt lo olvidase?

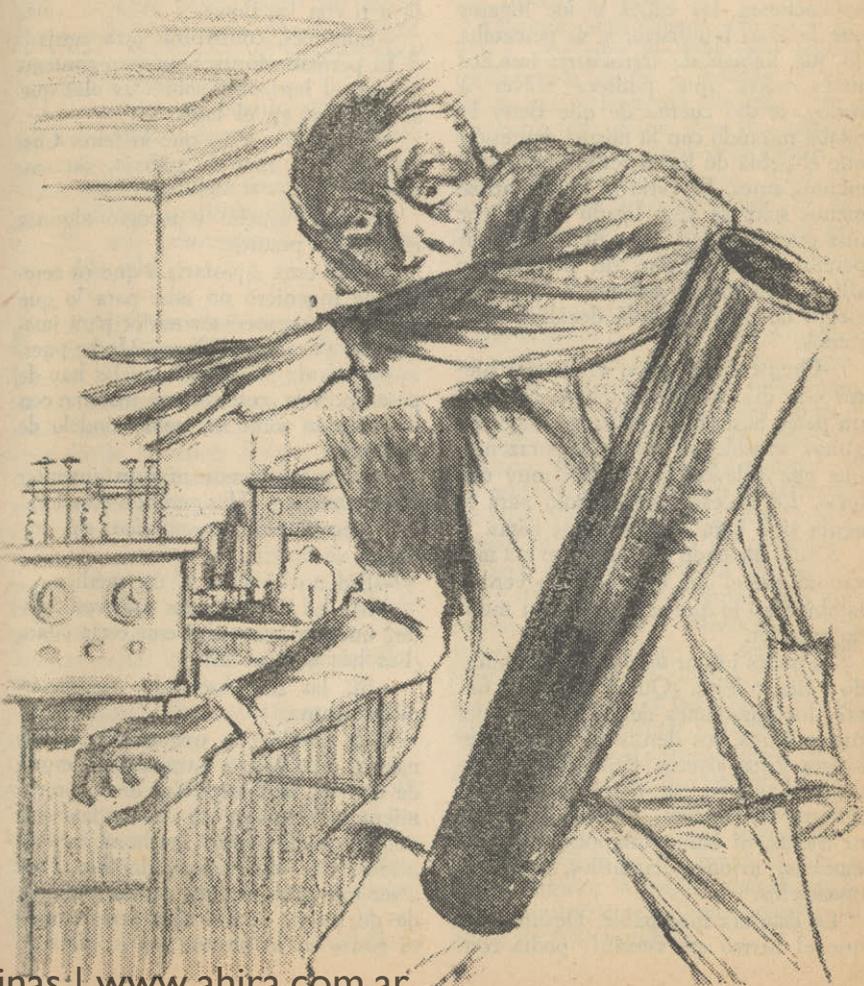
—¿Dónde vamos a conseguir el hierro? Contéstame a esta pregunta si se

te ocurre alguna posibilidad...

—Ignoro la respuesta. Lo único que sé es que deseo volver, como lo desean todos. Y la aguja es el único medio para conseguirlo.

—Pero el hierro...

—¡Demonios, no somos salvajes, Devan! Por el hecho de venir a este lugar no hemos dado un salto atrás, supongo. Conservamos nuestros cerebros. Todo lo que necesitamos es fuego,



un horno de fundición y algún mineral ferruginoso, ¿no es así?

Devan volvió a reírse. ¡Un horno de fundición, por cierto! De pronto, este pensamiento le hizo ponerse serio y lo enfrentó con el hecho de que Lucile y los niños se encontraban lejos, muy lejos; muchos años de distancia. Se estremeció. El recuerdo lo llenó de un sentimiento de soledad como no había experimentado en muchos años. Mientras evocaba nostálgicamente los rostros, las habitaciones, las calles y los lugares que le eran familiares, y se percataba de que habían de transcurrir muchos meses antes que pudiera volver a verlos, se dió cuenta de que Betty lo estaba mirando con la misma expresión que él debía de haber tenido unos momentos antes. El verla le hizo sentirse menos solo; se veía ligado a ella por una gran afinidad, pues Betty también percibía que habrían de permanecer allí durante mucho tiempo. Y Devan se alegró de que hubiesen decidido estar juntos.

—Orcutt tiene razón en lo del hierro —le dijo a Betty, cuando hicieron un paseo hasta la playa para recoger algunos crustáceos, cuyos caparazones, una vez afilados, podían ser muy útiles—. Lo necesitamos no sólo para la aguja sino para otras muchas cosas.

Siguió diciendo que el hierro era más valioso que el oro. Que esto era verdad también en lo que se refería a su mundo anterior.

—Puedes juntar todo el oro del mundo y tirarlo lejos. ¿Quién notará su falta?: los guardianes de las bóvedas del fuerte Knox, los dentistas, algunos relojeros y los joyeros. Pero, si desapareciera el hierro, se derrumbaría toda nuestra civilización. No habría acero, ni tijeras, ni autos; tampoco existirían motores, aviones, cuchillos, cañones, rascacielos.

La lista era inacabable. Devan sabía que el hierro era versátil: podía con-

vertirse en el metal más resistente o el más frágil, fuerte o débil, blando o duro; podía ser magnético...: dependía del metal con que fuese mezclado y del tratamiento a que fuese sometido en la caldera.

—Ahora comprendo por qué eres ingeniero —dijo Betty—. Hablas de estas cosas como si no hubiera nada más en el mundo. Te gusta tu trabajo, ¿verdad?

—Desde luego. Lo mismo que te pasa a ti con las flores.

—Entonces, construirás otra aguja.

El permaneció un momento contemplando el horizonte sobre las olas que se agitaban en el lago.

—Sí —dijo—, creo que lo haré. Costará algunos años de trabajo, sin embargo.

Betty se agachó y recogió algunas espinas de pescado.

—Mira esto. Apostaría a que tu cerebro de ingeniero no sabe para lo que sirve. Es necesario ser mujer para imaginarlo. ¿Ves mis alfileres? Me he puesto espinas de plantas y aquí las hay de pescado. Voy a escribir un informe con mi opinión sobre el mejor modelo de alfileres.

—No necesitamos ningún inventor de pequeñeces. ¿Has pensado en ello?... —Necesitamos un químico, sin embargo... —

—Eso no es todo. Y un médico... —

—Me he fijado en las mujeres... Están un poco asustadas con estas cosas. ¿Las has observado?

—Sí, las he observado, particularmente a una.

Y la señaló con una sonrisa a ella misma. Ella estaba encantadora, erguida con los pies hundidos en la arena, mientras el viento hacía ondear sus negros cabellos sobre los hombros desnudos. Era una visión adorable. Pese a ser más pequeña que él, no tenía nada de frágil. Había algo atractivo en su gesto, en su postura, en la línea re-

donda de su pecho, en la suave curva de sus labios, y había un brillo desafiante en su mirada. El recogió el desfilio, y la sintió cálida, suave y flexible al tomarla en sus brazos.

Después se sentaron en las rocas y permanecieron un rato contemplando el vaivén de las olas.

—La tarea que nos aguarda está por encima de nuestra imaginación. No tenemos ni una navaja para empezar.

—Hace un rato hablabas de un médico... ¿Qué podría hacer sin medicamentos? No podría poner ni una inyección. No tendría ni siquiera una jeringuilla hipodérmica.

—La tendrá en cuanto consigamos fabricar vidrio y hierro. Y los medicamentos... —

Las piedras estaban frías y el aire iba perdiendo su agradable tibieza.

—No nos preocupemos ahora por eso —dijo ella.

CUANDO se reunieron en torno del fuego encendido en el calvero del bosque, poco antes de lo que les pareció el mediodía, Devan observó que todas las mujeres habían seguido el ejemplo de la señora Petrie, y vestían nuevas faldas y estolas de hojas, mucho más prácticas que las anteriormente confeccionadas durante la noche.

Había una buena cantidad de peces extendidos sobre la hierba. Algunos hombres explicaban cómo los habían pescado a mano y mediante unas pequeñas redes tejidas con junquillos tiernos.

La señorita Treat aportó una buena cantidad de bulbos y raíces, y quedó muy satisfecha cuanto Howard Tookberry lo felicitó por lo bien que había llevado a cabo su tarea matutina. El teniente Johnson y sus hombres habían cazado unos veinte conejos, y estaban ahora despellejándolos y preparándolos para el asador, mediante trozos de roca afilados que servían de cuchillos.

Los chicos, casi incapaces de dominar el apetito, merodeaban en torno a los montones de nueces.

La escena hizo estremecer ligeramente a Devan. Le recordaba las composiciones con figuras de cera del Field Museum de Chicago.

Se sorprendió cuando notó que su apetito quedaba completamente satisfecho con la rústica comida. No había sal ni pimienta ni pan; nada excepto un trozo de conejo, un pececillo, algunas nueces y berros.

Después de la comida, Orcutt se subió a una pila de leña que habían transportado desde el bosque, y alzó las manos reclamando silencio. Pese a su rostro sin afeitar y a sus cabellos canos, sus ojos oscuros y brillantes seguían imponiendo respeto. Todavía conservaba sus dotes de mando. De sus palabras, Devan dedujo hasta qué grado se habían organizado durante la noche.

Orcutt anunció que, como había sobrado algo de comida, se iba a necesitar menos gente en los grupos encargados de proveerla. Pidió voluntarios para construir una canoa, para explorar los alrededores en busca de algún yacimiento mineral. Envío a algunas de las mujeres a amasar barro para modelar ollas, vasos y platos; a otras a ejercitarse en el manejo de un rudimentario telar construido aquella misma mañana. Dispuso que el grupo más numeroso se dedicase a transportar ramas y leños para edificar una serie de refugios dispuestos en círculo en torno al fuego, de diferentes tamaños, a fin de albergar a las distintas familias.

Era muy satisfactorio tener a un hombre de la capacidad de Orcutt dirigiendo las labores, pensó Devan. Observó las caras de los que le rodeaban, sin descubrir a los dos hombres que la noche anterior lo habían atacado en la playa; probablemente pertenecerían al grupo de Eric Sudduth.

Cuando llegó la noche y encendieron el fuego, los que había tomado parte en el experimento de la aguja se sentaron juntos cerca de la hoguera. Algunos otros se sentaron a comentar los incidentes de la jornada; pero la mayoría de las familias se habían llevado leños encendidos para tener fuego en frente de sus chozas.

—El hemisferio celeste es el mismo —dijo Orcutt—. Allá está la Osa Mayor, aquello es la Vía Láctea y... bueno, de eso pueden estar seguros.

—Bien, pero ¿en qué año estamos? —preguntó Bášher.

—Debemos de estar a varios miles de años en el pasado. De otro modo, habría indios en los alrededores —explicó Sam Otto.

—¿Hay alguien que sepa algo acerca de las estrellas? —Orcutt dirigió esta pregunta a todos los que se hallaban al alcance de su voz.

Un hombre sentado a unos seis metros de distancia, se levantó al oírle y se aproximó.

—Yo sé un poquito acerca de ellas —dijo. Era un hombre alto, con los hombros hundidos y la boca desdentada; un espectro de hombre, demasiado flaco para su estatura. Devan se admiró de que hubiera sobrevivido a la transición—. Mi nombre es Elmo Hodge. Yo tenía un almacén en la calle donde ustedes estaban —se sentó—. La astronomía era mi entretenimiento. Han de ser indulgentes con mi manera de hablar, pues he perdido la dentadura. ¿Qué es lo que quieren saber sobre las estrellas?

—Las estrellas se mueven, ¿verdad? —preguntó Orcutt.

El hombre asintió.

—Sí; aunque muy poco.

—¿Lo suficiente como para que podamos saber cuántos años fuimos desplazados en el tiempo cuando pasamos a través de la aguja?

Hodge lo miró durante un rato, y

después se volvió a los otros, dando muestras de un asombro creciente.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—¿Que no sé...? ¿Qué es lo que no sé?

La mano de Betty apretó la de Devan.

—No ha transcurrido nada más que un día desde que pasamos a través de la aguja.

Las esperanzas de que Hodge pudiera proporcionar alguna información se desvanecieron en Devan. Evidentemente, el hombre no sabía lo que estaba diciendo. Nadie quería dar una explicación. Nadie quería hacerle daño al pobre anciano, y por eso ninguno le dijo que estaba equivocado.

—Ya sé lo que están pensando todos ustedes —dijo el anciano—; pero no es eso, precisamente —con una mano señaló hacia el Norte—. ¿Ven la Osa Mayor? Bueno. Empezando por las estrellas del cuello, la primera se mueve hacia abajo, la segunda se mueve hacia la izquierda al igual que todas las otras, excepto la que forma la pata anterior de la Osa. Esta se mueve hacia abajo, exactamente como la primera. Si estuvéramos en un tiempo diferente de aquél en que vivíamos, la Osa Mayor no tendría una forma tan idéntica a la por nosotros conocida. Estaría deformada.

—Una diferencia de mil años no sería perceptible —interrumpió la voz cascada de Clarence Gleckman, surgiendo del extremo de grupos curiosos.

Hodge frunció el ceño por un instante; después asintió:

—Tiene razón. No se notaría ni aunque hubieran transcurrido diez mil años. Es necesario que transcurran cientos de miles de años para que se pueda apreciar la diferencia.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que está en lo cierto? Explíquenoslo.

—Está bien —dijo Hodge—. Miren a Saturno, situado, en el extremo de Vir-

go, a la derecha y cerca de la Libra: exactamente como estaba anoche, si es que no me he quedado ciego —escrutó el firmamento, durante unos instantes, con expresión concentrada—. Apuesto a que van a encontrar la estrella Polar en el norte. Hace unos pocos miles de años, la estrella Alfa del Dragón era la estrella Polar, y dentro de veinte mil años lo será la estrella Vega de la Lira.

—Bueno. No hay duda de una cosa —dijo Devan—: usted conoce sus estrellas.

—Tengo idea de haber leído algo semejante en alguna parte —dijo Holcombe—. Parece que este hombre está en lo cierto.

—No me importan las estrellas —dijo la señora de Petrie—. Ya las contemplé bastante cuando era joven. Lo que yo quisiera es tener alguna madeja. Siento comeción en los dedos.

—La pondremos a tejer tan pronto como alguien prepare un telar —dijo Orcutt.

Hodge se aclaró la garganta:

—Otra cosa —dijo—. Si conseguimos cristal de roca puedo hacer lentes de telescopio. He hecho centenares de ellas. Con las primeras que haga ahora, observaré a Cástor. Es una estrella doble. Dentro de muy poco tiempo sus dos componentes alcanzarán su máxima proximidad, si el transcurso del tiempo no ha cambiado. No creo que haya variado. ¡Oh!, hay millares de pruebas allí arriba, si uno se toma la molestia de buscarlos.

—¡Así que el tiempo no se ha desplazado! —comentó el doctor Cóstigan, con la mirada fija en el fuego.

—Bueno —dijo la señorita Treat, procurando atraer la atención. Devan se alegró de ver que estaba sentada junto a Tooksberry—. Si este tiempo no es otro... ¿Estoy diciendo tonterías?

—De ninguna manera, querida —Tooksberry acarició su mano, sonriendo, y ella le devolvió una mirada bri-

llante—. Es una pregunta perfectamente válida. Si este tiempo no es entonces, cómo puede ser ahora y no existir Chicago?

—Es un buen problema —dijo Orcutt.

—Yo leí una vez un libro que hablaba de dos mundos idénticos, que al parecer existen al mismo tiempo, ocupando los dos el mismo espacio —dijo Bášher— Fué hace algunos años. La tesis era que hay que suponer que existe un número infinito de mundos posibles; y que si alguien supiera cómo hacerlo, podría trasladarse de uno a otro, permaneciendo en el mismo lugar en el espacio, pero en una posibilidad diferente.

—Es demasiado fantástico —expresó Tooksberry.

—En lugar de tratar de adivinar dónde nos encontramos —dijo la señora de Petrie—, será mejor que empecemos a admitir que estamos aquí y después imaginar algo que nos permita volver a donde estábamos.

—Tenemos el propósito de hacer otra aguja —dijo Devan—. Pero necesitamos mucho tiempo.

—Va a ser una tarea formidable —opinó el doctor Cóstigan.

—No toda la dificultad estriba en que sea un trabajo arduo —dijo Orcutt, jugando con una rama—. Vamos a ver. ¿Y si no podemos hacer la aguja? —con la mirada recorrió los ojos que lo circundaban—. Podemos intentarlo, ya lo sé. Pero suponen que hemos olvidado algo del proceso técnico e industrial. Sabemos que existe; pero no sabemos de qué modo resolver algunos problemas, porque la mayoría de nosotros no tiene experiencia práctica en ese aspecto. ¿Qué va a pasar entonces?

—Haremos una prueba y otra. Y ya nos arreglaremos —dijo Bášher—, de la misma manera que durante la guerra, cuando uno no podía conseguir cierto tipo de tubos de radio y tenía que revi-

sar todo el circuito para adaptarlo a los tubos que había en el mercado.

—Puede ser. Ahora bien. Supongan que construimos otra aguja. ¿Sabemos adónde va a llevarnos cuando la hagamos funcionar? Como decía Básher, quizá nos trasladase a otro de los mundos posibles, que fuera diferente de nuestro mundo anterior y diferente del actual; tal vez a uno habitado por seres distintos de nosotros.

—Ya he pensado en eso —dijo el doctor Cóstigan—, y creo tener la respuesta; si lográramos construir otra aguja, sería exactamente igual a la primera. Puedo decirles que la sección que suministraba la energía a las unidades que crearon el campo de fuerzas que nos proyectó hasta aquí, estaba electrizada con corriente continua. Yo creo que cambiando la polarización (justamente mediante la inversión de todo el sistema alámbrico) crearíamos un campo de fuerzas que nos proyectaría hacia el lugar donde estábamos.

—No sé qué harán ustedes —dijo la señora de Petrie—; pero yo me voy a dormir un ratito. No estoy acostumbrada a tanto ajeteo como he tenido hoy. Buenas noches.

—UN cigarrillo —dijo el inspector Johnson, cuando la señora de Petrie se hubo marchado. Había permanecido en silencio hasta entonces, sentado junto al fuego—. Un cigarrillo, sólo un cigarrillo. Es todo lo que pido. Es lo que más echo de menos. Uno no cree nunca que una cosa tan pequeña reporte una ayuda tan grande, ¿verdad?

—Es un vicio asqueroso e inmundado —dijo Devan—; pero lo adoro.

Betty le golpeó cariñosamente la espalda.

—Y yo también.

—Tal vez encontremos hojas de tabaco en alguna parte —manifestó el doctor Cóstigan.

—Personalmente prefiero la pipa —dijo Orcutt—. Les regalo todos los cigarrillos.

—Ustedes no saben lo que dicen —intervino Sam Otto—. Los cigarrillos son muy flojos. Para poder decir que se fuma, hay que fumar habanos.

—Para mí son como chupar un leño viejo —replicó Devan—. Es imposible hacerlos arder.

El doctor Cóstigan alzó las manos pidiendo silencio.

—Caballeros —comenzó—: existe algo mucho más importante que el tabaco: la uva. Yo me propongo encontrar algunas cepas silvestres en alguna parte. ¿Qué sería de la vida sin algo para refrescar el gahate?

Era una pequeña choza formada por unas cuantas ramas clavadas en la tierra mojada, cuyos extremos sostenían a otras que se cruzaban, recubiertas por una capa de pasto seco. Sobre el suelo habían extendido otra capa y todavía reservaban un montón para cubrirse durante el sueño.

Frente al toldacho de la entrada, ardía un fuego reconfortante.

—¿Lograremos volver algún día, Devan?

Betty estaba echada con los codos apoyados en la tierra, contemplando el fuego, mientras sus cabellos se agitaban por la brisa. Había una nota vibrante en la brisa de la noche primaveral, que era como una promesa de próxima floración. Flotaba también el aroma de muchas hogueras que ardían e iluminaban el campamento, y el aire estaba poblado por el chisporroteo y el crepitar de los troncos encendidos. Devan estaba extremadamente fatigado y soñoliento.

—No lo sé, Betty. No hemos empezado todavía. Tenemos que partir de cero, y si sobrevivir es bastante problemático para individuos de la ciudad, como nosotros, imagínate lo que será la solución de un problema tan terri-

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta N° 1: C. — El polvo fluorescente es excitado por la luz del gas rarificado del interior del tubo, el cual se vuelve luminiscente al ser atravesado por una corriente de electrones.

Respuesta N° 2: E. — Vesta es el único de los planetoides que puede verse en algunas épocas a simple vista desde la Tierra. Para los otros hay que utilizar telescopio.

Respuesta N° 3: B. — Esta misma reacción se produce durante la explosión de una bomba de Hidrógeno II.

Respuesta N° 4: B. — Como un kilo de Uranio equivale a la energía de más de dos millones y medio de toneladas de carbón, puede decirse que el uranio es un combustible con costos de transporte nulos.

Respuesta N° 5: E. — La pituitaria segrega como mínimo cinco hormonas distintas. Se encuentra situada en la base del cerebro.

Respuesta N° 6: C. — El incremento anual de la población ha sido aumentado desde el siglo XVII en adelante desde un 2 por mil hasta el actual algo superior al 8 por mil. Todo hace suponer que por ahora seguirá aumentando.

B. A. C. E. A. A.

BUENOS AIRES CLUB EXPERIMENTAL DE AEROMODELISMO Y ASTROMODELISMO

El Buenos Aires Club Experimental de Aeromodelismo y Astromodelismo (B.A.C.E.A.A.) tiene el agrado de invitar a los lectores de la revista MAS ALLA a las reuniones que se efectúan los sábados a las 17 hs. y los jueves a las 19 hs. en el Instituto Técnico Modelo (I.T.M.) en J. M. Moreno 218, Capital. En las reuniones se plantean temas como el estudio y práctica del aeromodelismo, la fantasía científica, la astronomía, el astromodelismo y todo lo relacionado científicamente con el espacio. Informes particulares por carta a: Sr. Mario Paganini. Paso 1538. San Antonio de Padua F.C.N.D.F.S.

blemente complicado como la aguja. Hay otras cosas, además.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, necesitaremos papel para escribir, para hacer cálculos, para que el doctor Cóstigan pueda reconstruir los diagramas de las maquinarias. ¿Has pensado alguna vez lo que ocurriría si el doctor Cóstigan muriese? En ese caso no podríamos regresar jamás.

—No había pensado en ello...

—Y luego está el problema de la electricidad. ¿De dónde vamos a obtenerla?

—Tú lo resolverás.

—Y aún queda en pie el problema final.

—¿El problema final?

—Es muy fácil para el doctor Cóstigan asegurar que, si se invierte la polarización, volveremos. Pero supongamos que lo hacemos, que invertimos la polarización y en vez de volver, nos desplazamos hacia otra parte. ¿Qué ocurriría entonces?

Betty suspiró.

—Tal vez Sudduth esté en lo cierto. Tal vez fuera mejor abandonarnos, y decir que Dios nos puso aquí, y dejarlo todo en sus manos. Quizá estemos creándonos molestias y preocupaciones inútiles.

Devan movió la cabeza.

—Yo no creo que Sudduth esté en lo cierto. No hay que olvidar aquello de que Dios ayuda a quien se ayuda. Si no nos ayudamos a nosotros mismos, si no nos señalamos una meta, si no nos ocupamos de algo, entonces todo andará mal. ¿Qué habría sucedido si Orcutt no hubiera tomado las riendas y organizado las cosas ni nos hubiera marcado el rumbo?

—Habría sido espantoso.

CAPITULO 13

UN brillante sol de junio calentaba las rocas. Una templada brisa mur-

muraba entre las hojas tiernas y meneaba levemente las flores. En la gran amplitud de los arenales, de los bosques y prados reinaba la actividad. Únicamente las riberas del lago permanecían desiertas. Había mucho que hacer durante la primavera y el verano.

Las aves recién llegadas del lejano sur estaban atareadas en las ramas de los árboles; sus lejanos parientes, las perdices, los patos salvajes y las gallinetas, buscaban los lugares más ocultos para hacer sus nidos. Los castores salían de sus madrigueras, observaban el campo desde el borde de los arroyos y buscaban a sus compañeras. Los pavos graznaban por los alrededores. Para los lobos y los zorros había terminado el largo período invernal y el prolongado ayuno.

En un lugar, casi insignificante en medio de la inmensa extensión de la ribera lacustre, había también gran actividad. Gruesas columnas de humo ascendían hacia el cielo limpio, desde algunos de los muchos edificios construidos con troncos y ladrillos en el amplio emplazamiento. Los penachos de humo provenían de las chimeneas de una serie de fogones que, poco tiempo antes, fueron utilizadas para preparar el almuerzo. Ahora los hombres habían vuelto a sus tareas en los campos, en el bosque, en el lugar donde estaban levantando una estacada. Las mujeres, una vez terminadas sus ocupaciones de mediodía, habían retornado a sus labores, que comprendían desde el trabajo en las ruecas y el tejido en rústicos telares hasta el cuidado del jardín de infantes y la escuela.

Una inmensa nube de humo, que ascendía perezosamente, no provenía de ningún fogón. Surgía de un rincón situado en la parte norte del poblado, donde Devan Tráylor, con la cara sudorosa y cubierta de polvo, manejaba los fuelles con ritmo frenético.

—No será preciso que nos revente-

mos —decía un hombre alto y rubio que manejaba la palanca de uno de los fuelles, movida sin esfuerzo aparente por sus brazos musculosos—. Tendremos el aire necesario. Estos tubos de arcilla ajustan perfectamente, y darán paso al material que caiga en ellos.

—Está bien, Gus —replicó Devan, sin interrumpir su trabajo—; pero yo no deseo calentar el hierro hasta el grado de que se funda y caiga por los tubos. Debieras enterarte un poco mejor de lo que estás haciendo.

—Nunca estuve muy cerca de los altos hornos de Gary —repuso Nelson, con sonrisa bonachona—. Sin embargo, yo sabía de este asunto más de lo que la gente creía. Mientras no calentemos demasiado el hierro, todo saldrá como es debido. ¡Un momento! Déjame manejar los dos fuelles. No necesitamos tanto aire ahora que esto empieza a marchar bien.

Devan se retiró unos pasos, agradecido, contemplando pensativo el horno.

—Necesita algo más de carbón y leña y un poco de mineral, ¿no crees, Gus?

El hombre tosía.

—No... Bueno, yo no sé. Puedes añadir un poco de cada cosa. Nada más que un poco, ¿eh?

Devan hundió la pala en el montón de carbón, cargó una paletada y la arrojó en el horno de incandescencia; después repitió la operación con el mineral. Hizo además de ir a ocupar su puesto en los fuelles, pero Gus movió negativamente la cabeza y sonrió.

Este tenía que ser el hierro de mejor calidad que Gus y Devan hubieran obtenido hasta entonces. En un principio, Devan había solicitado voluntarios para buscar yacimientos de mineral, y muchos hombres suspendieron las tareas que estaban haciendo en el momento, para unirse al grupo que se dirigió a los cuatro puntos cardinales

a explorar el terreno en busca de mineral. Los primeros informes se referían únicamente a los animales que habían encontrado: unos cuantos osos que se refugiaron corriendo en la maleza al ver que los hombres se aproximaban; unos pocos zorros y lobos (un hombre aseguró que había visto un bisonte), y algunos ciervos.

Uno de los hombres halló el campamento de Sudduth, que estaba emplazado a unos treinta kilómetros al sur del lago, y cuyos habitantes vivían en cuevas de piedra caliza. El informante, que declaró no haberse aproximado demasiado, afirmó que la gente de Sudduth seguía observando estrictamente sus reglas y practicando el nudismo integral. Sus amigos le hicieron algunos chistes, preguntándole cómo podía saberlo si, según afirmaba, se había mantenido a bastante distancia. Otros, burlonamente, dijeron que ahora comprendían por qué no había sido capaz de encontrar ni rastro del mineral.

—No había ninguna beldad apetecible en el rebaño —explicó.

—Se ve que las examinaste muy detenidamente —replicó otro.

Y comenzó una amistosa pelea, en la que todos intervinieron.

Finalmente, los hombres encontraron un filón rojizo y blando en el lugar donde menos esperaban encontrarlo: a menos de una milla del campamento y casi a flor de tierra. Pusieron manos a la obra decididamente comenzando a excavar, y los trozos extraídos eran transportados en una especie de rastra de madera, de la que tiraban algunos hombres, mientras esperaban disponer de algún vehículo rodante.

La primera tentativa de Devan para obtener hierro, fué en un pozo abierto en el suelo, llenándolo de material y carbón bajo el soplo de un fuerte viento del norte y la ayuda de Betty, que lo animaba constantemente. Pasados

varios días, dejó apagar el fuego y extrajo la masa de hierro. Era demasiado dúctil y maleable y, desde luego, apenas justificaba el esfuerzo realizado; pero esto no era más que el comienzo.

FUE entonces cuando Gus Nelson, que había participado en las expediciones de caza y pesca, se detuvo una mañana a echar un vistazo para comprobar el estado del proceso de obtención del hierro. Gus había sido previamente designado para el contingente de leñadores; pero rogó que se lo destinara a otra tarea, pues toda la vida le había gustado cazar y pescar y nunca había tenido la posibilidad de hacerlo.

—¿Por qué no pruebas con un horno de fundición? —sugirió.

—Tengo pensado hacerlo —explicó Devan—; pero quería saber qué resultado daba esta instalación tan rudimentaria. Ahora ya lo sé. No es lo bastante bueno.

Devan observó la recia musculatura, el límpido azul de la mirada, la poderosa espalda de su amigo.

—¿Por qué no me echas una mano, en vez de quedarte ahí llenándome de sabios consejos?

—Me parece que es mejor que me vaya a pescar —expresó Gus con franca sonrisa.

—Yo haría lo mismo. Pero necesitamos hierro. ¿Cómo va la pesca?

—Bastante bien.

—Podría ir mucho mejor.

—¿Cómo?

—Empleando anzuelos: anzuelos de hierro.

Devan observó que el hombre se estaba interesando, y continuó:

—Necesitamos arpones, puntas para flechas, cuchillos para cortar y despellear. ¿Por qué no te animas? Constituiremos la sociedad Tráylor y Nelson: lo más parecido a la U. S. Steel Company que se puede encontrar en este lado de la aguja.

La idea le pareció atractiva a Gus y empezó a trabajar. Mediante fuelles hechos con pieles de animales dirigían la corriente de aire a través de una serie de tubos de arcilla hasta el lugar donde depositaban el carbón y el mineral bruto. A propuesta de Gus Nelson, revistieron de piedra calcárea la pared interior del horno. Devan, que recordó que aquella piedra se usaba para reducir y absorber el óxido del mineral, se alegró de que el muchacho se hubiera decidido a colaborar. Una vez que el trabajo hubo comenzado, Devan quiso dejarlo enteramente en manos de Gus. Había otras muchas cosas que también eran necesarias: vidrio, alambre, electricidad. Pero el hierro era fundamental. . .

Fundamental. . . Devan se divertía pensando cuánta importancia daban las

mujeres a los cosméticos, la última cosa por la que él se preocuparía en aquel desierto. Pero el carmín y los polvos tenían su importancia. Las mujeres habían encontrado una sustancia roja, una especie de polvo, casi a flor de tierra. Con ella se habían preparado algunos cosméticos. Hubo de pasar algún tiempo antes que los hombres descubrieran que el lugar de donde las mujeres obtenían los polvos, era un yacimiento de hierro que ellas habían descubierto hacía tiempo, cuando ellos todavía lo buscaban desesperadamente. La harina, la creta y una serie de cosas más, que nada tenían que ver con los polvos faciales que las mujeres acostumbraban a usar, fueron adoptados como sucedáneos. El polvo del mineral, mezclado con grasa animal, producía un lápiz de color bastante aceptable, al cual algunas mujeres objetaban el sabor un tanto desagradable. Y sobre todo, como el aspecto ofrecido por los labios pintados con lápiz auténtico se había borrado del recuerdo de los hombres, el efecto no era tan malo. Lo bastante bueno como para que, con su ayuda, más de una muchacha pudiera pescar a un hombre.

Fundamental. . . Los hombres dedicaron gran parte de su tiempo a la búsqueda de plantas de tabaco. Cuando finalmente consiguieron encontrar un terreno cubierto totalmente de ellas, aparecieron como por ensalmo una enorme cantidad de pipas de arcilla que esperaban ser llenadas.

—La vida en este lado de la aguja no iba a ser tan diferente —reflexionó Devan.

Devan y Gus observaban el negro penacho de humo que surgía del interior de la pared circular del horno.

—Recuerdo que una vez, en la planta de Gary, hubo un escape dentro de los hornos —dijo Gus contemplando despreocupadamente la masa de color rojo opaco que se encontraba en el

túnel de la fundición—. No era abierto como éste. El gas que emanaba era monóxido de carbono, según dijeron. De todas maneras, hicieron evacuar el horno hasta que fué prontamente reparado.

—Puede ser que aquí también se produzcan ahora emanaciones de monóxido de carbono —respondió Devan—. Pero no creo que nosotros vayamos a intoxicarnos. Este lugar está muy ventilado.

—¿Cómo leé va a los metalúrgicos? —saludó Betty acercándose a los dos hombres que permanecían de pie ante el horno—. No comprendo cómo pueden aguantar tan cerca del fuego.

—Estamos acostumbrados —repuso Devan—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería saber de qué tamaño han de ser los moldes de arcilla que se necesitan.

—Mejor será que esperes hasta que saquemos el hierro y lo forjemos.

Ella apoyó su brazo en el de Devan.

—¿Saldrá mejor que el anterior?

—Esta vez será de primera calidad, señora —respondió Gus—. Vamos a obtener hierro colado.

—He oído algo de eso. Es más fuerte que el hierro común, ¿verdad?

—Hay muchas cosas que hacer antes de llegar a eso, sin embargo —explicó Devan—. Tan pronto como el horno se enfríe lo suficiente como para permitir acercarnos, sacaremos el bloque de hierro. . . que todavía estará caliente —se dirigió a una fragua situada al fondo del edificio, donde había una enorme roca de superficie plana sobre la cual estaban preparados varios martillos de distintos tamaños. Después lo golpearemos con estos martillos para hacerle perder toda la escoria posible.

—No tenemos rejilla para separar las cenizas —dijo Gus—. Si las tuviéramos sería más fácil sacar la escoria.

—Una vez que lo hayamos forjado es cuando tus moldes entrarán en ac-

Microscopio de Rayos X

DESPUÉS de varios años de investigaciones se ha perfeccionado un microscopio que en lugar de utilizar la luz o los electrones para iluminar el objeto, utiliza los rayos X. Este microscopio no tiene lentes, y el aumento se consigue en la misma forma que resultan aumentadas las sombras chinescas producidas sobre una pared. Es sabido que la sombra resulta tanto más nítida cuanto más pequeña es la fuente luminosa. En nuestro caso, los rayos X están focalizados en una superficie de sólo un cuarto de micrón de diámetro, y de esta manera se pueden obtener aumentos de 1.500 diámetros.

ción, Betty. Pondremos el hierro dentro de ellos, los calentaremos durante varios días y dejaremos que absorban el carbono y transformen el hierro en acero. Es fácil.

—¿Es así como se hacía al otro lado de la aguja?

DEVAN observó que un hombre salía detrás de una de las barracas de troncos y se dirigía directamente a ellos. Reconoció al doctor Van Ness. El dentista los saludó con una inclinación de cabeza.

—¿No tiene ningún paciente hoy? —preguntó Betty.

—¿Saben una cosa? —se quedó mi-

rando las uñas y elevó las cejas—. No pretendo acusar a nadie; pero, desde que empezamos a administrar el vino como anestésico en las extracciones, tengo más trabajo del que puedo atender.

—Nosotros tenemos también nuestros problemas —gruñó Gus.

—El vino como sustitutivo de la novocaína no pasa de mediocre; pero, desde que el doctor Cóstigan dispuso que se administrase para las extracciones, la gente prefiere sacarse los dientes antes que empastarlos.

—Yo necesito que me empaste algunos —dijo Devan—. ¿Cuándo puedo llegarme hasta allá?



El dentista se sentó en un tronco. —Vea usted a la señorita Anderson. Ella le dirá cuándo podemos atenderlo. Pero no vine en busca de clientes. Vine a hacer una reclamación.

—¿A reclamar por qué?

—Voy a tener que abandonar los empastes hasta que consiga mejor instrumental.

—¿Tiene inconvenientes con los instrumentos que le preparé?

—Resultan bastante molestos. No crea que a los pacientes les entusiasman tampoco —El hombrecillo hizo chasquear la lengua—. Parece una película cómica. Uno está trabajando en una carie, limpiándola con una cucharilla extractora. Bueno, pues cuando uno está más absorto en su labor, ¡zás!, el instrumento se dobla o se hace añicos. El metal es malo. Y me pasa lo mismo con todos los que me hizo.

—Por eso precisamente le hicimos muchos —repuso Gus, muy serio—. Ya sabíamos que no iban a durar demasiado. Creo que se lo habíamos advertido.

Devan señaló con un gesto el horno de fundición.

—Tenemos un nuevo material ahí dentro —dijo—. Cuando lo saquemos, esta vez será diferente. Lo vamos a trabajar de otra manera y después lo vamos a impregnar con carbono. Ya notará la diferencia.

—Eso ya me parece mejor.

—¿Hace usted solo todo el trabajo, doctor?

—Tengo un par de niños que están aprendiendo conmigo. Yo no voy a durar eternamente, como es lógico. Los instruyo sobre todo por las noches: —metió la mano en un bolsillo de su chaqueta de cuero y sacó un pedazo de pergamino—. Aquí tengo el diseño de algunos instrumentos —los señaló con el dedo—: un bisturí... , si pueden hacérmelo... , raspadores, alicates, ex-

cavadores, elevadores, escoplos de mano. Necesito una gran variedad de formas y tamaños, a falta de fresillas.

—Espero no tener que ir nunca a un dentista —exclamó Gus, contemplando los dibujos con ojos muy abiertos—. Una vez fui... y me basta.

—Usted es todavía un niño —dijo el doctor Van Ness—. Afortunadamente tiene una buena dentadura. Puede parecer un adulto, pero todavía es un niño.

Cuando la cara de Gus Nelson enrojeció, el dentista se echó a reír:

—Puse el dedo en la llaga, ¿no es así? Antes nunca me atrevía a decir cosas como ésta. Ahora sí. Ahora puedo permitirme el lujo de decir a mis clientes lo que pienso de ellos.

—Haría mejor en cerrar el pico —dijo Gus.

—¿Qué va a hacer una vez que haya terminado con los empastes? —preguntó Devan—. ¿Puede hacer dentaduras postizas?

—Aquí ha de haber siempre trabajo para dos o tres dentistas —respondió el doctor—. Necesito conseguir más oro, sin embargo. Una buena cantidad.

—¿Por qué no prueba a empastar los dientes con otra sustancia provisoria?

—¿Otra sustancia provisoria? —El dentista se mostró sorprendido—. Esto viene a demostrar lo poco que sabe la gente de odontología. El oro es la mejor sustancia que existe; además tiene una extraordinaria duración. Los dentistas le usarían con preferencia a cualquier otra cosa; pero lleva casi una hora empastar una cavidad con él. Habrían tenido que cobrar demasiado. El oro no se mancha ni se corroe. Con el oro se pueden hacer hojas y filamentos. No hay nada que lo supere. Cuando empasto un diente, acostumbro a limpiar primero la cavidad, y la seco mediante un pequeño fuelle. Después pongo una hebra de oro, tomo el martillo conden-

sador de quince centímetros, y... manos a la obra.

—Muy interesante, doctor —dijo Betty—. Yo...

—¿Se dan cuenta de que tengo que estar bien seguro de no tener menos de siete kilos de fuerza estática en el punto de aplicación del condensador circular, pues de otra manera el oro no se condensaría adecuadamente?

—Me gustaría saber de qué está hablando —dijo Gus Nelson.

Devan sonrió:

—Está diciendo que la magnitud de la fuerza de percusión, que es proporcional al producto de la fuerza aplicada por el cuadrado de la velocidad con que dicha fuerza es aplicada, no debe ser inferior a siete kilos.

Gus se quedó con la boca abierta.

—No se preocupe por eso, Gus —acudió Betty en su ayuda—. Yo tampoco he entendido una palabra. Y no estoy muy segura de que Devan lo haya entendido tampoco.

—¡Ah!, pero ustedes no han oído nada, todavía —dijo el doctor Van Ness, balanceándose frente a ellos—. Esperen a que empiece con las dentaduras. Siempre tuve deseos de hacerlas de oro. Son las mejores. Pero, excepto unos pocos, nadie tenía dinero para pagarlas allá del otro lado de la aguja. Ahora podré hacerlas.

—Eso está muy bien, doctor —aprobó Devan.

—Encontraremos yeso —prosiguió el doctor—. Haremos una pasta y con ella moldes... Voy a necesitar una serie de bandejas para impresiones bucales, señor Tráylor. Las usaré para sacar el molde del arco alveolar —el rostro se le iluminó—. Parece que ya las estoy viendo. Dentaduras de oro...

—Pero, ¿y los dientes?

El doctor se encogió de hombros.

—¿Los dientes? Los tallaré de colmillos de animales. Hay muchas cabras aquí, ¿verdad? No he oído decir que

haya ningún elefante por estos lugares. —Lanzó una carcajada—. ¿Saben que una dentadura de oro costaría ordinariamente más de quinientos dólares? —se frotó las manos jubilosamente—. Va a ser un gran experimento. Todo un gran experimento. Sólo resta esperar que encuentren oro.

ORCUTT tenía mejor aspecto que nunca, según pensó Devan. Tenía un saludable color bronceado y su barbiga había desaparecido. Podía ser un magnífico tipo de hombre, a no ser por la barba que le daba apariencia de profeta.

—Muy buena la comida —dijo Orcutt, recostando su silla contra la pared de troncos. Las correas de cuero que formaban el asiento y el respaldo cruzaron un poco cuando el hombre se balanceó. Dió unas cuantas chupadas a su pipa de arcilla y aspiró el humo con delectación.

—Ya lo creo que sí —asintió Renthaler.

Walter Renthaler era un joven de cabello trigueño, regordete, animoso y de ojos vivarachos, que tendría veinticinco años a lo sumo. Orcutt lo había invitado a la cena, porque el muchacho dijo que tenía que hablar algunas cosas con Devan.

Seguramente se trataría de algo relacionado con la química, según supuso Devan. Renthaler les había resuelto el problema del jabón, ganándose con ello el reconocimiento de todas las mujeres. El fué quien sugirió la idea de echar el agua en un recipiente que contenía cenizas vegetales y tratarlo después con cal apagada, para obtener la lejía que empleaban en hacer jabón. Era químico industrial y estaba de visita en casa de un amigo cuando se produjo el desplazamiento.

Los tres hombres estaban ahora sentados bajo el porche. La llama vacilante de la vela que ardía en el interior ilu-

minaba una ancha franja del suelo. Un perfume de flores flotaba en el aire. Betty las conocería sin duda, pensó Devan, sabiendo que ella estaría disfrutando de su fragancia aun cuando estuviera lavando los platos de barro detrás de la casa de troncos.

—Afortunadamente para nosotros, Wálder fué desplazado también —dijo Orcutt—. Es un gran químico.

—No me presente bajo este aspecto —contestó Renthaler—. Sucede que yo me especialicé en materia de azúcares; pero tengo algunos conocimientos de química general que pueden resultar útiles en estas circunstancias.

—Usted sabe muchísimo, según puede deducir de nuestra conversación —dijo Orcutt, y se volvió hacia Devan—. Quiero que oiga lo que Renthaler tiene que decir. Puede que no lo entienda bien al principio, pero yo se lo aclararé. Hemos examinado ya la cuestión del vidrio, ¿verdad?

—Sí, y la cuestión baterías, radiós, refrigeradores, gasolina, motores, aparatos eléctricos...

—Está bien —Orcutt golpeó suavemente su pipa en una de sus sandalias de cuero—. ¿Por qué aferrarnos a los viejos moldes? Obtendremos vidrio, seguramente, pero no nos detendremos ahí. No tiene sentido que nos quedemos en la Edad de Bronce cuando poseemos algo mejor que el bronce.

—Hemos de pensar en la aguja —recordó Devan.

—Desde luego. Siempre tengo presente que la aguja es la cuestión primordial; pero nos va a costar unos cuantos años.

—No conseguiremos regresar jamás si el doctor Cóstigan no se decide a dejar en paz las uvas y empieza a diseñar los diagramas.

—El los está esperando a ustedes —dijo Orcutt—. Ahora Wálder va a obtener material plástico, con lo cual podremos construir todas las cosas que

sean precisas. ¡Imagínense!... Vivimos en unas condiciones absolutamente primitivas, pero vamos a obtener material plástico. Explíqueme, Wálder. Devan le proporcionará todo lo que precise en lo que se refiere al acero.

—Lo hará Gus Nelson —respondió Devan—. Pienso dejarlo a cargo de los hornos tan pronto como aquello empiece a desenvolverse. Pero, ¿qué es lo que usted tenía que decir, Wálder?

—Bien. Seguramente no ignorará que muchos de los materiales que los hombres han despreciado y desechado como inútiles durante muchos años, tienen aún bastantes posibilidades de empleo.

—¿Se refiere a cosas como huesos de animales, alquitrán de hulla, subproductos del trigo, etcétera?

—Exactamente. Con ellas podríamos hacer platos, tazas, soperas, vasos, tubos... La lista es inacabable, señor Tráylor.

Renthaler era un poco tímido. Su voz era cálida y sus ademanes corteses.

—¿Cómo piensa arreglárselas para obtener material plástico aquí, en el bosque? —preguntó Devan en un tono que le pareció provocativo, llenando su pipa mientras Renthaler lo envolvía con una mirada penetrante.

—Voy a traer fuego —dijo Orcutt, desapareciendo en el interior.

—Mediante la caseína —replicó Renthaler—. La caseína puede obtenerse del suero de la leche tratado con formaldehído. El aspecto de celulosa, de los copos de algodón tratado con ácido acético en presencia de un catalizador: ácido sulfúrico. Tal vez lo más seguro fuese la resina de fenol y formaldehído. Sería el procedimiento más fácil.

Devan hizo una mueca.

—¿De dónde obtendrá el fenol?

—Mediante la destilación fraccionada del carbón.

—Necesitará vidrio.

—No es ése el mejor método. Existen muchos otros.

—¿Cómo conseguirá el formaldehído?
—Se puede obtener por oxidación del alcohol metílico.

—Está bien. ¿Pero de dónde sacaremos el alcohol metílico?

—Es alcohol de madera. Basta calentar madera en el vacío. Y tenemos madera de haya y abedul, que son las mejores.

—De nuevo la destilación, ¿eh?

Renthaler se encogió de hombros.

—¡Oh!, ya sé que no es fácil; pero es más sensato tantear en esta dirección que en cualquier otra. Las ventajas de los recipientes de material plástico sobre los de vidrio son evidentes.

—Estoy seguro de ello.

—Su mujer tiene que volver a usar platos de material plástico.

Devan se echó a reír.

—Parece increíble. Vivir como estamos viviendo, y hablar de plásticos. Es un anacronismo.

—Si pudiéramos conseguir habas, trigo y algodón, nos arreglaríamos, señor Traylor.

—En más de un aspecto, diría yo, Wálder.

—Ya estoy viendo polistireno, resinoídes vinílicos, nylon, rayón, caucho sintético. Será maravilloso trabajar.

Devan vió asomarse a los ojos de Rendhaler la misma expresión que había visto en los ojos del doctor Van Ness: inteligencia, curiosidad, interés y paciencia. Sí, mientras existieran hombres como ellos, la construcción de una nueva aguja no sería una quimera. Devan estaba seguro de ello.

Orcutt regresó con un trozo de leña ardiendo, y los dos hombres encendieron sus pipas.

—Le ayudaré en todo lo que esté a mi alcance —dijo Devan—. Hágame saber lo que necesita. Voy a trabajar en el vidrio con Glenn Básher, próximamente. Tal vez quiera ayudarnos. Si acepta, ello podría acelerar su proyecto.

Estamos realizando grandes progresos, señores —dijo Orcutt cruzando sus manos detrás de la nuca—. En breve comenzaremos a producir papel.

—Me maravilla cómo lo están haciendo —repuso Renthaler—. ¿Sigue pensando todavía en hacer escribir a cada uno de nosotros todos los poemas que recordamos?

Orcutt movió la cabeza. Estaba ausente, sus ojos perdidos en el cielo estrellado.

—Sí, todo lo que cada uno haya conservado, incluso argumentos de películas, de comedias... Queremos que sean escritos de algún modo. Precisamente en el caso de que no consiguiéramos volver, tendríamos algo digno de ser preservado.

—Está bromeando —dijo Renthaler—. Hemos de volver. El hombre que inventó la aguja está entre nosotros, ¿no es así? El debe hacernos regresar.

—Ya veremos —dijo Orcutt—. Esperemos que pueda hacerlo.

CAPITULO 14

AUNQUE Eric Sudduth y sus cuaces se habían alejado y ocultado en las cuevas situadas a unos treinta kilómetros al sur de Nueva Chicago, no por eso habían dejado de ser tema de conversaciones y conjeturas. Aquella zona, que serviría como cantera para la extracción de piedra calcárea utilizable en la fundición de metales y en otros procesos, era el hogar de los únicos vecinos de que la gente de Orcutt tenía noticias.

Cuando los de Nueva Chicago hacían expediciones de caza, evitaban invariablemente adentrarse en la región de los sudduthitas; pero a veces se habían acercado lo suficiente para observar su método de vida. Los informes entregados a Orcutt, decían, en resumen, que los sudduthitas no habían modificado sus ideas sobre la vestimen-

ta, que tenían fuego y que habían fabricado armas para cazar y para defenderse de los animales salvajes.

Los informes proporcionados por los cazadores no habían sido tan claros ni tan completos como los suministrados personalmente por las parejas que habían regresado del campamento de Sudduth, en demanda de asilo (Sudduth había dispuesto la muerte para los desertores), pidiendo establecerse en Nueva Chicago hasta que la aguja estuviera terminada y pudieran regresar a sus casas. Se mostraron sorprendidos al ver que ya estaban en ejecución los planes para una nueva aguja.

Hacia mediados de junio habían regresado tres parejas, y la razón era muy sencilla: las mujeres estaban embarazadas y no les agradaba la idea de dar luz en un ambiente tan primitivo. Al menos ésta era la razón aparente. Es posible que además los impulsase la perspectiva de un invierno sin ropas y en una caverna helada.

Los seis conversos fueron instalados rápidamente y sin esfuerzo. Les asignaron tareas que correspondían a su experiencia pasada, a sus aptitudes y a sus deseos. En compensación, les construyeron tres casitas de ladrillo, dentro del gran espacio cerrado por la empalizada, y su anterior identificación con el otro grupo fué olvidada prontamente.

Por lo que ellos contaron de Sudduth y de su ayudante Orvid Blaine, los pobladores de Nueva Chicago pudieron hacerse una idea de cómo iban las cosas en el sur. Como suponían, Sudduth y Blaine eran los cabecillas del grupo, dirigían todas las actividades y establecían las normas. Devan se entristeció al saber que aquellos dos hombres mantenían a su gente en un estado de virtual esclavitud, exigiéndole lo mejor de la comida y no moviendo ellos un dedo para hacer ningún trabajo.

Dijeron que Sudduth había dispuesto que, dado que él era el jefe espiritual del grupo, podía tomar cualquier mujer que le gustase en el clan. Empleó argumentos tan persuasivos que casi inclinó a las mujeres y a los maridos a plegarse a sus deseos. Pero la primera mujer que se le antojó tomar fué la de Blaine, y después de la contienda consiguiente, que acabó con la derrota de Sudduth, el plan se vino al suelo; pues Sudduth comprendió que sería imposible convencer a nadie de algo que su propio secretario había rechazado.

Devan había oído decir a Orcutt que, después de la fuga de los seis emigrados, los efectivos de Sudduth se habían reducido a veinticuatro personas, y que éste, posiblemente, llevaría a cabo algún intento para hacer regresar a los que se habían refugiado en Nueva Chicago.

—Seguramente va a intentar algo: no puede quedarse sentado y permitir que su gente se venga con nosotros.

Es comprensible, pues, que, cuando Eric Sudduth y su ayudante se presentaron en persona a la puerta de Nueva Chicago, mediado ya el verano, nadie se sorprendiera.

—¿No hay nadie en estos lares?...

El atronador rugido de Sudduth se pudo oír de un extremo al otro del campo. No podía negarse que él, Sudduth, era un hombre impresionante: el tipo de hombre ante el que no cabían términos medios. O se le adoraba y se estaba dispuesto a seguir sus indicaciones, a creer cada una de sus palabras y a considerarlo un gran hombre, o, por el contrario, se lo odiaba desde el primer momento, al ver cómo abusaba de sus amigos en provecho propio. Devan lo odiaba y estaba seguro de que a Orcutt y a todos los demás les pasaba lo mismo.

Varias personas corrieron a avisar a Orcutt que Sudduth estaba a la puer-

ta. Orcutt suspiró y salió, llevando consigo a Sam Otto y a Devan.

Se detuvo un momento para cambiar unas palabras con Toobsberry.

Cuando la pesada puerta se abrió, el trío se encontró frente a Eric Sudduth y Blaine, completamente desnudos. Sus cuerpos presentaban un aspecto llamativamente blanco y adiposo, en contraste con la piel bronceada y el saludable aspecto de los de Nueva Chicago. La explicación, dedujo Devan, era que estos dos no habían trabajado, habían sido servidos a cuerpo de rey y habían pasado la mayor parte del tiempo a la sombra de las cuevas. Se preguntó si el resto de sus partidarios tendrían el mismo aspecto, y concluyó que sin duda estarían trabajando muy duramente, a juzgar por la barriga reluciente de Sudduth. En cuanto a Blaine, o no comía tanto o aún no había alcanzado la edad en que la abundancia de comida se manifiesta en la hipertrofia de los tejidos.

Al ver a los tres hombres de Nueva Chicago con sus chaquetas de cuero y sus pantalones hasta la rodilla, con sus rostros pulcramente afeitados, los dos nudistas, que lucían barbas hasta el pecho, se sintieron incómodos y mucho menos seguros de sí mismos de lo que parecían antes que la puerta se abriera.

ERIC Sudduth echó los hombros hacia atrás, consiguiendo cierto aire de dignidad, y se aclaró la garganta.

—Ustedes tienen aquí retenidos a seis de mis compañeros —dijo—. Blaine y yo hemos venido para llevarlos de vuelta con nosotros.

Orcutt sonrió. Ante aquella sonrisa, Devan sintió que crecía su confianza en Orcutt; una confianza que no había tenido cuando éste era sólo el presidente de la Inland Electrónica. Edmund Orcutt había revelado magnifi-

cos dotes de organizador. Devan se sintió satisfecho al verlo sonreír con entero dominio de la situación.

—Bien. Piensen ustedes —dijo Orcutt avanzando al encuentro de los recién llegados y alargando la mano a Sudduth—. Me alegro de que hayan venido a visitarnos.

—Hola, hola —dijo Sam siguiendo la línea de Orcutt—. Mucho gusto en verlos. ¿Qué tal te fué, Blaine?

Sam le estrechó la mano cordialmente, aunque el saludo de Blaine era frío y su cara inexpresiva.

Sudduth cortó ásperamente la familiaridad.

—Tienen que hacerlos salir en seguida. Tenemos que estar de vuelta al caer la noche. Uno nunca sabe lo que puede encontrar en el bosque.

—Nosotros no hemos encontrado nada especialmente feroz —dijo Orcutt—, excepto a otros seres humanos.

—¿Qué quiere decir, señor? —preguntó, desafiante, Blaine.

—Calma, Orvit —dijo Sudduth—. Orcut no ha querido decir nada con eso; estoy seguro.

—¿Dónde está la hermana Abigaíl? —preguntó Devan—. ¿No está con ustedes?

—El Todopoderoso la ha llamado a su seno, joven —contestó Sudduth, con expresión grave.

—Neumonía —se levantó Blaine.

—Una mujer maravillosa, una valiente guía, un inteligente instrumento de la gracia de Dios, un instrumento que debía introducirnos en la Edad de Oro, a menos que El la necesite más de lo que nosotros la necesitamos.

—Amén —dijo Blaine.

—Ahora, entréguenos los desertores —Sudduth permanecía firme, con una mirada imperiosa y las manos cruzadas a la espalda. Ante la puerta se estaba congregando un grupo numeroso. Orcutt movió la cabeza.

—Vinieron por su propia voluntad,

Eric. Si quieren marcharse ha de ser de la misma manera.

—¿Quiere decir que nos los van a entregar?

—¡Déjame, Orvit! De esto me encargo yo.

—¿Es cierto que usted ha decretado la pena de muerte para los desertores?

—Sólo para intimidarlos y que se queden. Los necesitamos a todos —respondió Sudduth.

—¡Bonita manera de dirigir un grupo! —comentó Sam.

—Puede entrar a llevárselos si quiere —dijo Orcutt—. Es decir, si puede convencerlos de que se vayan con usted.

Los dos hombres se miraron el uno al otro; Sudduth con ojos astutos, Blaine con mirada colérica. Decidieron entrar en la empalizada.

Una vez dentro, cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, se sintieron menos desembarazados y más fuera de lugar. Al caminar por las calles al lado de los otros, iban preocupados de sí mismos, mirando acá y allá, a las ventanas y las puertas, como si temieran que todos mirasen de soslayo su desnudez. Los habitantes de Nueva Chicago les devolvían miradas divertidas, muecas y risas apenas reprimidas, que debían enervarlos aun cuando no osaban dar muestras de ello.

Si a esto se hubiera reducido todo, Sudduth no habría dicho una palabra. Pero los ladridos de los perros y las burlas de los chiquillos lo obligaron a detenerse antes de haber caminado cien pasos.

—¿No tendrían algunas prendas de ropa? —preguntó—. Parece que llamamos demasiado la atención, en la forma que vamos.

—No se preocuparán por eso, supongo —sonrió Orcutt—. ¿O van a desobedecer la voluntad del Señor, cubriéndose? Ustedes se han aferrado tan firmemente a sus convicciones, que no estaría bien que yo les hiciera infringirlas.

—Estoy seguro de que en este caso no importaría.

—Desearía poder ofrecerles algunas ropas; no me es posible. Apenas si hemos podido entregar un pantalón y una chaqueta a cada uno de los nuestros. Ahora bien, si hubieran esperado una o dos semanas más, les habríamos podido dar alguna prenda de pana. Tenemos a un grupo de personas trabajando en ello.

Orcutt hizo que los niños se retiraran; pero los perros siguieron escoltándolos. Entonces sacó su pipa y una tabaquera de cuero y procedió a llenar la pipa. Sudduth lo miraba con ojos ansiosos. Devan estuvo a punto de

Dedicado a los solteros . . .

“LAS personas inmaduras y menos adaptadas, son las que se sienten más fácilmente atraídas hacia el matrimonio”. Estas son las textuales aunque sorprendentes conclusiones alcanzadas en un estudio norteamericano, en el que se comparó un grupo de señoras casadas y uno de señoritas, análogos ambos en todos los aspectos (edad, educación, origen étnico, familia, clase social, etc.) menos en el hecho de haberse o no casado. Las solteras demostraron poseer mejor salud, mayor equilibrio emocional, mayor confianza en sí mismas, mayor sentido de la libertad personal, mejor adaptación con los familiares y con la gente en general, mayor éxito escolar y menores tendencias antisociales.

reírse en sus propias barbas, porque recordaba cuánto le gustaban los habanos a Sudduth; y se divertía más aún, porque sabía que había una gran cantidad de ropa que se les hubiera podido entregar.

—¿De dónde sacaron el tabaco?

—¡Ah!, tenemos algunas plantas por aquí, cerca.

—¿Dónde?

—Eso sería revelar un secreto —Orcutt encendió su pipa con un fósforo y dió unas chupadas prolongadas—. Sigamos adelante. Todavía no han visto ustedes el lugar.

—Un momento.

—Diga, Eric.

—¿Han... han pensado en hacer cigarrillos habanos con el tabaco?

—Desde luego. ¿Por qué lo preguntá? —dijo Orcutt lanzando una bocanada.

—Yo fumaba... antes.

Orcutt lo contempló por un momento; después sonrió.

—¡Qué estúpido soy! Claro que fumaba. Debí haberlo recordado... Sam, ¿tiene usted algún cigarro para nuestro visitante?

Sam sacó dos cigarrillos, dió uno a Sudduth y se puso el otro en la boca cuando Blaine lo rechazó. Encendieron ambos. Sudduth chupó ansiosamente el suyo, pero la primera bocanada de humo le hizo estallar en una tos prolongada, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No estoy acostumbrado —dijo—. Tendré que chupar poco a poco.

Tomó el cigarro con sus manos y lo examinó con satisfacción. Luego, sorprendido, miró primero a Orcutt y después a Sam.

—¡Tenía fósforos! —exclamó.

—Desde luego —repuso Orcutt—. ¿Qué creyó que eran?

—¿De dónde los han sacado? ¿Quién volvió por la aguja?

—No diga tonterías —repuso De-

van—. Los hacemos nosotros.

—¿Cómo?

—¿Con fósforo, cera, cola y trocitos de madera?

—¿De veras? —la voz de Sudduth tenía un tono triunfal—. Piensan que soy un ignorante, ¿eh? Yo estudié química en la universidad. Sé lo que es el fósforo. No se encuentra libre en ninguna parte. Enséñenme dónde está. Esta vez los he vencido, Blaine. No tienen salida.

Blaine guiñó los ojos.

—El fósforo está alrededor de ustedes —dijo Devan.

—¿Y esperan que lo crea?

—¿Se está burlando, señor?

—No, Blaine.

—Vamos, vamos —dijo Sudduth afectadamente, con las manos a la espalda, el habano en la boca y balanceándose sobre sus piernas—. Estoy esperando una explicación.

—Bueno; si usted la pide... —respondió Devan—. Se toman huesos de animales y se los quema; las cenizas que quedan como residuo están compuestas en casi su totalidad por fosfato bastante puro; se calientan con arena y cock, y el producto de la destilación es fósforo.

—Es fácil, ¿no le parece? —añadió Orcutt.

—Tiene que enseñármelo.

Pero la voz de Sudduth sonaba como si ya estuviera convencido.

—Ya habíamos pensado en ello. Vamos.

SIGUIERON adelante. Pasaron por el taller de alfarería, y por el del vidrio donde Glenn Básher estaba muy ocupado y no pudo atenderlos, limitándose a hacerles un gesto con la mano. Durante todo este trecho, Orcutt fué dando toda suerte de explicaciones y detalles.

—¿Y aquel edificio de allí? —dijo Sudduth—. No nos ha dicho usted lo

que es. No parece una vivienda.

Habían pasado ante un pequeño edificio de ladrillo cuyas ventanas no tenían cortina de pieles como todas las demás. De él emanaba un olor peculiar, un aroma que a Devan le resultaba familiar, pero que seguramente no lo sería para Eric Sudduth. Una pequeña espiral de humo surgía de la chimenea.

—Es el departamento de licores y bebidas —dijo Orcutt—. Está a cargo del doctor Cóstigan.

—Interesante —dijo Blaine, por la sencilla razón de que Sudduth había dicho lo mismo ante cada taller.

—¿Interesante?... —replicó Sudduth con vehemencia—. El alcohol es un enemigo del hombre, arruina su cuerpo y corrompe su alma.

—El doctor Cóstigan no estaría de acuerdo con usted —dijo Sam Otto—; y yo también disiento de su opinión.

—Sudduth está en su derecho al sostener ese punto de vista —dijo Orcutt—; pero, ¿qué dirían los médicos?

—Eso será donde haya médicos.

—Nosotros tenemos dos.

—¿Dos médicos aquí?

El hombretón contemplaba incredulamente a Orcutt, al parecer dirigiendo todo cuanto había sido; después añadió con tono cortante:

—Usted ha prometido llevarme donde están mis seis compañeros.

Orcutt siguió adelante, mostrando a sus visitantes la carpintería, los talleres de producción de papel, de fósforos, de hilado, en el que empleaban fibra de lino con algodón de copos diminutos que habían encontrado.

—¡Eh! —exclamó sorprendido Sudduth contemplando a uno de los hombres que estaba trabajando—. ¡Tiene un martillo!

—Claro que es un martillo —respondió Devan—. Se lo hice yo.

—¿Usted lo hizo?

—Tenemos varias fraguas —explicó

Orcutt—. Aún no ha visto usted nada. Hacemos también herramientas de acero. Estamos progresando más y más cada día.

Sudduth sacudió la cabeza.

—Si fuera designio del Señor Misericordioso que nosotros tuviéramos esas cosas, habría permitido que todas ellas vinieran con nosotros.

—El nos permitió que trajéramos nuestros cerebros —dijo Orcutt—. Por esto pudimos recordar el proceso de la obtención del acero cuando lo hemos necesitado. De esta manera, haciendo uso de lo que guardamos en nuestra mente vamos a montar un telar y a confeccionar trajes de paño para cada uno de nosotros. Tenemos una mujer que sabe tejer, que jura que podrá hacer un traje por día, y que no ve la hora de comenzar. Hay muchas mujeres que saben coser, que pueden suplir a los sastres. También vamos a montar un laboratorio químico. Tenemos un joven químico que conoce algo de la materia; quiere trabajar en material plástico. Queremos conservar el nivel técnico y de cultura del que venimos.

—¡Ustedes traerán la cólera de Dios sobre nosotros si se empeñan en recrear las cosas perversas que había en el mundo que dejamos!

—Amén —dijo Blaine.

—Lo haremos mejor —replicó Devan—: no cometeremos los mismos errores que nuestros padres. Puedo citar algunos ejemplos. Primero: los indios acostumbraban a guardar la carne entre las hojas de un árbol. Los hombres blancos creyeron que se trataba de un rito, hasta que descubrieron el porqué. Había en las hojas algo que hacía que la carne fuera más tierna. Esto lo sabemos ahora. Hace unos pocos años comenzó a extraerse la enzima vegetal de dicho árbol, y alcanzó gran difusión porque tenía la propiedad de hacer que la carne fuera más tierna.

¿Por qué no hacerlo aquí? Tenemos la ventaja de la experiencia, como usted ve. Segundo: fijese en el gluconato monosódico, esa sal que hacía más sabrosas nuestras comidas. Eramos tan estúpidos que, cuando hacíamos azúcar de remolacha, prescindíamos de ella, y la tirábamos. Creíamos que era un residuo sin ninguna aplicación, hasta que descubrimos su uso. También podemos obtenerlo aquí. ¡Oh!, algunas cosas son aquí distintas: los conejos tienen la cola larga, las ardillas son blancas; pero en lo fundamental todas las cosas son exactamente iguales. Podemos hacer de este lugar un mundo a nuestro gusto.

—Sí, señor Tráylor, estoy de acuerdo con usted. Podemos convertirlo en la sede de la virtud o de la perversión. Podemos hacer o bien lo que ustedes quieren, o bien lo que debe hacerse. Elijan ustedes.

—Amén —dijo Blaine.

CUANDO terminaron de inspeccionar el campamento, Orcutt los condujo a un edificio que, por sus proporciones, se destacaba sobre los demás. Era una estructura de ladrillos, cuyo techo estaba formado por una fila de troncos inclinados, recubiertos de hierba seca.

—¿Qué es este edificio? —preguntó Sudduth, dirigiéndose por entre unas filas de bancos hasta una mesa que se hallaba en uno de los extremos del edificio.

—Nuestro juzgado, lugar de asambleas o sala de baile.

—¡Sala de baile! —dijo Sudduth, pronunciando la palabra como si la odiase.

Bailes antiguos, en su mayor parte, Eric. ¿Nunca los bailó? Es divertido. Algunos muchachos están formando una orquesta de bailes modernos. ¿Por qué no se sientan? —indicó el primer banco—. Conocen ustedes a Tooksbe-

rry, ¿no? —con un gesto señaló a un hombre que se sentaba ante una mesa un poco más lejos—. Está redactando nuestra constitución y estatutos. Tendremos una convención para ratificarlos. Tooksberry era abogado en Inland Electrónica antes del desplazamiento. Se acuerda bastante bien de las leyes. El es el encargado de celebrar los matrimonios.

Tooksberry, que estaba muy atareado escribiendo con una pluma de ave, dijo:

—Daría cualquier cosa por una estilográfica. Ya me resulta bastante difícil escribir sin anteojos.

—¿Dónde está su secretaria? —preguntó Devan—. ¿Se acuerdan de la señorita Beatriz Treat? Ahora es su esposa y su secretaria.

—Se fué poco antes que ustedes llegaran; por razones obvias —Tooksberry sonrió e hizo un gesto abarcando todos los papeles que estaban sobre la mesa—. Esta es mi gran oportunidad. Puedo conservar todas las leyes que consideraba justas y prescindir de las que me parecían injustas. Es una tremenda responsabilidad, debo declararlo. Claro que algunas de las leyes que conocía, las del tránsito, por ejemplo, no son aplicables. Pero los estatutos que adoptemos pueden ser revisados en cualquier eventualidad.

—Todo esto es muy aleccionador —dijo Sudduth con disgusto—; pero, ¿podrían llamar a las seis personas que han de venir conmigo?

—Siempre y cuando decidan ir con usted.

Un muchacho de unos dieciséis años entró en la sala.

—Señor Orcutt —dijo—, esa gente no quiere venir. Dicen que no quieren ver ni al señor Sudduth ni al señor Blaine.

—Está bien.

El muchacho se alejó corriendo.

—Ahí tiene la respuesta, Eric.

—¿Cree usted que se va a burlar de mí tan fácilmente? —dijo Sudduth, mientras su semblante se ensombrecía—. ¡Usted le enseñó a ese muchacho la respuesta!

—Está usted equivocado. El muchacho ha dicho la verdad. Pude haberse lo dicho antes, pero preferí que lo oyera usted con sus propios oídos. Llevó mucho tiempo encontrar a esas personas, porque están trabajando en sitios diferentes; todas menos una, que tenía que ir al dentista.

—¿Ir al dentista? —Sudduth arqueó las cejas; su semblante se calmó y sus ojos dejaron de echar fuego—. ¿Ha dicho usted dentista?... Eso quiere decir que tienen dentista aquí...

—Es una conclusión lógica —contestó Orcutt, riendo levemente—. ¿No lo sabía usted?... Un tal doctor Van Ness.

—Es muy bueno como dentista —dijo Devan.

—¿Sabía usted que todo el mundo perdió sus empastes en el desplazamiento? —agregó Orcutt.

—Naturalmente. Nosotros usamos arcilla, cera de abejas y savia de los árboles. ¿A qué clase de tratamiento los somete el doctor Van Ness?

—Aurificación —respondió Devan—. A mí me ha hecho algunas.

Mostró los dientes que el doctor Van Ness le había arreglado cuidadosamente.

—Una maravilla de trabajo —dijo Sudduth francamente impresionado y suspirando—. Es un buen dentista.

—¡El mejor de los mejores! —exclamó Sam.

—Yo tengo mala la dentadura —comentó Blaine.

—Y la tendrán igual todos los que están con usted en las cuevas —dijo Devan—. Es lástima que no puedan arreglársela.

Eric Sudduth se retorció las manos.

—Lo malo —intercaló Orcutt— es

que los empastes se nos caerán cuando entremos en la aguja.

—¡Entrar en la aguja!... ¿Cuándo y cómo vamos a hacerlo?

—Cuando hayamos construido la segunda aguja.

Un silencio súbito y agresivo invadió el edificio. A lo lejos se percibía el rítmico batir de los martillos sobre los yunques, los gritos de los niños, un rumor de actividades ininterrumpida. Una abeja que zumbaba alrededor de los hombres se alejó por una ventana, como si se percatase de la tensión.

Los labios de Eric Sudduth formaban una línea apretada, su frente estaba surcada por profundas arrugas, mientras su cabeza se movía a derecha e izquierda.

—¡Lo prohibo! —exclamó.

—Es el único medio de regresar —dijo Devan suavemente—. Tenemos que construir otra aguja.

—¡No pueden hacerlo! —gritó Sudduth, con el rostro pálido de ira—. Ya ven lo que pasó cuando hicieron la última. La cólera del Señor arrasó la aguja, y ahora pagamos las consecuencias. Nuestra desnudez es una penitencia que nos hemos impuesto por nuestras costumbres perversas. Ustedes deberían hacer lo mismo. El castigo de Dios sería terrible si quebrasen sus leyes por segunda vez.

—¿Y de dónde saca usted que esto es contra la ley de Dios?

—¿No le parece evidente? ¿No ve lo que tiene delante de usted?... Este lugar, este tiempo...

—Es mejor que se tranquilice, Sudduth —dijo Orcutt.

—Nadie puede decirle que se tranquilice a Sudduth —intervino Blaine.

—¡Cállate, Orvid! —dijo Sudduth—. Vamos. Pueden quedarse con esos seis. Me niego a tener nada que ver con gentes tan incapaces de ver la voluntad expresa de Dios.

—Amén —dijo Baine.

YA había comenzado el mes de octubre cuando Devan recibió su cuota de vidrios para las ventanas de su vivienda. Durante las horas del día no le habían hecho aún mucha falta; pero las noches eran ya bastante frías. Devan decidió colocarlos sin pérdida de tiempo. Las lluvias podían comenzar en cualquier momento y no tenía interés en que se le mojase el interior de la casa.

En la tarde de un domingo recibió la comunicación de que podía retirar los vidrios; y como Betty estaba en casa de él, fueron ambos a la vidriera de Básher para recogerlos. Devan fué uno de los últimos en recibir la cuota de vidrios; pues no había querido valerse de su amistad con Orcutt, porque había familiares que lo necesitaban con más urgencia: familias con niños pequeños, con enfermos o con ancianos. Los enfermos, en verdad, eran pocos. Era notable que pese a todas las incomodidades que habían tenido que soportar, los enfermos hubieran sido tan pocos. El hospital estaba prácticamente vacío, aunque había sido uno de los primeros edificios que se construyeron y uno de los primeros, por supuesto, que contó con vidrios para las ventanas.

Los primeros ensayos produjeron vidrios quebradizos, verdosos y casi opacos. Básher gastó mucho tiempo en pruebas para mejorarlos, hasta que Elmo Hodge, el astrónomo aficionado, se enteró del problema y le enseñó cómo preparar la mezcla añadiéndole sustancias químicas para producir colores complementarios que se anulaban unos a otros y daban por resultado un vidrio incoloro. Elmo Hodge había aprendido la técnica del vidrio en sus trabajos con las lentes y espejos para telescopios. Se interesó en el proceso y comenzó a trabajar con Básher en la fabricación

de vidrios comunes para ventanas, a la par que estudiaba la técnica para la producción de cristales de microscopio y telescopio, aunque los planes para la fabricación de estos instrumentos comenzarían mucho después.

—Si recuerdo bien —dijo Hodge—, hay que substituir el potasio para conseguir vidrios duros, y substituir parte del calcio por plomo para conseguir el cristal para las lentes. Después de esto —añadió frotándose las manos— podemos dedicarnos al cristal para los espejos, el pyrex y las lentes recubiertas. Tardaremos, pero vale la pena.

Devan había escuchado estas palabras muchas veces durante los últimos tiempos y las había pronunciado él mismo muchas otras.

El vidrio que llevó con Betty a su casa era transparente, casi por completo, y sólo tenía una traza de verde. Las ventanas eran del tamaño universal adoptado por todos en el campamento. Para establecer el módulo, se recurrió a uno de los hombres, cuya altura exacta era de un metro ochenta. Dividiendo del modo adecuado su altura, se obtuvieron los centímetros. Como el marco tenía sólo dos centímetros más que el vidrio, éste encajó sin ningún inconveniente. Devan tomó, sin embargo, la precaución de aplicarle masilla, que alguien había preparado con aceite de lino y piedra caliza.

Betty insistió en ayudarlo, y trabajaron juntos. Devan extendía una capa delgada de masilla sobre la madera; Betty colcaba el vidrio contra ella y lo apretaba, y Devan terminaba el masillado exterior y aseguraba el vidrio.

Betty era aún la misma mujer que Devan había conocido en la fábrica de estufas de Rasmussen. Sus ojos azul oscuro no habían perdido nada de intensidad, y aunque había trabajado como un hombre en los quehaceres más duros, desde enfermera en el hos-

pital hasta tejedora y leñadora, conservaba íntegro su encanto femenino. El rizo rebelde le caía sobre la frente, y el cabello suave y ondulado le colgaba sobre los hombros. Tenía el rostro bronceado por el sol; la piel de los brazos y de las piernas se le había oscurecido. Devan decidió interiormente que no había en Nueva Chicago otra mujer tan atractiva.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Betty.

—En ti, simplemente.

—No tenías necesidad de decirlo.

—No lo diría si no fuera verdad.

Betty sonrió como si en su interior hubiera algo hermoso que le separaba los labios y le iluminaba los ojos.

El tuvo que besarla.

—¿No te parece mal, Devan? —preguntó ella separándose y mirándolo.

—¿A qué te refieres? —replicó él, aunque sabía lo que ella pensaba—. No lo creo —añadió.

Ambos habían tenido hijos antes, los echaban de menos y sentían que no estaba bien que hablaran de ellos, puesto que evitaban siempre hablar de sus respectivas familias anteriores. Cuando mencionaban a los niños, lo hacían de un modo casual, general y evasivo. Ahora tenían motivos de sobra para hablar de ellos abierta, específicamente.

Oyéronse voces a la izquierda de la casa, sobre la larga calle bautizada Orcutt Street, que llegaba hasta la puerta de la empalizada. En la construcción de aquella puerta habían trabajado febrilmente los primeros días. Ahora permanecía abierta siempre, porque no había contra quién cerrarla.

—Alguien grita afuera —dijo Betty—. La gente corre hacia allá.

ERAN tan raras las novedades en Nueva Chicago, que ambos salieron también, llenos de excitación y curiosidad, hacia la empalizada. Un

grupo se había reunido en torno de algo que estaba en el suelo. Cuando estuvieron suficientemente cerca, Devan pudo ver que era un hombre desnudo tendido en una angarilla hecha de ramas y bejucos. El hombre era Eric Sudduth y estaba enfermo. Tenía la cara mucho más pálida de lo que Devan la había conocido hasta el momento. La respiración era entrecortada, y el sudor hacía brillar su cuerpo. Los ojos le giraban en las órbitas.

—Ayúdenme —dijo Devan, tomando uno de los brazos de la angarilla—. Llévemolo al hospital.

—Déjenme solo —dijo Sudduth, inclinándose—. Déjenme morir. Dios quiere que muera.

Los camilleros encontraron a Orcutt a mitad de camino hacia el hospital.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Luego vió al hombre tendido en la angarilla.

—Lo trajeron hasta la puerta de entrada y lo dejaron allí —explicó Devan.

—Déjenme morir —repitió Sudduth, volviéndose a Orcutt le dijo:— Dígame que me dejen morir.

En el hospital, se diagnosticó rápidamente que la enfermedad de Sudduth era apendicitis, y lo llevaron apresuradamente a la sala de operaciones. Orcutt le pidió a Devan que se quedara a acompañar al enfermo. Betty, que no tenía nada mejor que hacer, se quedó también.

—Ya sabes cómo le desagradan a Sudduth el doctor Cóstigan y el alcohol. Fíjate lo que son las cosas: lo están anestesiando con éter que fué preparado por Rentháler con alcohol de maíz, y el alcohol fué destilado por el doctor Cóstigan.

—Mejor que no se lo digas.

—Y lo están operando con un escabelo preparado por Gus Nelson, que también gusta de la bebida... Y lo están cosiendo con cárgut, gracias a la cortesía de aquella cabra montañesa que

omió demasiados retoños y que tuvimos que matar.

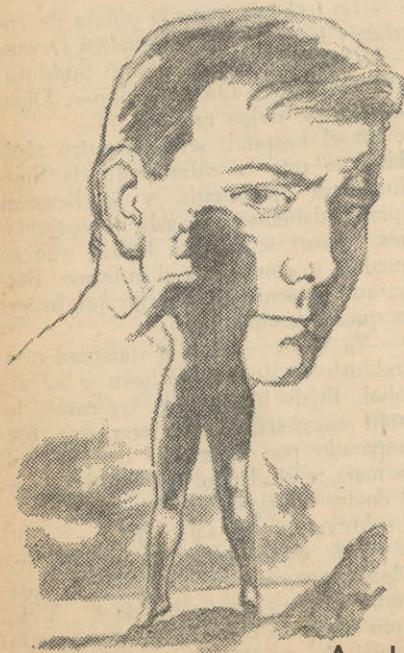
—Pero —dijo Betty— lo están operando los dos hombres más seguros y responsables que puede pensarse. Eran médicos internos en el Cook County Hospital y estaban preocupados por que no podían instalar el consultorio. Ahora depende de ellos la salud de toda Nueva Chicago.

Devan y Betty estaban al lado de Sudduth esa noche, cuando éste recobró el conocimiento. Levantó sus ojos congestionados y dijo con voz estropeada:

—¡Váyanse!

—No hable si no lo desea —respondió Devan—. No lo molestaremos.

Era sobrecogedor el espectáculo de los tres en la habitación, bajo la luz vacilante de la vela. Sudduth yacía inmóvil como un cadáver, su mirada fija en el techo de troncos, con los ojos



hinchados, la cara cenicienta y los labios entreabiertos. Devan y Betty estaban sentados, en dos sillas próximas. Sólo de vez en cuando Sudduth parpadeaba.

—No me voy a quedar aquí —dijo por fin Sudduth.

—Se quedará los días que haga falta —respondió Devan.

—¿Quién es usted? ¿El doctor?

—No.

—¿Cuánto tiempo me tengo que quedar?

—Una semana de cama.

—Su campamento está a cuarenta kilómetros de aquí, Eric —dijo Betty—. No pensará que puede caminar esa distancia antes de un tiempo.

Sudduth respondió gruñendo:

—Orvid Blaine me trajo aquí por la fuerza. Me hizo traer por esos estúpidos. ¡Le rompería la cabeza! Dios quería que yo muriese. ¿No lo sabía Blaine acaso? ¿No lo sentía él en sus entrañas, como lo sentía yo en las mías? ¿Por qué no me dejaron morir?

—Si Dios quisiera que usted muriese, habría desviado la mano del cirujano cuando usted estaba en la mesa de operaciones —respondió Devan.

—Usted me trajo aquí por la fuerza, de modo que no estoy obligado a obedecerlo a usted ni a nadie de este campamento. Yo no quería que me operasen.

—Tal vez habría sido una buena idea dejarlo morir. Por lo menos no tendríamos que tratar con un ingrato.

—Eric es un gruñón —dijo Betty—. Sus protestas indican que está volviendo a la normalidad.

LA convalecencia de Eric Sudduth fué digna de verse. Desde la primera comida que hizo, sus mejillas perdieron la palidez y se volvieron rubicundos; sus apagados ojos se abrillantaron, y su estado general fué mejorando. A Betty le resultó fácil persuadir-

lo de que aprovechase su estada forzosa en el hospital para arreglarse la dentadura. Cuando tuvo sus caries rellenadas otra vez, se sintió mejor.

Devan comprobó con satisfacción que Betty era la autora del cambio de Sudduth. En efecto: Betty pidió autorización para encargarse del enfermo, aduciendo que lo único que el hombre necesitaba era un poco de cariño. Y Betty se encargó de proporcionárselo. Hizo que todos los habitantes del campamento lo visitaran, le llevaran manjares y escucharan sus disquisiciones. Lo aficionó a sentarse en una reposita en el solarío y a permanecer allí, fumando largos cigarros, con su bata de hospital que apenas lograba cubrirle el abdomen, hablando con las visitas y conversando con Betty cuando no había otros con quien hacerlo. Parecía satisfecho.

La segunda semana de noviembre no fué tan buena, según contó Betty.

—Eric ha comenzado a mirar de reojo a la gente —dijo—. La enfermera dice que no dueme tan bien como antes.

En la tercera semana, Betty comunicó a Devan:

—Eric quiere volver con su gente. Yo querría que tú hablastes con él. Yo he hecho ya todo lo posible.

Devan lo encontró en el solarío. Parecía enfurruñado.

—Es mi deber sagrado —dijo Sudduth cuando entraron en materia—. Dios quiere que esté con mi rebaño, y eso es lo que haré.

—Pero no es el tipo de vida que le conviene, Eric —dijo Devan—. Acaba de salir de una operación. A usted le hace falta reposo.

—Estoy fuerte como un roble —replicó Sudduth, golpeándose el pecho con el puño, y quedando muy confuso al ver que el golpe lo obligaba a toser—. Bueno, de todos modos debo irme.

—Mire que el tiempo está muy frío... ¿Es verdad que desea usted marcharse?

—Mis deseos personales no cuentan: soy esclavo de mi deber. Esto es lo único en que debo pensar.

Miró por la ventana, vió las hojas que se desprendían de los árboles, sacudió la punta de su cigarro en el cenicero, y añadió:

La voluntad de Dios me dará la fuerza que necesito.

—Creo que necesitará bastante.

—Me marcho mañana. Se lo dije al doctor. Se lo dije a las enfermeras.

—¿Y qué opinan?

—No hace al caso.

Devan acudió al día siguiente al hospital para despedirlo, y le entregó una caja de cigarros.

—Lo acompañaré hasta la puerta —dijo Devan.

—Muy amable.

Se pusieron en marcha. Era un día frío, húmedo y nublado. El viento los obligaba a encorvarse y agitaba sus gabanes.

Cuando llegaron a la puerta del campamento, Sudduth se quitó el abrigo y se lo entregó a Devan. Este vió con sorpresa que Sudduth no llevaba nada puesto debajo.

—¡No hagas locuras! Se va a morir helado si no se cubre con algo.

—Si mis hermanos pueden vivir sin ropas, también lo puedo hacer yo —respondió irguiéndose en toda su estatura—. ¿Los oyó usted quejarse alguna vez?

Dió media vuelta y comenzó a alejarse. Hacía una figura ridícula, desnudo y obeso, con la caja de cigarros bajo el brazo y caminando torpemente con sus pies descalzos.

Devan comprendió que el hombre no podía seguir adelante: que era cuestión de cuánto tiempo podría aguantar. Decidió esperar en la empalizada y, si no volvía pronto, enviar a alguien en su búsqueda.

No hizo falta.

Pocos minutos después, apareció Sudduth cojeando, con la caja de cigarrillos bajo el brazo y apretándose con las manos el costado derecho.

—Creo que... que no... que no estoy acostumbrado a caminar todavía —tartamudeó con los labios azulados, blancas las manos con piel de gallina y los dientes catañeteándole—. Me duele el costado. Me parece que todavía no estoy en condiciones de caminar.

—Lo más probable es que se pesque una neumonía.

—Déme mi abrigo.

Devan se lo dió, y volvieron juntos al hospital, donde Devan lo obligó a sentarse delante de la chimenea encendida y ordenó que le trajeran una infusión caliente. Sudduth se estremeció durante algún tiempo con violentos escalofríos, retiró finalmente las manos del costado y, lanzando un suspiro, dijo:

—¿Quiere alcanzarme mi caja? Necesito un cigarro.

CAPITULO 16

LOS tres niños corrían persiguiéndose uno al otro por la playa. Con sus pies desnudos, salpicaban el agua cada vez que entraban en las olas que venían a morir a la playa. Entraban y salían, cambiaban de dirección, se mojaban los vestidos, la niña delante y los dos niños dándole caza detrás. Chillaban, gritaban, y sus risas flotaban sobre el lago, mientras sus huellas quedaban impresas sobre la arena en un inextricable cruzamiento de sendas.

Finalmente se cansaron, volvieron al césped y cayeron exhaustos sobre él, respirando todos con tal intensidad que cada respiro parecía el último, y riendo sin cesar.

—¡No puedo más! —dijo Dónnald, jadeando—. ¿Por qué no te dejaste alcanzar, Sally?

—Si Dónnald y yo pudiéramos volar —dijo Ralph—, te hubiéramos alcanzado. ¿Verdad Dónnald?

—Sí; pero ella no entró al agua. Las chicas no saben nadar.

—Sí, que sé —replicó Sally—. Si quiero, entro ahora mismo.

—Mejor que no te vea papá, Sally.

—¿Se lo vas a contar, chismoso?

La charla de los niños siguió durante un rato. Poco a poco fueron calmándose, y Sally anunció solemnemente:

—Si nos quedamos quietos, contaré un cuento.

—¿Qué cuento?

—¿De lo que hay al otro lado? —preguntó Dónnald, haciendo un gesto vago hacia el horizonte.

—Cuéntenos un cuento nuevo, Sally... Ya sabemos el de la aguja, y cómo papá y mamá vivían al otro lado, y...

—Déjala, que ella lo cuente...

—No iba a contar eso —dijo Sally.

—De todos modos, no es verdad: lo del otro lado son inventos.

Sally se volvió a Ralph y lo miró a los ojos.

—¿Cómo dices eso? ¿Te parece que mamá y papá nos van a engañar?

—¿De veras que crees esas cosas, Sally? —preguntó Dónnald.

—¿Tú tampoco las crees?

Dónnald hundió sus dedos en el césped y la arena, retiró un puñado de arena y la dejó colarse entre los dedos.

—No está bien el decirlo, pero... —levantó la vista y vió que lo alentaban para que terminase—. ¿Cómo puedes creer lo que dicen de los rascacielos?

—Papá es ingeniero —dijo Sally—. Ingeniero es uno que tiene que estudiar. Van a la escuela y estudian años y años. Y cuando terminan, saben cómo hacer edificios grandes como esos o... o una aguja como la que papá está haciendo ahora.

—Yo le oí a mamá hablar de ella.

Dónnald apretó los labios.

—¿Has visto alguna vez un edificio como esos que dicen ellos?

—No —respondió Sally—. Pero eso no es nada. Están los automóviles, la televisión, los helados. Ya viste todos los dibujos que hay colgados en el museo.

—A mí todo eso me lo enseñaron en la escuela.

—Te enseñaron otras cosas también, Dónnald.

—Hablo en broma —respondió Dónnald sonriendo.

Sally estaba tendida sobre el césped, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados detrás de la nuca, y los ojos perdidos en el horizonte.

—Dicen que allá hay un lugar de donde venimos todos...

—Daría cualquier cosa por ver un avión —dijo Dónnald.

—¡Un avión de chorro! —exclamó Ralph, haciendo con la boca el ruido de la turbina e imitando con las manos el vuelo de la máquina.

—Dicen que el cine era muy lindo...

—Algún día lo tendremos —dijo Dónnald con seguridad.

—¿Cuándo volveremos?

—No sé, pero volveremos algún día. Papá me lo dijo.

Los tres miraron a lo lejos sobre el azul del agua.

—Tenemos que irnos todos juntos —dijo Dónnald—. No nos tenemos que separar.

—Yo quiero un viaje en avión, lo primero. Un avión de chorro. Estaban preparando cohetes, me contó papá. Tal vez me dejen pilotear uno.

—¿Cómo será, de veras, allá? —preguntó Sally.

Dónnald se levantó y se puso la mano delante de los ojos como si fuera una visera.

—¿Qué haces? —le preguntó la niña.

—Estoy mirando.

Ella miró también.

—No veo nada.

—Allí —dijo Dónnald señalando a un lugar junto al borde del agua.

—¿Qué hay? —preguntó Ralph un poco asustado.

—Vamos a ver.

—¡No! —chilló Ralph—. ¡No vayan allá!

—¡Vamos! —dijo Dónnald—. ¡No tengas miedo!

Bajaron del terraplén a la playa y de la playa a un lugar donde un pequeño objeto peludo flotaba sobre el agua.

Dónnald se inclinó y de un puntapié lo sacó del agua.

—¡Es un cangrejo! —exclamó desilusionado Ralph.

—Sí —dijo Dónnald.

—¡Un momento! —dijo Sally—. ¿No le veis nada raro?

Dónnald lo examinó un momento.

—Le cortaron la cola.

—¡Es un conejo cómico! ¡No tiene cola!

Los ojos azules de Sally mostraron perplejidad.

—No —decidió finalmente—, no se la corten. Parece que en vez de la cola larga que tienen los otros conejos, le ha salido una colita corta y peluda...

—¿Y cómo puede ser?

—No lo sé.

—Bueno, si tú no lo sabes, yo menos. Sigamos jugando.

—No; tenemos que volver a casa.

Los tres examinaron por última vez al conejo.

—¡NO volvieron todavía los chicos? —preguntó Devan, cerrando la puerta, depositando sobre la mesa el periódico de Nueva Chicago, y hundiéndose en el sillón.

—¿Cref que eran ellos los que venían —respondió Betty—. Están afuera desde temprano. Dónnald Tooksberry fué a buscarlos. Se fueron a la playa. ¿Alguna novedad?

Devan tomó el diario, lo desplegó y echó una ojeada a los titulares.

—Nada especial. Desde el edificio de la aguja no vi a los chicos; pero luego estuve muy ocupado y...

—¿Estará listo para el ensayo de mañana a la noche?

—En realidad estamos listos ya: faltan los ajustes finales, que los haremos esta noche.

Una nube de preocupación cruzó por el rostro de Betty, mientras ésta se dirigía a la cocina. Devan la dejó irse sin decirle nada, sabiendo en qué estaba ella pensando.

—¿Te acuerdas de la última vez? —le preguntó Betty desde la cocina.

Devan suspiró. ¿Cómo olvidar la desaparición de Básher por la aguja I, aunque hubieran pasado diez años desde entonces? Y el pensar sobre ello hacía que su mente se inundase de recuerdos asociados con aquél, hasta el de la señora de Básher, que no había querido creer que su esposo hubiera

desaparecido por la aguja y se había presentado a denunciar el hecho ante la policía. ¿Se lo habían contado alguna vez a Glenn?

—La vez pasada —prosiguió Betty— echaste a suerte quién entraría primero, y tal como resultó la cosa, el que ganó fué el que salió perdiendo... ¿Vais a hacer lo mismo ahora?

—No puede ser lo mismo. De todos modos, la persona que esta vez entre por la aguja no irá a caer en un lago.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas la pequeña aguja en la que sólo cabía una mano?

—Sí. Lo que debimos hacer cuando estábamos al otro lado fué usar la aguja pequeña. Así nos habríamos salvado de estas contrariedades... si es que podemos llamarlas "contrariedades".

Devan depositó el cigarrillo en el cenicero, fué a la cocina y se preparó un cóctel mientras Betty terminaba de preparar la comida.

—Por esa razón, aquí comenzamos por fabricar una aguja pequeña, y metimos el brazo. Comprobamos que no se desvanecía...

—¿Por qué?

—¿No te lo dije? Porque había algo sólido que lo detenía. Así pudimos comprobar que al otro lado había tierra. Cambiamos de lugar la aguja, llevándola a la colina que está junto al lago. Lo mismo hicimos con el equipo eléctrico. Nos costó bastante trabajo; pero el brazo y la mano pasaron, y tocaron tierra unos pocos centímetros más abajo. ¿Ves? No puede suceder lo mismo que la otra vez. Al entrar por el ojo de la aguja II tenemos la seguridad de que no vamos a caer en un lago. Podemos entrar y volver a salir.

Betty sonrió.

—Eres un optimista, Devan.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Devan con cierto enfado.

—Nadie ha entrado todavía en la aguja, y sin embargo ya tenemos la

convicción de que todo irá bien.

Porque hace diez años que estamos trabajando; lo hemos tenido en cuenta todo, y no incurrimos en errores estúpidos.

—¿Me puedes responder a una pregunta, entonces?

Devan apuró el final de su vaso.

—¿Cuál?

—¿Cómo sabes que al otro lado de la aguja II está Chicago?

Devan se sonrojó ligeramente, mas procuró dominarse. Su esposa había tocado un punto vital, es verdad; un punto que él y sus compañeros habían discutido largamente; pero de nada serviría preocuparla o darle a entender que algunos de ellos no estaban seguros...

—Me parece que puse el dedo en la llaga —dijo Betty—. Tu cara lo demuestra.

—Es que me avergüenzo de que mi propia mujer sea precisamente la que no conozca los fundamentos del proceso. Hace diez años que estoy trabajando como director de este proyecto, y ni siquiera recuerdas cómo lo hemos encariado.

—Házmelo recordar entonces.

—Una reversión de la polaridad, igual que en un motor eléctrico. Revertes la polaridad, y el motor funciona en sentido contrario. En la aguja II, la corriente seguirá el camino opuesto, para crear las condiciones opuestas. ¿O nunca te lo he explicado?

—Sí, Devan, pero se me había olvidado. Ahora, en cambio, quiero estar segura de lo que vas a hacer.

El estudió el semblante de Betty.

—¿De dónde te viene esa preocupación tan repentina?

—¿Repentina? No, Devan, no he dejado de pensar en el asunto desde hace mucho tiempo.

Nunca Devan había visto a Betty en aquel estado de ánimo.

—¡Por amor de Dios! Dime qué te ocurre...

—En realidad, no me ocurre nada, Devan. Quiero decir solamente que he estado siempre preocupada por la segunda aguja y por lo que significará para nosotros. Sabes perfectamente que vinimos aquí sin buscarlo, y queremos estar en situación de elegir nuestro próximo destino... ¿No piensas lo mismo?

—Cuando llegue el momento, no nos hallará desprevenidos —dijo Devan, preocupado aún por la mirada que le yó en los ojos de Betty e insatisfecho con su aclaración—. Ahora no hay suduthistas que tiren caños contra la maquinaria.

—Siempre que a Eric no se le afloje un tornillo otra vez...

—No lo hará. Está demasiado interesado en escribir de memoria toda la Biblia. Tiene una capacidad increíble para recordar versículos.

Como la comida estaba lista y sólo faltaban los chicos, Betty la puso en el horno y sacó las sillas al porche.

—¿Sabes, Devan?... En definitiva, los discípulos de Sudduth no han resultado tan mala gente —dijo Betty encendiendo un cigarrillo y aspirando una cinta de humo azulado.

—Es cierto; desde que se unieron a nosotros y se fueron integrando con los demás. Piensa solamente cuántos otros casos semejantes conocemos, Betty. Hasta aquellos dos de la playa. Es increíble lo que llega a hacer la gente que ha estado bajo alguna coerción, cuando quiebran los controles.

Betty se rió.

—Algunas de las mujeres de Sudduth están en nuestros clubes femeninos... ¡Pensar que prefirieron en otro tiempo vivir completamente desnudas en las cavernas!

—Es que, en cuanto volvieron a nosotros, comenzaron a avanzar en vez de retroceder: al revés de cuando estaban en las cavernas. Conseguimos algunos buenos trabajadores entre ellos.

PARA LOS CHICOS...

Gatito

EN MARTE

Viajes en cosmonaves y una marcianita llegando a la tierra...

\$ 3.-

EL PROXIMO LUNES

aparece este precioso número de la

COLECCION GATITO

BETTY y Devan siguieron sentados tranquilamente en medio del sereno atardecer. Hasta ellos llegaban los ruidos de los vecinos. Alguien manejaba la máquina de cortar césped. Habían fabricado una sola, que pasaban de mano en mano.

Escucharon dos voces que discutían. Se miraron sonriendo. ¡Otra vez los Bradley!... ¿Era todo esto muy distinto de la vida de Chicago? ¡Cuántas veces se había hecho Devan la misma reflexión! Sin embargo sabía que, como seres humanos que eran, habían experimentado cambios; cambios sutiles causados por el peso de los años y la vida en medio de la naturaleza; cambios que él no distinguía, pero de cuya existencia estaba convencido.

Sí; sería una gran conmoción volver a las viejas costumbres, a las viejas escenas, a las viejas gentes: un contraste desagradable. Y la sola idea de regresar, el recuerdo de los viejos edificios grises, los patios vistosos desde los trenes elevados, el agua sucia del canal llamado Río, las hojas de diarios esparcidos por el parque Grant en las mañanas domigueras, la gente que empuja y se abalanza, los vendedores de puerta en puerta, el aire lleno de hollín, la falta de reconocimiento en los ojos de todos los que uno encuentra: todo esto hacía desagradable la perspectiva. Pero, además, él siempre había sentido disgusto por la vida de ciudad, por el confinamiento que suponía, y los hábitos que desarrollaba. Entonces, ¿por qué volver? Este pensamiento le resultaba molesto, pero tenía una respuesta fácil: porque todos volverían si es que la aguja quedaba en condiciones, y ninguno podría quedarse solo. Sí, él también tenía que regresar.

Vió a los niños venir hacia la casa. El corazón le bailó de alegría, pues los amaba tiernamente. A este lado de la aguja, él disponía de más tiempo para dedicárselo a sus hijos.

—¡Papá! —gritó Sally, corriendo hacia él y echándole los brazos al cuello—. Dónnald dice que no existe *aquello de allá*. Dime tú que sí, papá.

—Sí, hija mía. Claro que existe. Dónnald no lo conoce; pero tu madre y yo hemos vivido allí.

—¿Hay grandes rascacielos, como tú dices? —preguntó Ralph.

Devan le aseguró que los había, y el niño interrogó de nuevo:

—¿Y para qué los hacen tan altos?

—Para que pueda trabajar en ellos toda la gente que allí vive.

Entonces fué Sally quien preguntó:

—¿Es que no pueden trabajar si no es en rascacielos?

Con la mirada, Devan pidió ayuda a Betty, la cual dijo:

—Esta noche te toca a ti ser el maestro... Anda: contéstale.

—Pues... —Devan carraspeó buscando la respuesta explicativa para tan enojosa pregunta—, el caso es que... como vive tanta gente en tan poca superficie, ¿comprendes, Sally?... pues, si todos se esparcieran para trabajar cada uno en distinto terreno, se necesitarían muchos, muchísimos kilómetros cuadrados. Por eso construyen edificios de oficinas que llegan casi hasta el cielo; y así, instalados unos sobre otros, no tienen que recorrer grandes distancias para ir al trabajo ni para regresar a sus casas.

—¿Y qué clase de trabajos hacen allí, tan lejos del suelo?

—¡Oh!... , trabajos con papeles... , dibujos, cálculos, proyectos... , infinidad de tareas.

—¿Y cómo suben y bajan?

—En ascensores. Eso ya lo sabías.

Devan se volvió hacia Ralph, que le estaba tironando del pantalón.

—¿Cuántas personas viven en Chicago? —preguntó el niño.

—Millones... Cuatro millones, me parece.

—¿Millones? —Sally estaba atóni-

ta—. ¿Y todos trabajan en esos edificios grandes?

—¡Vamos, Sally! Todo esto ya lo aprendiste en la escuela...

—No... , no todo. Aprendimos que había aeroplanos, automóviles e indios. ¿Habrá indios de verdad cuando lleguemos allí?

—Sí; pero viven en terrenos aislados, que llaman *reservaciones*.

—¿Quieres que te diga algo? —dijo Sally muy pensativa—. Me gustaría ir *allá* de visita, pero para vivir me gusta más aquí. Allí no habrá lugar para nosotros... , ¿no es cierto?

Los aviones de chorro hacen *uuu* —dijo Ralph—. ¿Me dejarán subir a un avión?

—¿Qué es una tienda?

—¿Cómo funcionan los tióvivos?

CAPITULO 17

DEVAN descendió por el sendero empedrado. Una placentera brisa de noche veraniega soplaba desde el lago. Devan caminaba con paso ágil y espíritu liviano. Vió la torre de la *aguja II* (obelisco de metal que surgía del techo de un edificio de madera), y pensó al mirarla: "Tú representas diez años de mi vida; diez años cuyo valor desconozco, porque no sé si funcionarás. Pero mañana sabremos la verdad."

Se rió recordando que todos al comienzo habían pensado que sería asunto de pocos años: cinco cuando más. *Y había parecido fácil.*

Pero una vez construídos los motores de vapor, tuvieron que afrontar el increíble problema de los generadores. Luego hubo varios metales que no se podían encontrar, algunos métodos que habían olvidado, ciertos procesos que nadie recordaba. Tuvieron que derrochar ingenio para substituir algunos de estos artículos y reemplazar otros.

Muchas veces apareció que la aguja

no se terminaría nunca; pero allí, en la colina arenosa que se levantaba sobre el lago, surgía ahora su enhiesta forma aguzada, oscura contra el cielo tachonado de estrellas. ¿Valdría la pena tanto trabajo? Y, lo que era más importante, ¿los llevaría otra vez a Chicago? La noche siguiente era el momento decisivo, aunque probablemente la aguja estaría lista para la prueba dentro de pocas horas... Y se le ocurrió de pronto: "¿Por qué no hacer un ensayo anticipado esta misma noche?".

Descartó el pensamiento, porque le pareció desleal. La aguja II era el único objetivo de toda Nueva Chicago; el resultado de la tenacidad incansable de Orcutt durante años y años. Entrar en ella sin que los demás lo supieran sería traicionarlos. Además, la aguja II no era sólo de Orcutt; era algo en lo que todos los habitantes de Nueva Chicago tenían parte.

¡*La maldita aguja!* ¡Cuántas veces la habían calificado así todos durante los últimos años! La expresión fué generalizándose cuando los cables eléctricos que habrían servido para los circuitos telefónicos, y que habían llevado un año de trabajo, fueron requisados para la aguja; cuando las lámparas que habrían podido servir para circuitos de radio, fueron destinadas exclusivamente a la aguja; cuando los hombres capaces de trabajar en tareas que podían facilitar la vida de todos, fueron destinados exclusivamente a la aguja.

Subió los escalones de madera y entró en el local donde estaba la aguja II. Las lamparillas eléctricas iluminaban un recinto muy distinto del que había albergado la primera aguja en la fábrica de estufas Rasmussen. Este tenía solamente tres metros de alto y cobijaba una aguja mucho menor que la primera. La nueva aguja tenía solamente un metro veinte de diámetro. Apenas podía entrar por el ojo un hombre arrastrándose. La altura de la

aguja era solamente de dos metros sesenta, y el ojo era proporcionalmente mucho menor: cuarenta y cinco centímetros de ancho y setenta y cinco centímetros de alto. Pero pequeño y todo, era suficiente para que cualquier habitante de Nueva Chicago pudiera entrar por él, aunque tuviera que arrastrarse centímetro tras centímetro.

EL doctor Cóstigan trabajaba en uno de los paneles que había retirado de la estructura.

—¿Todavía trabajando?

Devan se sentó y se puso a contemplar al doctor que manipulaba en una de las extrañas cajas, cuyo circuito seguía siendo un misterio para todos. A pesar de los años transcurridos, el doctor Cóstigan se había empeñado en mantener el secreto, y nadie lo había forzado para que lo revelase. Devan conocía los circuitos casi tan bien como el doctor; pero, sin embargo, el modo cómo funcionaban las famosas cajas le era desconocido.

—He revisado todos los circuitos. Están todos bien, excepto éste. Supongo que será alguna conexión floja.

El doctor Cóstigan no había cambiado mucho en estos diez años, decidió Devan, mientras lo observaba trabajar con la lámpara portátil. Y eso que ya, cuando hizo la primera aguja, debía de haber pasado los sesenta.

—¿Le parece que podría funcionar esta noche? —preguntó Devan.

—Sin duda. La prueba formal es mañana; pero, si lo desea, podemos hacer una prueba de rutina.

—¿No cree usted que ya hicimos suficientes pruebas con la aguja más pequeña? Sabemos, por ejemplo, que la superficie del otro lado no es ni más caliente ni más fría que la de éste; además es sólida, aunque un poco blanda.

—Ya lo sé. Pero de qué lugar se trata exactamente (una alfombra, una ca-

lle, un baldío o un desierto), no lo sabremos hasta mañana.

—¿No podríamos averiguarlo ahora mismo?

El doctor miró sorprendido a Devan.

—¿Y cómo? ¿Quién va a entrar?

—Podría ser yo.

—¿Usted?... No, Devan; usted no puede hacer eso.

Devan se rió.

—Ya lo sé; pero he estado cavilando sobre el asunto...

Permanecieron en silencio algunos instantes y luego dijo el doctor:

—También yo he pensado en ello. Pero hay un detalle que no he querido mencionar, y es que esta vez no hicimos siquiera la prueba con el conejo. Nos limitaremos a meter los brazos. No sé si será suficiente. Y yo tengo demasiados empastes dentarios para andar metiendo la cabeza.

Devan encendió un cigarrillo y se acercó a donde estaba el doctor.

—Supongamos que no nos retorna a Chicago, sino a un lugar semejante a éste...

—No es imposible —respondió el doctor.

—¿Y no le preocupa?

—No me incite usted demasiado; pues soy capaz de conectar la aguja e ir a mirarlo.

En el interior de Devan se desencadenó una tempestad de dudas, atracciones y escrúpulos. ¿Estaba realmente mal, después de todo, hacer la prueba ahora? Es cierto que sólo faltaba un día para la prueba final; pero de nada serviría el esperar un día más.

—Conéctela y echaré una mirada.

El doctor negó con la cabeza, diciendo:

—Sus muelas...

—¿Qué tiene? Lo mismo da perder los rellenos hoy que mañana.

—Bueno...

—Llevamos esperando diez años... Es ridículo que tengamos que esperar



veinticuatro horas más simplemente porque hace unos meses decidimos fijar la fecha.

—Tiene razón. Cuando usted quiera...

Media hora después el doctor Cóstigan empujaba la llave principal. Se encendieron los tubos. Los motores comenzaron a zumbiar. El doctor Cóstigan y Devan revisaron con el voltímetro algunos puntos importantes del circuito, y el doctor hizo algunas otras revisiones.

Devan introdujo una mano en el ojo de la aguja, y vió con satisfacción que la mano se desvanecía.

—Funciona perfectamente —comentó.

—Piénselo bien, Devan...

—Estése tranquilo, doctor.

Se sentó delante del ojo, introdujo los pies, sintió bajo ellos la superficie sólida, levantó la mano, y con un ademán se despidió del doctor.

DEVAN se dejó deslizar por el ojo. Vió nubes tormentosas que marchaban en falange por el cielo, en un mundo de piedra, recubierto de pasto hasta donde su mirada podía abarcar. La luna estaba alta y brillaba iluminando las altas colinas de roca, los rodales de luz se perseguían uno al otro a medida que pasaba las nubes.

No hacía frío, pero Devan se estrechó.

¡No era Chicago!

No se veía un ser viviente.

Se inclinó y tocó la roca. Era dura como una roca ígnea, pero algo distinta, porque al mismo tiempo cedía. No se atrevió a moverse de donde estaba, ya que el ojo de la aguja quedaba exactamente encima de él, y quería estar en condiciones de regresar inmediatamente, si necesitaba hacerlo. Si se apartaba de aquel lugar, jamás volvería a encontrarlo en aquel mundo monótono.

Diez años de labor perdidos. Ahora había que rechazarlo todo o ensayar algún sistema distinto.

Gritó. Su voz se perdió en el viento, y nadie le respondió.

Echó una última mirada al desolado lugar y retrocedió. El doctor Cóstigan lo esperaba ansioso. El salón de la aguja parecía alegre y acogedor.

—No es Chicago —declaró Devan—. Es un terreno desolado, cubierto de rocas. No creo que exista forma alguna de vida. Por lo menos, yo no la he visto.

El doctor lo miró un largo rato antes de desconectar la llave maestra.

—Conviene que recoja usted sus aulficaciones.

Devan las buscó por el piso, pasándose al mismo tiempo la lengua por los huecos dentarios. Cuando hubo recogido la última, el doctor le ofreció un vaso.

—Bebamos —dijo el doctor—. Bebamos en homenaje a lo que posiblemente usted juzgue diez años de trabajo perdido.

—Yo no diría tanto. Tenemos la aguja y podemos experimentar hasta descubrir el método...

—No hay otro método...

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que suena. No hay nada que hacer.

—Podemos revertir la polaridad y ver qué pasa.

—No serviría de nada.

—¿Por qué?

—Porque ya lo hice con la aguja I. Cambié la polaridad accidentalmente, y no ocurrió nada, pues Glenn pasó cuando la polaridad estaba en una dirección, y el detective cuando estaba en la dirección contraria. Y los dos terminaron aquí.

—Yo no creía que volviéramos a Chicago, Devan. Esto es un proceso continuo. Podemos pasar por un universo al otro, y cada universo será se-

mejante al anterior, completo en sí mismo, y sin embargo decepcionantemente distinto. Me parece que podemos juzgarnos felices de haber aparecido en un mundo tan hermoso como éste.

—Pero supongo que si seguimos de un universo a otro, podemos volver a donde partimos.

—Quizá. Pero podría ocurrir que marchásemos a través de infinitos mundos.

Devan terminó de beber y depositó el vaso sobre la mesa.

En el mundo al que acabo de bajar, es imposible hacer una aguja, a no ser que la hagamos de pasto y de roca.

—Voy a confirmarle un secreto. Desde la primera noche en que llegamos aquí, supe que era imposible salir mediante la aguja; pero hacía falta un objetivo que nos uniese y que diera sentido al vivir. La aguja podía cumplir este papel. Por eso dije: invirtamos la polaridad.

—¡Conque de eso se trataba...!

—Tomemos otra copa —dijo el doctor, elevando la suya—. Diez años de guardar este secreto que ahora compartimos, merece una recompensa.

CAPITULO 18

DEBE de ser temprano —dijo Sam Otto cerrando la puerta después que él y Básher entraron—. ¿Dónde están los demás?

—No tardarán en llegar —respondió Devan acercando dos banquetas que estaban junto a la pared.

—Esperamos que no se pierdan el experimento. Pero de todos modos, señores —dijo Sam con expresión maliciosa—, quiero aprovechar la oportunidad para presentarles al señor Básher, que está deseoso de ofrecerse como voluntario para entrar en la aguja.

—¡Váyase al diablo! —respondió Básher—. Una vez es suficiente. Ahora vengo solamente para mirar.

Poco a poco fueron entrando todos.

Devan, entretanto, revolvía una vez más el problema que no lo había abandonado un instante desde la noche anterior. La conclusión a la que llegaba era siempre la misma: no podía anunciarles lo que había visto. Era necesario que alguno de ellos en persona entrase y lo viera. Si el doctor Cóstigan le hubiera dicho a él mismo lo que iba a encontrar, ciertamente no le habría dado crédito.

—¿Qué te pasa, Devan?

Devan dió un respingo al escuchar su nombre.

—Pareces triste y alejado —le dijo Orcutt—. ¡Animo! Esta es la gran noche. Hoy volvemos a Chicago. Hay que celebrarlo, y tú pareces estar en un funeral.

—Disculpen. Es que estaba abstraído pensando que todo está por llegar a su término. Al fin y al cabo, diez años es mucho tiempo.

—Bueno..., ¿está todo listo?

—Cuando ustedes quieran —respon-

**UN LIBRITO ENTRETENIDISIMO
E INSTRUCTIVO PARA LOS CHICOS**



**En el centro de
AFRICA**

de la
**BIBLIOTECA
BOLSILLITOS**

70
centavos

PÍDALO A SU CARI
LITERA O A SU LIBRERO

dió el doctor Cóstigan—. Pero ¿quién entrará?

—Johnny Selden —dijo Orcutt poniendo la mano sobre la cabeza de un muchacho de dieciséis años, hijo de uno de los obreros de la aguja I, que había sido desplazado junto con sus padres.

—¡Pero es muy chico!

—Precisamente... no tiene aurificaciones que perder.

—¿Y qué dirán sus padres?

—Están de acuerdo. Ellos fueron los que se lo propusieron a Johnny. De todos modos, no va a entrar con todo el cuerpo. Sólo asomará la cabeza, y nosotros lo retendremos de este lado. ¿Estás listo?

Orcutt acompañó al muchacho hasta el ojo de la aguja. El doctor Cóstigan empujó la palanca que activaba la zona del ojo.

—Nosotros te sostendremos —dijo Orcutt al muchacho—. Arrástrate hasta la entrada y mete solamente los hombros. No pases las manos; déjalas fuera, por si tienes que hacer fuerza.

El muchacho, pálido y tragando saliva, hizo como le había explicado Orcutt. Este y Holcombe lo sujetaron de una pierna, y Johnson y Básher de la otra.

—¡Vamos! —dijo Sam Otto.

La cabeza del muchacho desapareció; luego, el cuello y los hombros. Las manos, asidas a los costados de la aguja, estaban tensas y sudorosas; después se aflojaron y se apoyaron en el piso. Los que lo observaban vieron que el cuerpo se torcía primero en una dirección y luego en otra.

Después de lo que a todos pareció un largo rato, el muchacho se levantó con la manos, se volvió sobre la espalda y se sentó, fuera de la aguja y con los ojos parpadeantes. Los hombres se sentaron en torno, curiosos pero pacientes. El doctor Cóstigan desconectó la aguja. Los nervios de Devan se ten-

saron aguardando la revelación y sus efectos.

—¡Vamos, habla! —exclamó Sam Otto, incapaz de dominarse por más tiempo.

—No sé —respondió el muchacho.

—¿Qué es lo que no sabes?

—No sé lo que vi.

—Bueno, descríbelo lo mejor que puedas.

—Es oscuro... húmedo...

—Entonces, ¿no es Chicago? —interrumpió Toombsberry.

—Dejen terminar al muchacho —dijo Sam.

—Huele distinto —prosiguió Johnny—. Pero estaba oscuro por todas partes. Sentí una brisa...

—Bueno —dijo Orcutt—. Parece que no aclaramos nada. Voy a entrar yo. El doctor Van Ness me rellenará luego los dientes. No lo tomes a mal, Johnny. Tú nunca has vivido en la ciudad, o por lo menos eres tan chico que no puedes recordar e interpretar lo que has visto.

—¡Un momento! —dijo Toombsberry—. No hace falta que te sacrifiques. Yo no tengo nada que perder.

Y ante el silencio de todos, se llevó la mano a la boca y extrajo de ella las dos piezas de su dentadura postiza.

El doctor Cóstigan lo miró fijamente, recorrió luego las caras de los que lo rodeaban, deteniéndose un momento en cada una y un poco más en la de Devan. Finalmente se dió vuelta y empujó la palanca. Devan decidió permitir que Toombsberry se sacase la curiosidad. No había riesgo ninguno, y quedaría zanjada la cuestión.

Toombsberry se echó de boca en el suelo junto al ojo, metió la cabeza, empujó y desapareció instantáneamente. Dentro de la aguja, quedaron sus ropas formando un montón.

TRANSCURRIERON quince minutos de agonía. Una cabeza apa-

reció por el ojo. Era la de Toombsberry, cuya desdentada boca estaba contraída con la mueca característica de los acostumbados a las dentaduras postizas, cuando no las tienen puestas.

—¿Es Chicago?

—¿Qué viste?

—Vamos, Hóward, no nos hagas esperar...

Pero Toombsberry se negó a pronunciar una palabra hasta que estuvo completamente vestido, con sus dientes postizos y los anteojos en su lugar. Luego miró a todos, disfrutando por la ansiedad general. Devan sabía lo que Toombsberry iba a decir, pero no le gustaba el modo cómo lo difería.

—Era Chicago —dijo finalmente.

¡Chicago!

Devan se quedó inmóvil en el banco, como si lo hubieran atontado de un mazazo.

Los demás se amontonaron en torno de Toombsberry, ansiosos de detalles.

¡Imposible! Devan había entrado en persona por el ojo y había visto la planicie interminable y yerma. ¿Sería posible que Toombsberry mintiese?... ¿Y por qué?... Los otros seguían bombardeándolo con preguntas, y Toombsberry continuaba sonriendo misteriosamente.

Cuando cesó el alboroto, dijo así:

—Es Chicago. Al entrar en la aguja, todo era, como Johnny dijo, oscuro y húmedo. Era imposible ver nada. Me quedé echado en el lugar en que había tocado el suelo, palpando la superficie que tenía debajo. Descubrí que era arcilla arrastrada por el agua y que se había endurecido. Me senté; me paré; sentí una brisa. Luego, los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, y pude entrever una zona menos oscura delante de mí. Decidí acercarme, porque oía pequeños ruidos en mi alrededor, y de vez en cuando una de las ratas me pasaba sobre los pies desnudos. Avancé cinco pasos y vi una puerta a mi derecha. Doblé en esa dirección y

avancé siete pasos y medio. Entonces me sentí tranquilo, sabiendo que podía regresar a la aguja cuando lo quisiera. Lo único que tenía que hacer era localizar la puerta. Al otro lado de la puerta no estaba tan oscuro.

En una pared había ventanas situadas a la altura de la cabeza, a través de una de las cuales se veían las estrellas, y por otras se divisaban los muros de edificios cercanos. Comprendí que estaba en el semisótano de un edificio deshabitado. En un extremo de la habitación encontré una escalera casi obstruida por desperdicios, y salí a un terreno baldío. No vi a nadie, y nadie me vió. Si me hubieran visto, habrían llamado a la policía.

Toombsberry hizo una pausa para tomar aliento y prosiguió:

—En la calle de enfrente, era muy distinto. Los automóviles pasaban a toda velocidad. Me había olvidado de lo rápido que corren y de lo que significa un progreso de diez años. Oculto entre las sombras, vi pasar a la gente. Vi sus caras a la luz de los faroles. Preocupados, hambrientos e intranquilos. No tienen el aspecto que nosotros tenemos. Son pálidos; andan con demasiada prisa...

Devan se esforzó por aceptar que lo que Toombsberry contaba fuera posible, pero no lo consiguió. Le pareció que lo mismo estaba pensando el doctor Cóstigan.

—Bueno —dijo Sam Otto—; lo que nos queda por hacer es llamar a los demás y comenzar a entrar uno por uno en la aguja.

—Ya está todo arreglado —dijo Orcutt, mirando atentamente a Toombsberry—. El Consejo ha decidido el procedimiento a seguir. Mañana a las diez habrá aquí una asamblea de todos los habitantes de Nueva Chicago. En ella se fijará el sistema para sortear los números y determinar el orden en que hemos de entrar en la aguja.

—Necesito un trago —dijo el doctor Cóstigan—. Casualmente tengo vasos para todos.

La propuesta fué aceptada de buen grado.

—Todo será muy distinto cuando volvamos a Chicago —dijo Otto con aire serio.

—¡Ya lo creo que será distinto! —suspiró Holcombe.

—Lo hemos pasado bien aquí, ¿no les parece? —comentó Toombsberry—. No sé por qué, pero la verdad es que yo me sentía feliz.

—Yo voy a echar mucho de menos la vida de Nueva Chicago —dijo Basher.

Orcutt alzó su vaso y propuso un brindis.

—Por nuestra querida Nueva Chicago.

—¿Puedo contarles a mis padres todo esto? —preguntó Johnny.

—Por supuesto, Johnny —respondió Orcutt.

El chico salió corriendo. Los demás fueron saliendo después que él. Quedaron solos el doctor Cóstigan, Orcutt, Devan y Toombsberry.

Finalmente, Toombsberry se puso de pie y dijo despidiéndose:

—Tengo que irme. Mañana es un difícil.

—Te acompaño —dijo Devan, dejando a Orcutt y al doctor.

Caminaron en silencio buena parte del camino, hasta que Devan dijo:

—Tengo algo importante que decirte, Hóward.

—¿De qué se trata? —preguntó Toombsberry mirando de reojo.

—Anoche entré en la aguja.

—¿De veras?

—No vi más que una planicie rocosa, un lugar donde no se veía otra cosa que piedra y hierbas. Y no había ningún ser viviente.

—¡Caramba, qué lugar deprimente!

—¿No has visto tú lo mismo?

—Yo no diré a nadie que tú bajaste por la aguja, Devan.

—¿Por qué les has dicho que era Chicago?

Toombsberry se volvió y le contestó imperturbable con otra pregunta.

—¿Por qué no les has dicho tú que no era Chicago?

—Pero tú has visto lo mismo que vi yo, ¿no es cierto?

—Pues es Chicago, Devan. Tiene que ser Chicago. ¡Y hay que creer que lo es!

CAPITULO 19

DEVAN pasó la noche tironeado por dos sentimientos opuestos: por una parte, el impulso de revelar sin pérdida de tiempo lo que había visto; por la otra, una firme confianza en Toombsberry y en su excelente criterio. No le graba imaginarse cuál era su juego, pero comprendía perfectamente que el anuncio de que no era posible volver a Chicago no podía dejar de provocar una grave perturbación entre todos sus compañeros. Decidió esperar al día siguiente y seguir el juego de Toombsberry. Ni siquiera a Betty le descubrió el secreto.

Cuando hubo terminado el desayuno, le dijo a ésta con toda la naturalidad que pudo:

—Tengo que irme ya... ¿Nos encontraremos a las diez en la reunión?

Betty lo acompañó hasta la puerta. Sus ojos estaban preñados de lágrimas.

—Iré con los chicos —le dijo.

Devan la besó suavemente, pero ella lo estrechó con todas sus fuerzas.

—Devan —dijo.

—¿Qué?

—Devan..., hemos sido tan felices juntos...

—Lo sé —respondió Devan con la garganta cerrada por un nudo.

—¡Oh, Devan!... ¡No nos vayamos! ¡Quedémonos aquí! —lo tenía

abrazado aún, y sus labios estaban pegados al oído—. Devan..., no quiero regresar... ¿Qué piensas tú?

El la estrechó contra sí lleno de gozo.

—No quiero volver, Betty.

Fué asombroso lo fácil que le resultó decir una verdad que durante tanto tiempo había ocultado dentro de sí.

Ella preguntó radiante de alegría:

—¿Aunque nos quedáramos solos tú y yo... y los niños?

Y Devan contestó:

—No nos separaremos jamás, Betty. Seguiremos en Nueva Chicago.

LA mañana era fresca y el sol brillante. En la superficie límpida del lago, las olas reflejaban los rayos solares. Pero la playa estaba inusitadamente desierta, porque todos estaban en el edificio de la aguja o se preparaban para ir hacia él.

Había varias mesas largas, colocadas delante de la puerta de acceso. Hombres y mujeres llegaban solos o en parejas, sin ningún equipaje, pues sabían que no podrían llevarse nada consigo cuando entrasen por el ojo. Orcutt echaba las paletas que serían sorteadas luego. Devan ayudaba a Johnny a pasar la larga lista de los ciudadanos: quinientos treinta y uno, en total, incluido el último nacido esa misma mañana en el hospital.

Devan atendía a los innumerables detalles; pero su mente vagaba por otros campos de preocupaciones. Betty había querido quedarse con él en Nueva Chicago, a pesar de que creía que por la aguja se podía regresar al otro Chicago. Él recordarlo le ensanchaba el corazón a Devan, y le hacía sentirse liberado y alegre finalmente, comprendiendo que la aguja había sido no un puente entre él y Betty, como había pensado hasta ahora, sino un obstáculo. En uno de los grupos vio a Betty llevando de la mano a los niños, y

le hizo un saludo con la mano. ¿Qué dirían los otros al enterarse de que la aguja no los podía llevar a Chicago, sino que los dejaría en un mundo inhóspito y salvaje como había sido el que encontraron aquí?

—Hombres y mujeres de Nueva Chicago —era la voz de Orcutt dirigiéndose a la asamblea—: ha llegado el día que habéis esperado durante diez años. Anoche los integrantes del equipo de técnicos nos reunimos aquí; Hóward Toombsberry entró en la aguja, llegó a Chicago y caminó por sus calles durante algunos minutos. Ahora sólo falta que los demás sigamos su camino. Para poner un poco de orden, el Consejo decidió que se echase a suerte quién sería el primero y en qué orden debíamos seguirlos los demás. Cada miembro de una familia irá acompañado por los suyos. Los que no tienen familia irán solos. ¿Hay alguna dificultad?

Nadie levantó la mano.

—Entonces, vayan pasando de uno en uno. Que cada cual saque una papeleta con el número de orden y se ponga en la fila. Cuando todos hayan sacado el número, comenzarán a entrar los primeros.

“No hay otra solución”, se dijo Devan interiormente. “¿Qué pasará cuando salgan del otro lado y descubran que no es Chicago?”

Pero nadie se adelantó a buscar su papeleta.

Todos, muy sorprendidos, se miraban los unos a los otros. Orcutt subió otra vez a la plataforma.

—¿No me han entendido?... Avancen de uno en uno, para sacar las papeletas.

Ahora la gente se reía.

—¡Gus Nelson! —dijo Orcutt—. ¿Por qué no avanzas tú tampoco?

—Porque no voy a sacar la papeleta. Quiero quedarme aquí.

—¿Quedarte aquí? ¿Por qué?

—Porque tengo trabajo que cumplir. El acero es muy importante. Estoy trabajando en un nuevo tipo. La mezcla está en el horno y necesita dos días más, por lo menos. Además... hay una chica: una mujer... Pensamos casarnos, y hemos acordado quedarnos aquí para siempre.

La asamblea escuchó el discurso de Nelson, con risitas primero, con algunos aplausos aislados después, y finalmente rompieron todos a aplaudir.

—¿Saben por qué no quiero irme yo? —dijo en voz alta el doctor Van Ness—. Porque en Chicago no podría trabajar. Soy demasiado viejo. Tengo más de sesenta y cinco años. Allí la gente me solía decir: “¿Por qué no se retira y le deja el lugar a otro más joven?” Así lo hice: me retiré. Pero no fui feliz hasta que llegué a Nueva Chicago y pude comenzar otra vez mi trabajo. Hice de cada aurificación una obra de arte. Tengo tres asistentes que están trabajando muy bien. Espero que se queden conmigo. Ellos y yo nos encargaremos de los dientes de todos los que se queden. Y será como hasta ahora: a nadie le costará un centimo.

Las palabras del dentista fueron recibidas con un aplauso ensordecedor. Devan estaba profundamente conmovido. Vió entre la muchedumbre el rostro radiante de Betty.

Varias voces gritaron:

—¡No queremos la aguja!

—¡Que se desarme la aguja y se usen las partes para lo que necesitamos!

—¡Fuera la aguja!

—¿Están todos de acuerdo? —preguntó Orcutt.

Un “sí” unánime, acompañado de aplausos y gritos, le respondió.

El doctor Cóstigan sacó unas botellas de vino y una porción de vasos. Libres de la tensión de la aguja, todos hablaban alegremente y hacían planes para los años siguientes.

Devan miró a Orcutt y se preguntó interiormente si éste sabría la verdad. Orcutt debió de adivinar el significado de aquella mirada; pues se volvió hacia Devan y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Devan? ¿No te gustó el cuento de Toobsberry?

—Era horrible aquel lugar —dijo Toobsberry—: una planicie rocosa y muerta. Pero era tranquila y silenciosa. Me dió tiempo para pensar. Lo que dije era lo único que podía decir. ¿No les parece?

—Sí —respondió Devan—. Ahora creo que sí.

Betty, que estaba sentada a su lado, le estrechó la mano, y ambos contemplaron a los chicos, que corrían con otros por la playa bajo la luz deslumbrante del sol.

DE pronto, escucharon voces y gritos que venían del lago. Devan pensó que alguien se había caído dentro.

La gente corría hacia la playa. Todos miraban al agua. Muchos señalaban hacia el interior.

Devan miró en dirección señalada.

Un hombre nadaba hacia la costa.

Su cuerpo blanco era un espectáculo extraño para los bronceados habitantes de Nueva Chicago. Pocos metros antes de la costa hizo pie.

El hombre comenzó a salir del agua.

Estaba desnudo.

Sonreía.

Hizo un saludo a la gente reunida en el borde del agua. ✦

Contra los “Aguachadores”

EN Dinamarca se ha empezado a usar un nuevo tipo de tapas para botellas de leche, a prueba de hurtos y agregados de agua. Si alguien trata de forzar la tapa, cambia de color y apariencia, delatando la maniobra.



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

SATURNINO FERNANDEZ, HEROE

Señor Director:

Tengo doce años y me interesa mucho su revista... De “Saturnino Fernández, héroe” (MÁS ALLÁ N° 27) nada puedo opinar, pues mi padre lo escribió.

J. I. COVARRUBIAS (Capital)

Señor Director:

A pesar de tratarse de un cuento de Covarrubias me extraña no lo hayan rechazado con un gigantesco NO APTO. Es curioso, ya van tres cuentos: “17 monedas de veinte”, “El freno celestial” y “Saturnino Fernández, héroe”, en que sistemáticamente tres borrachos (cada uno en su novela, salvan al mundo del peligro mortal. Quisiera saber si tienen ustedes acaso acciones en una bodega o alguno de sus relatores es mendocino.

DINAH DE VALLE (Capital)

Señor Director:

Mi más ferviente voto de aplauso al conocido periodista... al “apóstol de la botella”... No es realmente un cuento de F. C. cien por cien, pero es muy bueno.

E. NELSON CUELI (Capital)

SI USTED FUERA EL UNICO

Señor Director:

Verdaderamente y no es ninguna novedad, todavía se puede observar el prejuicio y el dogmatismo. Porque lo que comunica cierto lector en el N° 26 de su revista, refiriéndose al argumento del cuento “Si usted fuera el único” (MÁS ALLÁ N° 26), no es más que eso. Después de resolver por su cuenta la vieja cuestión entre vitalistas y mecanistas (apoyados éstos con cada nuevo descubrimiento de la ciencia), da por probada la existencia del alma como entidad independiente y niega el poder dar algún día tales caracteres (provenían o no de dicha entidad) a un sistema material con razón semejante a la de los que negaron antes de la síntesis de la urea per Wohler en 1828 la posibilidad de obtener compuestos orgánicos por ese medio. Estoy convencido de que el único imposible es “lo imposible”. Con medios adecuados debe fatalmente poder realizarse cualquier empresa. Y una evolución apropiada puede facilitar tales medios.

NELSON MAC ALLISTER (Pergamino)

PLATOS VOLADORES (CONT.)

Señor Director:

El periodista Taylor, en “Selecciones del Reader's Digest”, afirma con toda seguridad que los platos voladores son propiedad de los Estados Unidos y que es un secreto militar. ¿Es cierto eso?

NORBERTO TSCHHELLER (Rosario - Sta. Fe)

Señor Director:

Si los “platos voladores” fueran modelo experimental de los EE.UU. no los estarían enviando en número tan grande por todo el mundo ni los lanzarían a pelear contra sus propios aviones de combate. Además... los “platos voladores” se deslizan a gran velocidad sin emitir ruido alguno aunque vayan a mayor velocidad que el sonido, y cambian de dirección bruscamente a esa velocidad en ángulo recto, cosa que no se ha logrado y que ningún ser humano resistiría.

DANILO F. IBARRA GONZALEZ (León)

Señor Director:

El 27 de noviembre, aproximadamente a las 21 y 45 hs., vi aparecer detrás de un edificio cercano una luz que tomé por un aviso. Me extrañó la lentitud con que se movía y con gran sorpresa lo vi detenerse en el aire durante diez minutos. Por fin se alejó en dirección norte muy lentamente. Al día siguiente me enteré que había sido visto un “plato volador” volando sobre Lanús.

ROBERTO ROSASPINI (Capital)

Señor Director:

Yo creo que si siguen publicando cartas de lectores que han visto “platos voladores” (M. A. N° 28), un buen día recibirán una carta que diga más o menos como la siguiente anécdota que publica “Journal Times” de Racine, Estado de Wisconsin: “La policía y los comisionados especiales confirmaron la historia de un vecino de Racine, quien dió cuenta de que en su granja, situada al norte de la ciudad, no había caído un enorme disco volador... En su entrevista con un reportero el testigo presencial dijo: Salté de la cama y levanté la cortina. Repentinamente comprendí que no podía ver ni oír afuera nada extraordinario. No hubo explosión ensordecedora ni relámpago que me cegara. Miré hacia el norte y no vi nada que indicara la presencia de una nave circular del espacio, de más o menos

17 metros de diámetro. Habría estado a cuatro metros de altura, calculo, si la hubiera visto. Me apresuré a bajar la cortina y me metí de nuevo en la cama. Me di cuenta de que nadie iba a creerme y por tanto no abrí la boca para contarle nada de esto a ningún ser viviente".

JULIO E. PERRIN (Tigre)

ESPACIOTEST

Señor Director:

Por favor, ¡no publique tantos cuentos...! Publique más respuestas Científicas que son muy instructivas, y más Espaciotest que es extraordinario y respondo las tres cuartas partes de las preguntas. Soy un niño de 12 años...

CARLOS A. TROY KAUS KAZ (Pdo. de Pilar)

☞ ¡Muy bien, Carlitos! Pero parece que el Espaciotest es demasiado fácil para algunos:

Señor Director:

Deseo advertirle que el pomposo nombre de Espaciotest para denominar un cuestionario de preguntas tontas que podrían contestarlas fácilmente niños de primer grado, es una ridícula ansia de importancia.

RODOLFO J. CLARO (Bahía Blanca)

☞ Por supuesto, todos los niños de primer grado saben definir perfectamente una resistencia fluorescente, la fisión del uranio, la función del páncreas y nimiedades parecidas (véase Espaciotest).

Señor Director:

El "Espaciotest" es lo mejor de la revista. Las preguntas deberían ser veinte por lo menos.

FELIX A. de BAZAN CHRYSTTI (Lima, Perú)

A LA CABEZA

Señor Director:

Desde que leí "A la Cabeza" (MAS ALLA N° 31) se me da por las noches por hablar despacio sobre patinaje artístico o si no doy extensas conferencias sobre el viaje a las estrellas. Esto lo hago para ver si me vuelvo catatónica y entro en contacto con otros mundos...

MARIA PIACQUADIO (Capital)

Señor Director:

Este cuento revela a un auto-lector de primer agua, pues Gold sabe colocarse en nuestro lugar y da en la tecla, como sólo lo hace el lector, dentro del más puro impacto en la mente, que nos deja entre asombrados y admirados.

ROBERTO GOLBERT (Rosario)

TAPAS Y OTROS ERRORES

Señor Director:

Una de las causas que más aportan para el desmejoramiento de su revista son las

tapas más adecuadas para el "Pato Donald" que para una revista de F. C.

RODOLFO J. CLARO (Bahía Blanca)

Señor Director:

Un caluroso aplauso y mil felicitaciones por las tres últimas portadas, verdaderamente sensacionales.

R. N. VARDICH (Pcia. de Formosa)

Señor Director:

La portada del N° 29 es mala por dos causas: la primera es que esa portada hace de la revista, para el que no la conoce, una más entre las de F. C., en las que todo se resuelve con pistolas atómicas. La segunda es que la verdadera F. C. no debe tender jamás hacia un futuro representado por el odio y la guerra entre los hombres porque si bien el "homo sapiens" es más bien camorrero (por naturaleza), eso no quiere decir que en un futuro, esas cosas no puedan arreglarse... Con el número de noviembre, su revista ha reputado magníficamente. El N° 30 es casi tan bueno como los primeros dos números. Los cuentos son sorprendentes. Me han dejado estupefacto. Nunca pensé que MAS ALLA resurgiría tan alto. ¡Ya era hora! Sin embargo, en cada número se encuentra mayor número de errores. En el N° 29 había tres, en el 30 había seis. Dentro de poco, si siguen así, tendrán que vender, junto con la revista, un manual para descifrarla...

MAURICIO KITAIGORODZKI (Capital)

☞ Confío en que el linotipista no cometa un error al componer su apellido, amigo Mauricio.

Señor Director:

La tapa del N° 29 me recuerda a las aventuras de Flash Gordon. ¡Por favor! ¡No cambie la orientación artística de la revista!... Reconozca los errores, pues al contestar se propone ridiculizar con palabras altisonantes a los que lo critican y lo único que se saca en claro es una visible disculpa.

HECTOR J. LORENZO (V. Ballester)

☞ ¡Por favor! ¿Yo?

Señor Director:

...La ilustración de la cubierta del número 30... es idiota, y deliciosa a la vez. Está llena de convencionalismos entre vibrantes colores; pero pone un raro sentido del encuadre, casi cinematográfico...

RICARDO WILSON (La Plata)

Señor Director:

La tapa de MAS ALLA N° 30 está fantásticamente realizada, soberbia. ¡Felicitaciones al dibujante! No le hagan caso al señor L. Sortheix de Capital. Siga publicando los chistes como hasta ahora que son buenos... Si usted se dejara influenciar por lo que ese señor dice, caeríamos en la solemnidad y la revista de-

jaría de ser la que apasiona, destruye, pregunta, acusa, contesta y construye... ¡Ah! Procure ser "perexor" para sondear las intrincadas mentes de los lectores que se guardan lo mejor de las críticas y alabanzas tan justificadas para MAS ALLA.

JUAN B. CABRERA (Córdoba)

Señor Director:

El número 30 de MAS ALLA me ha dejado turulata. Para mí ha sido algo así como "El picnic de un millón de años..." del espíritu, y que me perdona Bradbury, el poeta de F. C. ¡La portada es espléndida! ¡Que MAS ALLA siga MAS ALLA!

LOLA PUJOL de M. (Capital)

FIELES DISTINGUIDOS

Señor Director:

Desearía que mi carta apareciera en "Proyectiles Dirigidos", pues mi propósito fundamental es convertir a varios "infieles" al culto de MAS ALLA. Y en mi campaña pro mayor cantidad de lectores de MAS ALLA, le propongo la creación de un distintivo que nos identifique y distinga. ¿Qué le parece la idea?

ROBERTO CROTTIGINI (Capital)

DESENTRAÑANDO LA F. C.

Señor Director:

Complázome en dar mi voto por la conservación de su revista. Porque alguna de sus novelas, espiritualmente, me conducen a un mundo de felices ilusiones. Pero "El tiempo es oro", y considero desatinado gastarlo leyendo argumentos hipotéticos referentes a los hombres de millones de siglos venideros o pasados. Porque, según mi criterio de montaraz inculto, los sapientes contemporáneos que calculan e divulgan esas teorías, no hacen más que delirar vanidosamente. No debemos olvidar que el hombre no es creador de la naturaleza sino creación de ella. Y sólo la naturaleza, esa fuerza generadora y omnipotente que nos rige, puede saber lo que han sido y serán los hombres y los mundos cuando hayan transcurrido algunos octillonésimos terrestres. Por esta razón opino que estos argumentos se hallan a la altura de un papagayo domesticado, quien también puede articular sonidos sin tener noción de su significado.

No obstante, me satisface haber comprobado que la Sección Correspondencia no es pura composición de ustedes, como algunos sostenían.

PABLO ENRIQUE (Olivos)

☞ En suma, la F. C. sería un delirio de sabios vanidosos escrita para papagayos ilusionados. No todos estamos de acuerdo. Por ejemplo:

Señor Director:

Hace aproximadamente unos 15 años que estudio sobre estos problemas tanto filosóficos como matemáticos, físicos, astronómicos, bio-

lógicos o psíquicos y encuentro que tanto vuestros cuentos y novelas como la Sección Científica se complementan y aunam para que el nivel medio de la humanidad comprenda la ardua lucha con que amanece todos los días para desentrañar los misterios que en el cosmos imperan.

PABLO C. BENATI (Capital)

Señor Director:

Gracias por la inyección de optimismo de algunos números; gracias por la advertencia y el temor de otros; gracias por la esperanza de muchos y, sobre todo, gracias por la inteligencia, el ingenio y la profundidad de todos.

NORBERTO FERNANDEZ RIGHI (Capital)

OPINIONES DE PAYADORES

¡Huija, señor Director!

Este indio patagónico también cree tener derecho a opinar sobre MAS ALLA, después de leer la sección Proyectiles Dirigidos en donde han tallado los payadores del norte en pro y en contra de la revista. Mi opinión de indio fiel es la siguiente: la revista en sí es muy buena, en especial sus artículos científicos. "Espacio sin fronteras" es óptimo.

CACIQUE NUBARRON (Trelew, Chubut)

Señor Director:

Veo con disgusto que toda equivocación o falla que comete su revista y que los lectores critican con sus cartas, siempre tienen una respuesta favorable a la revista, a pesar de que muchas veces los lectores tienen razón. ¿Por qué usted cree que tiene razón la revista?

RUDY S. VIDI (Córdoba)

☞ La ventaja del director es tener, en todo caso, la última palabra.

Señor Director:

...Espero que no cometan más errores, aunque "errar es humano", pero si pueden hacer de MAS ALLA una revista perfecta, su fama repercutirá hasta en el sistema de Sirio y hará que la tierra deje de ser el último de los planetas entre todos los del Universo, como dicen los Marcianos en "La exploración de Marte".

CARLOS SOSA (Montevideo R. O. U.)

Señor Director:

Las novelas que publica MAS ALLA son demasiado buenas y no puedo soltarlas de ellas. ¡Me tienen esclavizado, no como ni duermo por leerlas! Vaya por esto mi queja.

ALBERTO R. TERRE (Córdoba)

LA CONQUISTA DE LA LUNA

Señor Director:

¿Por qué no emplean en este artículo (MAS ALLA N° 30 y subsiguientes) el término "lunatizar" en lugar de aterrizar?

L. ALMIRON (Córdoba)

Señor Director:

Espero que se realice pronto el viaje a la luna que dicen será para dentro de diez años. Yo deseo participar en él y creo que lo lograré porque ahora tengo catorce años.

MARIA PIACQUADIO (Capital)

Señor Director:

Por la realidad del artículo "La Conquista de la Luna" me ha parecido que yo estaba dentro de la astronave en el momento del aterrizaje.

M. BARONE (Capital)

UN HOMBRE ENCUMBRADO (Nº 31)

Señor Director:

Es la primera vez que leo en MAS ALLA una historia tan moderna y con tan fino humorismo como ésta. Espero que por el bien nuestro sigan publicando este tipo de cuentos.

M. BARONE (Capital)

Señor Director:

"Un hombre encumbrado" desentona como cuento dentro de su revista.

ROBERTO GOLBERT (Rosario)

HACIA LA VERDAD (cont.)

Señor Director:

Permítame felicitar al señor José Martínez de Córdoba (MAS ALLA Nº 30). En su respuesta, me recuerda la razón matemática de que la inversión de los factores no altera el producto.

SOCRATES A. CARABALLO
(S. Cristóbal - S. Fe)

Señor Director:

...La negación de Dios es el superlativo de la soberbia del género humano. Que haya un ente que sea más empujante al hombre. Luego, elimina a ese ente. Esta es la natural explicación del señor Martínez al

afirmar que como el hombre no puede admitir (¿por qué?) que el mundo que habita haya sido hecho por Dios, "lógicamente" no cree en él. Como se puede observar, un pensamiento "completamente lógico". Lo que usted dice, señor Martínez, es irracional y arbitrario...

ALBERTO A. ORTIZ PRANNO (Capital)

Señor Director:

Me extraña que al Creador del Universo lo echen un poco a un lado. La existencia de otros planetas habitados, de otras formas de vida influenciadas por extraños ambientes no puede estar reñida con la religión. Dios es omnipotente, aún vibra la palabra de él: "Creced... multiplicaos..." ¿Por qué sólo en la Tierra? Ellos, los hipotéticos habitantes de otros planetas, quizá han tenido otro modo de redención, a lo mejor se han conservado incólumes y por ello han alcanzado sabiduría hasta el punto de vencer todas las dificultades del espacio... si de verdad existen o son naves espaciales los platívolos... ¿Que no aterrizan? ¡Ellos habrán observado que somos muy poco recomendables! ¿Aceptarán los extragalácticos socios del Club "Fantífico" una mujer en sus filas?

ALIDA de HERNANDEZ (Caracas-Venezuela)

Señor Director:

El materialismo del señor Martínez no puede probar que Dios no exista como tampoco puede probar que el alma perviva después de la muerte... Los más grandes sabios de la humanidad como Einstein, Plank, Newton y Pasteur han sido profundamente creyentes y han sostenido que el alma es inmortal. Todas las doctrinas materialistas no pueden negar la verdad final, que, quéralo o no el señor Martínez, es nuestra creencia en Dios y en la inmortalidad del alma.

RAMON HEYSER ESPINOSA (Chile)

respuestas de la sección científica

El planeta Vulcano

¿Cuál fué la causa por la que los astrónomos del siglo XIX creyeron ver un planeta más cercano del Sol que Mercurio, y al que llamaron Vulcano?

JUAN F. GAZZOLA (Buenos Aires)

Se supuso que un planeta debía de hallarse entre Mercurio y el Sol, porque había ciertos efectos en el movimiento de la órbita de Mercurio que no se podían explicar. El "avance del perihelio", una vez descontada la influencia proveniente de los planetas hasta entonces conocidos, seguía siendo de unos 42" y pico de arco, por siglo. Esa es la razón por la cual se "inventó" un planeta, al cual denomina-

ron Vulcano. Pero nunca se lo encontró. Posteriormente, la teoría de la relatividad dio la explicación del efecto, y no fué necesario recurrir a Vulcano para nada.

Los metales

¿Existe algún gas con carácter de metal, a presión y temperatura normales, así como existe el mercurio a estado líquido? ¿Por qué no puede serlo, por ejemplo, el hidrógeno, si no hay una separación definida entre metal y metaloide?

NELSON MACALLISTER (Pergamino)

Sobre lo que usted plantea, es más bien cuestión de ponerse de acuerdo en la nomenclatura. Los metales son, con pocas excepciones (entre ellas el mercurio), ele-

mentos sólidos, dotados de ciertas propiedades, tales como las de formar sales, etcétera. Los no metales, llamados también metaloides, suelen ser gaseosos y líquidos, como por ejemplo, flúor, cloro, oxígeno, bromo, yodo, etcétera; pero los hay también sólidos, como azufre, fósforo, etcétera. Esta clasificación en cierto modo anticuada, por lo menos, está cayendo en desuso. Por otra parte, también suele usarse por extensión la palabra metal para indicar determinados cuerpos sólidos de aspecto y propiedades metálicas, que no son cuerpos puros, sino aleaciones, como el bronce y mucho más. Por consiguiente, mal podría un gas ser clasificado como metal, cuando carece precisamente de una de las condiciones que se atribuye a los metales, cual es la de ser sólido, o por lo menos, un líquido "metálico", como el mercurio. Sin embargo, hay gases metálicos: el vapor de mercurio, el de sodio, el de potasio, etcétera, son vapores metálicos. Como usted ve, todo es cuestión de precisar un poquito las definiciones, y ya el problema se aclara... ¡o, a veces, se oscurece!

El origen de la Luna

En el número 12 de MAS ALLA, contestando a los lectores sobre el origen de la Luna, se menciona la teoría darwinista como la más aceptada. Pero esta teoría está en contra de la autoridad y veracidad inquestionables de la Biblia.

TITO L. SANTACRUZ (Salta)

MAS ALLA dió una respuesta científica, no teológica. El amable lector podrá creer (nadie se lo impide) al pie de la letra lo que narra la Biblia respecto del origen de la luna y las estrellas. Pero le recordamos que aun el propio Papa Pío XII ha recomendado a los fieles poner atención a las explicaciones científicas de la naturaleza, y que es una tendencia muy generalizada entre las personas cultas, sean religiosas o no, aceptar las explicaciones científicas en forma racional, y no como artículos de fe. Aun los pasajes de la Biblia que cita el lector han sido motivo de interpretaciones variadas, y una de las más en boga ha sido considerar que, en ellos, solamente se presenta una explicación sobre el origen del mundo adecuada

a la mentalidad de la época en que se escribieron dichos textos sagrados, y sobre todo, adecuada al nivel medio de la gente de entonces. Por otra parte, al lector a quien MAS ALLA contestaba, solamente se le presentaba una teoría sobre el origen de la Luna, sin que se afirmara que ésa era la única interpretación posible. Pero era una teoría que tenía fuertes fundamentos científicos y que se apoyaba en hechos conocidos.

Sofismas

He oído mencionar a Zenón de Elea y su fantástica teoría de que el movimiento no existe. Quisiera que se me explicara algo al respecto.

HUGO CHUMBITA (Santa Rosa, La Pampa)

Zenón de Elea, discípulo de Parménides, vivió allá por los años 490 al 430 a. de J. C., en Elea. Puso de relieve las contradicciones que existen en los conceptos de espacio vacío y de movimiento. Hacía razonamientos de este tipo: Si el ser se encuentra en un espacio vacío, éste deberá ser algo y, por lo tanto, deberá encontrarse a su vez en un espacio vacío, y así sucesivamente, hasta el infinito. Análogamente, intentó probar que el movimiento es imposible, para lo cual razonaba así: El movimiento puede interpretarse como el desplazamiento de un segmento cualquiera; antes que se desplace la segunda mitad del segmento, habrá tenido que desplazarse la primera, y antes que la segunda mitad de esta primera se desplace, habrá tenido que hacerlo la primera mitad correspondiente; y así sucesivamente. Por consiguiente, si se considera un trozo cualquiera de segmento que no contenga al extremo inicial, veremos que contiene infinitas partes que no pueden desplazarse antes de que lo hayan hecho las otras. Ponía este ejemplo: Un corredor rápido, Aquiles, no podrá alcanzar nunca a uno lento, una tortuga, ya que si suponemos que aquél anda diez veces más rápido que ésta, pero ésta sale primero, con un metro de ventaja, mientras Aquiles recorre un metro, la tortuga habrá adelantado 1/10 de metro; mientras aquél recorre este nuevo segmento, la tortuga habrá adelantado otro (1/1000 de metro), y así hasta el infinito. La falla del razona-

miento está en que Zenón no tenía en cuenta que una magnitud no deja de ser finita por el hecho de que sea infinitamente divisible.

Otro argumento suyo famoso es el de la flecha que vuela por el aire. Según Zenón, está en reposo, porque en cada instante, ocupa un espacio bien determinado; pero ocupar un espacio bien determinado es hallarse en reposo. El error de movimiento implica el de instantes sucesivos.

Números imaginarios

¿Para qué cálculos sirven los números imaginarios?

MIGUEL KUBOVY (Capital)

Los números imaginarios puros, es decir, las raíces de números negativos, forman la parte imaginaria de los números complejos, que aparecen a menudo como soluciones de ecuaciones algebraicas usuales. Por ejemplo: la ecuación $x^2 + 2x + 2 = 0$ posee las dos raíces: $-1 + \sqrt{-1}$ y $-1 - \sqrt{-1}$. Por definición, la $\sqrt{-1}$ se indica con la letra i , y es la unidad imaginaria; las dos raíces son entonces: $-1 + i$ y $-1 - i$.

La introducción de los números imaginarios permite dar sentido a expresiones tales como $\sqrt{-5}$, $(-3)^{3/4}$, $(-4)^\pi$, $\log(-5/2)$, etcétera, y obtener soluciones de ecuaciones algebraicas. Por supuesto, la unidad imaginaria i no tiene nada que ver con la operación de "contar", y es solamente un símbolo, sujeto a la regla fundamental $i^2 = -1$. Su introducción permite ampliar el campo de los números y ha hecho posible grandes progresos en la matemática.

Los fotones

¿Cómo está constituido un fotón? ¿Cuál es la diferencia entre fotones de distinta longitud de onda? ¿A qué se debe su energía?

WERTHER MESSINA
(Ciudad Trujillo, República Dominicana)

El fotón es la unidad elemental de energía electromagnética, o dicho en otros términos, es la forma en que se manifiesta la energía electromagnética en diversos procesos, en los que aparece como condensada en gránulos de energía igual a una constante universal multiplicada por la frecuencia de la onda luminosa corres-

pondiente a esa radiación: $h \cdot f$. (h se llama constante de Planck o cuanto de acción, y vale $6,60 \cdot 10^{-27}$ erg/seg; f es la frecuencia, o sea, c veces la recíproca de la longitud de onda, siendo c la velocidad de la luz en el vacío). Como usted verá los fotones de distinta longitud de onda poseen distinta frecuencia, de acuerdo con esa fórmula (que es de Einstein). La energía del fotón es energía distribuida en el campo electromagnético de la radiación considerada; pero, por razones que se ignoran, en ciertos fenómenos parecería como si dicha energía se condensara en esos gránulos llamados fotones o cuantos de luz; por una parte, y como un fenómeno corpuscular, por otra, según el tipo de experimento que se realice con ella.

Medida de la energía

¿Con qué precisión porcentual se puede medir la energía de cada una de las partículas emitidas en la desintegración beta (protón, electrón, neutrón), en una cámara de Wilson? ¿Cuánta energía se lleva el neutrino?

ISIDORO NATALIO MARKUS
(Villa Lynch)

Las mediciones actuales son de alta precisión; algo dependen de la energía de la partícula medida, pero son inferiores al 1%. En la desintegración beta, el electrón emitido lleva cierta cantidad de energía, y su impulso debería ser igual y opuesto al del núcleo emisor. Pero no se observa tal cosa, sino que, por el contrario, los electrones se emiten con energías menores que una energía máxima; además, el electrón no siempre es emitido en dirección opuesta al núcleo; el momento angular (o impulso angular) tampoco se conserva. La energía máxima del espectro de energías beta (incluida la energía en reposo del electrón m_0c^2) es igual a la energía total disponible en la transformación nuclear; por consiguiente, alguna otra partícula debe de llevarse la energía, el impulso y el momento angular que faltan. La diferencia entre la energía máxima de la partícula beta y la energía total disponible, E_0 , de la transformación nuclear, da para la energía en reposo del neutrino un valor menor que 25 kev (kilo-electrón-voltios). Se ha intentado detectar indirectamente el neutrino, pero la evidencia es dudosa.

El gas

Desearía saber si los términos gas, gas natural, gas envasado, gas manufacturado y supergás expresan todos lo mismo, o si hay entre ellos alguna diferencia.

JUAN EMILIO PERRIN (Tigre "C")

Hay diferencias. El gas, simplemente, suele ser el gas de alumbrado, o sea, el gas que se usa en las cocinas y que se obtiene en la destilación de la hulla. En la Capital Federal, el gas que actualmente usamos no es gas de alumbrado, sino una mezcla de gas de agua y de gas natural. El primero se obtiene haciendo pasar vapor de agua por carbón, a alta temperatura; el segundo es simplemente el gas que se desprende de los pozos petrolíferos, constituido fundamentalmente por hidrocarburos livianos. El supergás está constituido por propano y butano, también obtenidos de la destilación del petróleo. Es lo que se llama gas envasado. Dichos hidrocarburos se encuentran al estado líquido en los envases. El gas manufacturado es el que se expende en el comercio, y por extensión, el que distribuye Gas del Estado en nuestra Capital.

Atracción de la gravedad

Si la Tierra dejara de girar sobre su eje, o fuera frenada, ¿no desaparecería la ley de gravedad al cesar la fuerza centrífuga de nuestro planeta?, ¿o seríamos atraídos con más fuerza aún que la actual?

ELIO CARLOS LEIVA (Gral. Villegas)

La atracción que la Tierra ejerce sobre los cuerpos, no se debe a la fuerza centrífuga debida a su movimiento de rotación, sino a la atracción gravitatoria, por su enorme masa. De acuerdo con la ley de Newton, dicha atracción es proporcional a la masa de los cuerpos gravitantes (es decir, la masa de la Tierra y la del cuerpo atraído) e inversamente proporcional a la distancia a que ambos se encuentran. La fuerza centrífuga se opone, en realidad, a la atracción gravitatoria, y por ella es por lo que los cuerpos situados en el Ecuador son atraídos con menos fuerza que en los polos, ya que en estos dos sitios la fuerza centrífuga se anula, siendo máxima, en cambio, en el Ecuador.

Navegación espacial

¿Cómo se piensa proteger a los tripulantes de los satélites artificiales, de rayos cósmicos, ultravioleta, etc.? ¿Qué efectos tendrían los mismos? ¿Y los meteoritos?

O. H. GONZALEZ (La Plata)

La intensidad de la radiación cósmica alcanza su valor máximo a unos 12 km. de la superficie terrestre; más allá, decrece hasta alcanzar un valor constante. Experimentos realizados con animales y con seres humanos, que han pasado varias horas a alturas muy grandes, parecen indicar que los organismos resisten bien las condiciones imperantes. Los meteoros constituyen real peligro, particularmente los que poseen dimensiones del orden de unos pocos milímetros cúbicos. No obstante, la probabilidad de chocar con uno de ellos en un viaje bastante largo (por ejemplo, a la Luna) es muy pequeña (1 en diez mil). Por consiguiente, el accidente puede producirse, pero con escasa probabilidad: mucho menor que la que uno tiene de que lo atropelle un auto.

¿Cuál es el peso del cohete, sin combustibles, de von Braun?

GERMAN TENORIO C. (Lima, Perú)

Alrededor de las 770 toneladas. Consumirá 5.250 toneladas de combustible en la primera etapa; 770 en la segunda, 90 en la tercera. La segunda etapa, vacía, pesará unas 77 toneladas, y la tercera, unas 78,5 toneladas.

Suponiendo que un individuo alcance la velocidad del sonido, ¿oír o no un sonido emitido en un dado lugar respect del cual se está moviendo con esa velocidad?

A. J. A. (Rosario)

No, no lo oír. Es como si usted quisiera alcanzar un tren que ya ha partido y lo corriera con su misma velocidad.

Diamantes sintéticos

¿Qué compuesto de carbono se emplea para obtener diamantes sintéticos?

OSVALDO C. T. (Gral. Cabrera)

Los primeros ensayos, hechos por Moissan en 1894, fueron con grafito, al que mezclaba hierro fundido. Los experimentos de Bundy, Hall, Strong y Wéntorf, hechos en Schenectady, en febrero de 1955, emplearon una cámara capaz de soportar presiones del orden de las 116 toneladas por centímetro cuadrado y temperaturas superiores a los 2.700 grados.

Los materiales empleados han sido diversos compuestos del carbono, pero no se ha divulgado cuáles. Deben ser materiales que resistan las severas condiciones a que se los someten.

Hidrógeno atómico

Del hidrógeno atómico, ¿qué se sabe? ¿Podría ser utilizado en la combustión de los cohetes?

FRANCISCO A. FAVAREL
(San Vicente, Córdoba)

El hidrógeno atómico se conoce bastante bien; suele llamársele también hidrógeno naciente, y es mucho más activo que el molecular, en el sentido de que reacciona más violentamente. Pero si usted deja en un recipiente hidrógeno naciente, al cabo de poquísimos tiempo ya se le ha combinado en hidrógeno ordinario o molecular.

Medida del tiempo

Considero que el tiempo medido por un sistema en movimiento muy rápido, de acuerdo con sus relojes, debe de ser muy distinto al tiempo medido por otro sistema que llamaremos fijo; pues la enorme velocidad del primero debe afectar el funcionamiento de los relojes. Ahora bien; la relatividad hace la comparación tomando solamente por base el sistema de medida del cuerpo móvil, y considera otro sistema fijo. Yo considero que los dos sistemas están en movimiento, aunque uno con menor velocidad con respecto al otro.

HENRIKAS ZLEZINGERIS
(Valencia, Venezuela)

No; aquí hay una confusión. La teoría de la relatividad, y también la mecánica clásica, consideran que el movimiento siempre es relativo a un sistema de referencia, al que, por comodidad, se supone que está en reposo, y se le llama sistema fijo. En realidad, este último sistema siempre podrá considerarse como un movimiento respecto de un tercer sistema, y también del primero; y así sucesivamente. Pero lo verdaderamente importante no es eso. Lo que la relatividad se propone hacer es encontrar las fórmulas de transformación de las velocidades, aceleraciones, fuerzas, campos eléctricos, medidos respecto de un sistema arbitrario (por ejemplo el del laboratorio), cuando se los quiere referir a otro sistema que se está moviendo respecto de éste. Si este movimiento es de traslación rectilínea y uniforme, el problema es resuelto por la teoría es-

pecial (o restringida) de la relatividad; si, en cambio, el movimiento es acelerado, es necesario recurrir a la teoría general de la relatividad. En cuanto a la influencia de la velocidad sobre la marcha de los relojes, la teoría, de acuerdo con la experiencia, supone que ella no influye, y que por el contrario, los cambios de velocidad (las aceleraciones) sí influyen, también de acuerdo con la experiencia.

Volumen del agua

¿Por qué el agua al congelarse aumenta de volumen, siendo que hay una teoría física que dice que los fluidos se solidifican al extraérseles calor porque se produce una disminución de los espacios intermoleculares, lo que traería como lógica consecuencia una disminución de volumen?

EDUARDO ALLENDE (Capital)

Hay diversas explicaciones para este extraño fenómeno. Una de las teorías más aceptadas hace 40 años era la que suponía que el agua y el hielo estaban constituidos por moléculas asociadas. El hielo, por ejemplo, sería el trihidrol (H_2O_3); el agua, en cambio, sería una mezcla de trihidrol y de dihidrol. Al calentar el hielo, el trihidrol iría desapareciendo; es decir, la fusión del hielo no sería una fusión ordinaria sino también una disociación. Actualmente ya no se acepta esta teoría de los polihidroles. Las determinaciones de estructura del hielo por medio de rayos X, conducen a lo siguiente: estaría constituido por iones H y O, estando los hidrógenos a igual distancia entre dos oxígenos, con lo cual, 4 hidrógenos forman un tetraedro regular alrededor de un oxígeno. Pero es más: investigaciones modernas han demostrado que, en realidad, hay varias clases de hielo y de agua. Por su parte, el agua líquida estaría constituida por tres clases: la primera se halla presente a temperatura inferior a 4°; la segunda predomina a temperaturas ordinarias, y la tercera, a temperaturas elevadas. El agua II es más densa que la I, y en ella, cada molécula tiene cuatro vecinas a distancia de 2,8 ángstrom; las 12 siguientes se hallan a 4,2 ángstrom, en lugar de estar a 4,5 como en el hielo. Se ve, pues, que, al aumentar la temperatura del hielo, disminuye la distancia entre las moléculas, es decir, disminuye el volumen, y dicha disminución no alcanza a ser compensada por la agitación térmica.



viajeros espaciales

Estas dos ratas son los primeros seres vivos terrestres que hayan experimentado la emoción del viaje espacial.

Mientras realizaban la travesía una cámara fué filmando todas sus reacciones, de las cuales eran de especial interés las que se produjeran durante la caída libre, es decir en ausencia de pesantez. Si bien el periodo de tiempo transcurrido en dicha situación fué muy corto como para poder sacar conclusiones demasiado generales, la falta completa de trastornos hace pensar que el fenómeno de la ausencia de peso no constituirá ningún impedimento para los astronautas del futuro.

Arriba: El cohete se mueve en caída libre y una de las ratas flota en el aire mientras la otra se toma de un estante.

Abajo: Al abrirse el paracaídas los animales recobran el peso y las acciones se vuelven normales.

en el próximo número:

¿QUIEN?

novela corta por Th. Sturgeon

En el Largo Viaje, el hombre
iba solo: pero alguien
lo acompañaba...

JUSTICIA PARA SATELITES

por Willy Ley

Apasionante encuesta
científica en torno a la
misteriosa individualidad
de las lunas.